



UNAM IZTACALA

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

“La Neurosis Obsesiva en Freud y Lacan”

T E S I S I N A
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A
Carlos Daniel Romero Castelán

Directora: Dra. **María de Lourdes Jacobo Albarrán**

Dictaminadores: Dra. **Laura Palomino Garibay**

Mtro. **José Carlos Mondragón González**



Los Reyes Iztacala, Edo. de México, 2015



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
1. LA NEUROSIS OBSESIVA.....	10
1.1 Definición.....	11
1.2 Descripción de la neurosis obsesiva; síntomas y características.....	15
1.3 Breve historia acerca de la neurosis obsesiva: el legado de la psiquiatría clásica.....	22
2 . LA NEUROSIS OBSESIVA EN FREUD.....	34
2.1 Las primeras puntualizaciones.....	35
2.2 El reconocimiento de la sexualidad infantil y la neurosis obsesiva.....	42
2.2.1 La organización sádico-anal.....	47
2.2.2 El carácter del obsesivo.....	49
2.3 El Complejo de Edipo en Freud.....	51
2.4 Análisis del caso: <i>el hombre de las ratas</i>	59
2.5 Los mecanismos de defensa.....	68
2.6 Las últimas aportaciones de Freud.....	77
2.7 Breves anotaciones sobre el complejo paterno y su vinculación con la culpa y la deuda en la neurosis obsesiva.....	87
3. LAS APORTACIONES DE LACAN PARA LA NEUROSIS OBSESIVA.....	96
3.1 Sobre la teoría del sujeto en Lacan.....	97
3.1.1 El inconsciente estructurado como un lenguaje.....	104
3.1.2 Los tres registros de la realidad humana.....	105
3.2 El Edipo en Lacan.....	109
3.2.1 Los tres tiempos del Edipo.....	111
3.2.2 La estructuración del sujeto obsesivo.....	115
3.3 Las estructuras clínicas de Lacan.....	117
3.3.1 Descripción de la estructura obsesiva.....	122
CONCLUSIONES.....	131
BIBLIOGRAFÍA.....	138

Este trabajo te lo dedico a ti Nohemi como agradecimiento por ser lo más importante para mí durante todo este tiempo, pero sobre todo por hacer más grata y significativa mi estancia en este mundo.

Gracias también por tu incondicionalidad y por enseñarme a ser más solidario y sensible ante lo humano.

Deseo que este trabajo sea un buen pretexto para seguir aprendiendo muchas cosas más juntos en todos los ámbitos de nuestras vidas.

*Con todo mi amor agradezco, valoro y reconozco tu apoyo. Por ti, por siempre
Dany.*

INTRODUCCIÓN

Indagar para conocer, conocer para cambiar

(UNAM, 2015)

De igual manera que la medicina y la biología, la ciencia de la psicología tomo su forma del paradigma cartesiano. Los psicólogos partidarios de la teoría de Descartes hicieron una estricta distinción entre la *res cogitans* y la *res extensa*, y por ello les resulto muy difícil la interacción de la mente y el cuerpo. La confusión existente incluso hoy sobre la función y la naturaleza de la psique distinguiéndola de la del cerebro. Esto no es otra cosa más que una consecuencia clara de la filosofía de Descartes. Cabe señalar que Descartes no solo hizo una marcada distinción entre lo impermanente del cuerpo humano y la indestructible alma, sino que también propuso varios métodos para poder estudiarlos, en este sentido el alma o la “mente,” debían ser explorados a través de la introspección, mientras que el estudio del cuerpo requería seguir los métodos de las ciencias naturales.

Pese a ello, los psicólogos de los años subsiguientes no siguieron las sugerencias de Descartes sino que adoptaron ambos métodos para el estudio de la psique humana creando dos importantes escuelas de la psicología: los estructuralistas, quienes estudiaban la psique a través de la introspección y trataban de analizar la conciencia reduciéndola a sus elementos básicos, y los conductistas que se concentraron única y exclusivamente en el estudio del comportamiento observable, ignorando en consecuencia la existencia de la psique. Ambas escuelas surgieron en una época en la que el pensamiento cartesiano estaba dominado por el modelo mecanicista de la realidad, por tanto, ambas imitaron los modelos de la física clásica e incorporaron a sus esquemas teóricos los conceptos básicos de mecánica newtoniana.

Por otro lado, Sigmund Freud trabajando en la clínica y en consultorio más que en laboratorio, uso un método completamente distinto para lograr comprender los fenómenos psíquicos, es decir el de la asociación libre, con el que consecuentemente fundo el modelo psicoanalítico (Capra, 1992). Es de destacar que el psicoanálisis no tiene su origen en la psicología misma sino en la psiquiatría, ciencia que en el siglo XIX se hallaba firmemente

establecida como una rama de la medicina. En aquel entonces, los psiquiatras estaban totalmente comprometidos con el modelo biomédico y dirigían todos sus esfuerzos en encontrar una causa orgánica para todos los trastornos mentales. Esta orientación tuvo un comienzo prometedor, pero no logro descubrir la base orgánica precisa de las neurosis y de los trastornos mentales, y por eso, muchos psiquiatras comenzaron a buscar métodos psicológicos para abordar los problemas de los padecimientos psíquicos.

Formado en neurología, Freud creía que en principio los padecimientos psíquicos se podían entender desde el punto de vista de la neuroquímica, y sobre estas bases en 1895 escribió un documento en el que detallaba un esquema para explicar los padecimientos psíquicos en términos neurológicos: *El proyecto de una psicología científica*. Freud nunca llegó a publicar esta obra, pero dos décadas más tarde confirmó su opinión de que “todas nuestras ideas provisionales sobre la psicología estarán algún día basadas en una subestructura orgánica” (Capra, 1992). No obstante en aquel tiempo la neurología no estaba lo bastante avanzada como lo está hoy en día y por ello, Freud se vio obligado a tomar un camino diferente para estudiar el espacio psicológico. De esta forma Freud se embarcó en una singular exploración de la psique humana que tuvo como resultado el primer enfoque sistemático sobre el funcionamiento psíquico.

La aportación de Freud es verdaderamente extraordinaria, considerando el estado de la psiquiatría en su tiempo, y durante más de treinta años mantuvo una continua actividad creadora que culminó en varios descubrimientos trascendentales. En primer lugar, cabe destacar que Freud descubrió prácticamente sin la ayuda de nadie el inconsciente y su dinámica. Unos años después, los conductistas y en general la comunidad científica se negaron a reconocer la existencia del inconsciente en el ser humano, pero Freud lo veía como la fuente esencial del comportamiento.

Con el descubrimiento del psicoanálisis, Freud logró revelar tendencias de la naturaleza humana que se hallan profundamente sumergidas, identificando en la libido o en el deseo sexual una de las principales fuerzas que motorizan el comportamiento inconsciente. Otro descubrimiento de importancia capital fue el de la interpretación de los sueños, al que Freud denominó “el camino real que lleva hacia el inconsciente” (Žižek, 2008).

Hoy en día y en virtud de los recientes desarrollos en el campo de la psicología y de la psicoterapia, se ha comenzado a perfilar una nueva visión de la psique humana que necesita reconocer las aportaciones del modelo freudiano en el tratamiento de ciertos aspectos a través de la subjetividad. Ello, debido a que en la actualidad nos enfrentamos con nuevas tendencias y avances científicos que han delimitado en gran medida su quehacer en los espacios académicos, clínicos y sociales particularmente. A decir verdad, tampoco es un hecho que el modelo descubierto por Freud haya sido relegado tajantemente de tales espacios, puesto que hoy en día, podemos decir que siguen existiendo enemigos del psicoanálisis, mismos que continúan descalificando sus aportaciones al grado de que muchos de ellos quisieran verlo enterrado para siempre en el lugar de las búsquedas precientíficas, oscurantistas y llenas de sentidos ocultos.

En efecto, el creciente interés suscitado por el avance de las neurociencias, los nuevos padecimientos narcisistas propios de la época posmoderna en la que vivimos y el discurso mercantil de los psicofármacos, hacen agonizar quizás hoy más que nunca a un modelo que a pesar de enfrentarse a tales obstáculos bien puede dar respuesta a varias de las interrogantes derivadas del sufrimiento suscitado en el hombre, toda vez que el hombre sobre el que teorizo Freud, ha puesto en jaque a la civilización quizás hoy más que nunca, ya que esta se encuentra ahora en terrible riesgo de perecer. Y es precisamente en donde recae el objetivo de este trabajo, al introducirnos e intentar recuperar parte de la complejidad del pensamiento de Freud y de Lacan a través de la neurosis obsesiva, con la finalidad de comprender la forma en la que se presenta dicho sufrimiento en los seres humanos y dejar entrever además, que aun en la actualidad el método psicoanalítico es una opción a considerar en términos de conocimiento clínico y social, señalando como una de sus principales fortalezas su marcado desapego de la supresión del síntoma.

Es decir, una de las ventajas que podemos atribuirle al modelo psicoanalítico es que mediante el estudio de la subjetividad (inconsciente), no se tiende a limitar, a dominar o suprimir un desorden o un síntoma llámese fobia, obsesión o algo del orden somático y mucho menos es proclive a promover el bienestar, una vida social exitosa o la satisfacción personal de un sujeto, ya que en cambio el psicoanálisis pretende confrontar al sujeto con las coordenadas y atolladeros elementales de su deseo, es decir, con la dimensión más

radical de la existencia humana, toda vez que el psicoanálisis dota de sentido al sujeto significándolo (Žižek, 2008).

Para el caso de la neurosis obsesiva, podemos referirnos a ella como una estructura psíquica compleja, debido a la gran diversidad de síntomas que la caracterizan, síntomas que desde el modelo psicoanalítico no son otra cosa más que el resultado de una forma de procesar un deseo intolerable para quien lo padece. Así, desde esta perspectiva encontraremos que los síntomas en el obsesivo se pueden presentar de formas muy variadas, síntomas que se nos revelan en sujetos que tienden a ser muy pulcros con su persona, otros sumamente escrupulosos, organizados, controladores, ordenados, acartonados emocionalmente con tendencias a postergar las cosas y los hechos y que además de ello, pueden cumplir mediante mandatos y prohibiciones estrictas, un sin número de rituales.

A principios del siglo XX, con la intención de dilucidar la neurosis obsesiva, Freud planteo diversas maneras para comprender la configuración de los síntomas, siendo las más relevantes, aquellas que se vinculaban directamente con la sexualidad. En este sentido, cabe destacar la relevancia que otorga Freud al tema de la sexualidad en un momento en el que las cosas eran muy distintas a lo que hoy conocemos, donde la imagen de una sociedad y de normas sociales que reprimen las pulsiones sexuales de los individuos parece no ser ya una representación válida frente a la permisividad hedonista y consumista que predomina hoy en día.

Sin embargo, la sexualidad sigue siendo un tema espinoso en nuestra sociedad a pesar de estar vinculada directamente con prácticamente todos los aspectos inherentes al ser humano; psicológico, biológico, social y espiritual. Hecho que por sí mismo nos lleva a aseverar la vigencia teórica de Freud al respecto de las categorías clínicas, en particular las denominadas neurosis, entre las que se incluye la neurosis obsesiva. Es de destacar que más tarde muchos de los planteamientos de Freud en torno a la neurosis obsesiva y en general de las categorías clínicas, encontraran una dimensión más acabada a través de la perspectiva de Lacan, quien gracias a las nociones de goce, el Otro, los tres registros de la realidad humana, etc. logro no solo revalidar, sino fortalecer el papel de los procesos inconscientes en el ser humano, desplazando con ello, teorizaciones que se encaminaban

hacia un fortalecimiento de la psicología del yo, es decir hacia posturas positivistas que paulatinamente se encaminaban a desechar el papel preponderante de la subjetividad.

Asimismo, Lacan logra superar limitaciones inherentes al esquema cartesiano/newtoniano al cual Freud se hallaba culturalmente condicionado. De este modo aparecen en Lacan, las llamadas estructuras clínicas, donde la neurosis obsesiva figura como parte fundamental de ellas. Cabe decir que en la concepción de Lacan, las estructuras psíquicas como la neurosis obsesiva, tienen la dignidad de verdaderas posturas filosóficas fundamentales respecto de la realidad (Žižek, 2008). Esto quiere decir que la estructura psicológica de cualquier sujeto teñirá la relación entera con su realidad y definirá la estructura global de su personalidad.

Por otra parte al consultar la presente investigación, el lector podrá también recurrir a un texto que le permitirá dilucidar algunas nociones particulares y fundamentales en torno a la neurosis obsesiva y al modelo psicoanalítico en su totalidad, lo cual contribuye por un lado a escapar del eclecticismo sobre el entendimiento de las obsesiones y por el otro, fomentar nuevas líneas de trabajo que profundicen sobre algunos aspectos relevantes, que debido a la complejidad de ambas obras nos fue imposible volcar en este trabajo.

Por lo tanto la estructura de la presente investigación teórica queda de la siguiente manera. En el capítulo 1° se da la definición de la neurosis obsesiva, se presentan la descripción general del sujeto obsesivo y se abordan brevemente aspectos históricos relevantes que fueron clave para la configuración de dicha neurosis y en general del modelo psicoanalítico. Para ello se recurre a momentos específicos de la psiquiatría clásica y se describe el proceso que siguió la conceptualización de la neurosis obsesiva.

En el 2° capítulo, se aborda directamente el trabajo de Freud a la luz de sus primeras elaboraciones, donde, en primer lugar se encontraran planteamientos que enfatizan temas como los de la seducción y el trauma. Posteriormente se retoman los planteamientos en torno al papel preponderante de sexualidad y las nociones que de ellas se desprenden: pulsión, fijación, regresión, fase libidinal sádico anal, carácter anal, etc. Le sigue la presentación de la teoría del Complejo de Edipo en Freud, para determinar después la configuración del neurótico obsesivo a sabiendas del Edipo. En otro apartado se efectúa un breve análisis a propósito del caso celebre y paradigmático de la neurosis obsesiva en

Freud: *El hombre de las ratas* y después de ello se precisa el papel de los diferentes mecanismos de defensa que operan en la neurosis obsesiva. Un apartado más, incluye las teorizaciones relevantes de Freud para la neurosis obsesiva a sabiendas de la segunda tópica, en el que se revela el papel predominante de un superyó híper severo. Finalmente se describe brevemente el papel clave que juega el padre en la configuración de la neurosis obsesiva a partir del mito freudiano del padre primitivo.

El capítulo 3, contiene la descripción de nociones básicas que dan sentido a la teoría del sujeto escindido de Lacan, así como la descripción de los tres tiempos del Edipo, las estructuras clínicas. Al final se describe puntualmente la estructura neurótica obsesiva a pie de las enseñanzas del analista francés y de otros autores que han contribuido a difundir su obra.

Antes de comenzar formalmente es importante recordar que hoy en día es un hecho que no encontramos en la neurosis obsesiva una “enfermedad patológica” tal y como lo fue en un pasado, pues ahora, figura como una de las estructuras clínicas fundamentales que organizan al modelo psicoanalítico en su totalidad, dotándolo de fundamentos sólidos, sostenibles y coherentes que contribuyen al entendimiento de aquello que denominamos ser humano.

1. LA NEUROSIS OBSESIVA

“Descubrí que mi obsesión de que cada cosa estuviera en su puesto, cada asunto en su tiempo, cada palabra en su estilo, no era el premio merecido de una mente en orden, sino al contrario, todo un sistema de simulación inventado por mí para ocultar el desorden de mi naturaleza. Descubrí que no soy disciplinado por virtud, sino como reacción contra mi negligencia; que parezco generoso por encubrir mi mezquindad, que me paso de prudente por mal pensado, que soy conciliador para no sucumbir a mis cóleras reprimidas, que sólo soy puntual para que no se sepa cuan poco me importa el tiempo ajeno. Descubrí, en fin, que el amor no es un estado del alma sino un signo del zodiaco.”

Gabriel García Márquez

Iniciamos la presente investigación teórica con un capítulo introductorio dedicado a indagar las generalidades de la neurosis obsesiva. La importancia del presente radica en que nos permitirá dar el preámbulo para abordar enseguida el tema a detalle sobre la neurosis obsesiva en la obra de Freud y de Lacan respectivamente. En este sentido es importante señalar que la neurosis de obsesiones tiene relativamente poco tiempo de existencia tanto en el campo de la psiquiatría como en el del psicoanálisis esto, en comparación con padecimientos clásicos que han sido explorados por dichas áreas desde hace muchísimo tiempo. Tal es el caso de la histeria, cuyos orígenes pueden rastrearse en la medicina egipcia, la locura, etc. Sin embargo la neurosis obsesiva es una estructura clínica exclusiva del modelo psicoanalítico, cuya herencia no debemos olvidar proviene del modelo biomédico.

Por lo tanto, en este capítulo se pretende mostrar brevemente algunos aspectos históricos entorno a la neurosis obsesiva, desde su concepción dentro de la psiquiatría hasta su paso a una clínica de la escucha inaugurada por Sigmund Freud. Asimismo, se presentan las características y la gran variedad de síntomas que acechan al obsesivo, para que en los siguientes capítulos puedan ser entendidos a la luz de la teoría. De esta forma, comenzamos por definir a la neurosis obsesiva.

1.1 Definición

De acuerdo con Ovejas (2012) la neurosis obsesiva es una entidad clínica psicoanalítica cuya característica principal se revela por la aparición de ideas, sentimientos o actos que invaden a un sujeto, los cuales han de ser vividos por él cómo algo ajeno, extraño o perturbador, y que a pesar de los intentos del mismo por despojarlos y alejarse de ellos, estos síntomas se le imponen en su pensar parasitando por completo al yo, que bajo esta forma no es capaz de neutralizarlos. Para Ovejas (2012) la piedra angular de esta entidad clínica radica en un conflicto existente entre el ello y el superyó en alianza contra el yo, lo cual, genera una sintomatología que se despliega particularmente en dos campos: el del pensamiento y el de la actividad.

Sin embargo, antes de tomar postura por una definición de esta naturaleza, se hace importante precisar que en efecto, la neurosis obsesiva es una entidad clínica aislada por el padre del psicoanálisis Sigmund Freud, debido a su concepción metapsicológica del aparato psíquico, siendo la interpretación de las ideas obsesivas una expresión de representaciones y deseos reprimidos, aquello que le permitió a Freud identificar como neurosis obsesiva algo que hasta la fecha solía figurar como locura de duda, locura de tacto y locura obsesiva. Durante mucho tiempo se albergó la idea de que las obsesiones eran una patología de la voluntad, pues se decía que el sujeto que padecía esta “enfermedad” parecía no tener la fuerza de voluntad necesaria para poder librarse de ellas. Sin embargo, Freud al darle una explicación psicoanalítica y recurriendo a las nociones de represión, aislamiento, anulación, fijación y regresión, logro configurar dicha entidad junto a la histeria como las dos grandes neurosis en el contexto de la clínica que inauguraba.

Esta particularidad de neurosis debe su nombre precisamente a la presencia de una o varias ideas obsesivas, las cuales tienden a convertirse en el síntoma más importante que aqueja al obsesivo. En este sentido Freud (1991, t. III) en su artículo denominado *Obsesiones y fobias* precisara que en toda obsesión hay implícitas dos cosas: 1) una idea que se impone al sujeto y 2) un estado emotivo asociado; ansiedad, duda, remordimiento, miedo, hostilidad, enojo, etc. siendo la perdurabilidad de esta última instancia, el elemento verdaderamente esencial de las obsesiones.

En cuanto a la obsesión en su dimensión económica, podemos decir que se trata de una contrainvestidura cuyo objetivo reside en la defensa ante fantasías sádicas de las que el sujeto a su vez extrae cierto tipo de placer oculto, motivo por el cual ante ellas se aterroriza (Navarro, 2004).

Por otra parte dentro de la literatura se habla de una diferencia entre aquello que se denomina la idea obsesiva y lo obsesivo. En este sentido lo obsesivo pertenece a un modo particular de organización psíquica que se enlaza con lo pulsional y lo ordena, siendo por lo tanto una característica constitutiva del psiquismo presente en cualquier estructura clínica (Capellá, 1996). Por otro lado la idea obsesiva que ya bien definíamos, corresponde a una contrainvestidura que se erige como defensa ante una representación o fantasía sádica particularmente que aterroriza e invade a un sujeto.

A su vez, es importante distinguir tres variedades de obsesiones o ideas obsesivas, siendo: 1) las obsesiones ideativas; típicas en la neurosis obsesiva propiamente constituida, donde se revelan como el fenómeno principal. Este tipo de obsesiones consisten en cavilaciones interrogativas de naturaleza abstracta sobre el sujeto mismo, sobre conceptos simbólicos, conceptos filosóficos, morales o religiosos. 2) Las obsesiones fóbicas, denominadas así por la ansiedad que generan, las cuales, pueden aparecer en el pensamiento independientemente de la presencia del objeto o de la situación temida. Y 3) las obsesiones compulsivas, referentes a un temor por parte del sujeto a verse impulsado a pensar, decir o a cometer un acto obsceno, agresivo, incongruente o inmoral (Cohen de Lara, 2003).

En cuanto al origen del término obsesión, este podemos ubicarlo en Francia en el siglo XVIII, cuya denominación se le debe al psiquiatra francés Jules Falret quien introdujo el término *obsession* a raíz del vocablo en latín *obsidere*, el cual traducido a nuestra lengua quiere decir asediar o acechar, termino con el que claramente se intenta acentuar el punto en el que ciertas ideas pueden llegar a irrumpir y perturbar los pensamientos de un sujeto. Posteriormente el sexólogo Richard Von Krafft-Ebing tradujo este término francés al alemán, hecho que lo llevo a la utilización de la palabra *zwang* (coacción y compulsión) con la que logro dar cuenta de un cierto tipo de imposición que caracterizaba a este tipo de ideas por encima de la voluntad del sujeto mismo (Bruno y Paccioni, 2013). De esta forma,

la obsesión se podrá hallar generalmente relacionada con una compulsión, entendida esta última como una acción que el sujeto se ve obligado a cumplir a cabalidad a pesar de su voluntad consciente con la finalidad de evitar angustia y ansiedad.

Ya dentro del movimiento psicoanalítico, la neurosis obsesiva comienza a ser delimitada por Freud a partir de los años 1894 y 1895, tras afirmar que era preciso realizar una innovación nosográfica con el fin de situar junto a la histeria a la neurosis de obsesiones (Zwangneurose) como afección autónoma independiente, ya que ambas compartían un mismo mecanismo de defensa, a saber, la represión (Freud, 1991, t. III). En este caso retomaría de la psiquiatría el término obsesión para designar cierto tipo de representaciones perturbadoras que se imponían a las personas que las padecían, aunque su abordaje cabe señalar, se daría de una manera totalmente inédita y subversiva para su época.

Por otro lado, dentro de la corriente psicoanalítica lacaniana, la neurosis obsesiva figura como una de las modalidades en la neurosis, propia de las estructuras clínicas establecidas por Lacan elaboradas a partir del análisis de la obra freudiana y en las que su planteamiento principal en comparación con el de Freud se da más bien en términos de estructura y subjetividad, entendidos estos como diferentes modos de constitución subjetiva que se dan en función de la posición que ocupe el sujeto frente al goce así como de los conceptos que de ello se derivan: significante, demanda, Nombre del Padre, tres registros, etc. (Unterberger, 2004).

En este mismo sentido pero acorde con Fink (2007) la estructura clínica va a configurar un modo de economía psíquica que designa el funcionamiento psíquico del sujeto, y puede ser entendida como la forma en que una persona ve y se relaciona con el mundo. De tal forma que, de acuerdo con esta definición, las formaciones “patológicas” como las neurosis, las psicosis y las perversiones tendrán dentro de esta teoría la dignidad de posturas trascendentales respecto de la realidad.

Por otro lado, al ser la neurosis obsesiva una estructura psíquica y clínica de suma importancia para el modelo psicoanalítico, es necesario y oportuno a su vez distinguirla de la categoría psiquiátrica denominada Trastorno Obsesivo Compulsivo (TOC), esto con la intención de no caer en el error de confundirlas, ya que los cuadros clínicos de la neurosis

obsesiva y del TOC se nos pueden revelar como semejantes pero en realidad resultan ser distintos. En efecto, la comprensión y la delimitación de esta categoría resulta ser muy distinta en ambas perspectivas. Dentro del manual DSM IV la neurosis obsesiva no figura como tal, sin embargo erróneamente puede encontrar su paridad con el trastorno denominado obsesivo compulsivo.

El TOC especificado en dicho manual engloba un conjunto de signos constantes que deben necesariamente verificarse para que pueda decirse que alguien lo padece. Entre estos signos pueden destacarse principalmente la presencia de obsesiones y/o compulsiones que interfieren en la vida cotidiana del sujeto que lo padece. Este modo de catalogar el sufrimiento supondrá entenderlo como un déficit o algo disfuncional, debido a que es concebido como un desvío de comportamiento en comparación a un patrón de comportamientos o de pensamientos esperados, ya que su elaboración se ostenta sobre concepciones más bien cuantitativas. Este déficit, será el que los psiquiatras y psicólogos conductistas intentaran reducir mediante el empleo de fármacos en combinación con técnicas psicoterapéuticas de tipo cognitivo-conductuales (Drut y Mineo, 2011).

En lo que se refiere al diagnóstico en la neurosis obsesiva, este ha de realizarse bajo transferencia, situación en donde lo que se intentara poner en juego es el descubrimiento de la verdad inconsciente (realidad psíquica) para cada sujeto, configurándose de esta forma un criterio más bien estructural, en el que no importa verificar si el sujeto padece o no cualquier cantidad de síntomas, sino más bien, su posición frente a la castración y al deseo, así como su estrategia puesta en juego frente a ellos.

Asimismo, el diagnóstico realizado para el TOC, dependerá básicamente de la verificación y descripción de determinados signos y síntomas en la realidad material, a los cuales les subyacen cogniciones y comportamientos disfuncionales principalmente.

Otra de las diferencias se halla relacionada a la concepción de la causa, es decir, etiología sexual y mecanismo psíquico en el psicoanálisis, frente al aprendizaje y a las cogniciones disfuncionales en el TOC. Por tal motivo, un psicólogo con orientación cognitivo conductual, jamás llevara a cabo su diagnóstico buscando las posibles raíces en la historia sexual del individuo, ni mucho menos en los avatares producidos durante su situación edípica. De igual forma, un psicoanalista no empleara tests para verificar la

existencia o no de síntomas obsesivos, ni intentara mucho menos enseñar comportamientos prácticos y funcionales.

1.2 Descripción de la neurosis obsesiva; síntomas y características

Si bien es cierto que el terreno de la neurosis es donde el psicoanálisis adquiere su propia experiencia, y particularmente es en donde clava su bandera, anterior a esto el contenido original del término había sido explorado de diferentes formas. En primer lugar, la concepción de neurosis fue introducida por el psiquiatra escocés William Cullen en 1769 (Conti y Stagnaro, 2007). Cullen definió a la neurosis como una enfermedad nerviosa sin causas funcionales y por contraposición a las enfermedades orgánicas. Algunas de estas enfermedades denominadas nerviosas albergaban algunas lesiones inflamatorias, señaladas bajo el sufijo *itis*: *neuritis* mientras que otras enfermedades que no tenían tales inflamaciones fueron denominadas bajo el sufijo *osis*: *neurosis*.

Posteriormente, la psiquiatría monopolizó el término y a partir de ahí designó toda una gama de trastornos nerviosos entre los que se incluía a la histeria, cuyo supuesta causa provenía de una anomalía en el sistema nervioso central. No obstante había también quien la situaba como resultado de lesiones anatómicas localizables en el cerebro, lo cual, derivaba en una amplia variedad de síntomas, tales como ataques parecidos a los que suceden en los cuadros de epilepsia, desmayos, dolores, movimientos descontrolados, etc. (Lávaque, s.f.).

No obstante, fue Freud quien adoptó en una primera nosología de su obra el término neurosis para designar con él algunas sintomatologías propias de sus pacientes caracterizadas como histeria, sin embargo esto lo haría a través de una nueva perspectiva, en la que el principal factor desencadenante no era nada de lo que se decía hasta entonces, sino que según él era producto de una representación mnémica inconciliable e inconsciente de carácter sexual reprimida. En el pensamiento freudiano la neurosis figura como un padecimiento producto de la inminente relación con la sexualidad de los sujetos, en la que el *modus operandi* radica en la represión de dicha sexualidad, represión, que a pesar de los intentos puestos en marcha por mantenerla de esta forma fracasa, desencadenando con ello, diferentes sintomatologías; somatizaciones (propias de la histeria), representaciones

obsesivas y fobia particularmente, (Freud, 1991, t. III). Publicado en *Nuevas puntualizaciones sobre las Neuropsicosis de Defensa*.

De ahí que se diga que la represión en si no es la causa de los síntomas neuróticos, sino más bien su inminente fracaso. Ahora bien ¿por qué reprimir la sexualidad? Si recuperamos lo que la piedra angular de la obra freudiana nos intenta decir, descubriremos entonces que la neurosis se fundamenta particularmente en el hombre civilizado, puesto que a lo largo de los siglos este ha tenido que verse forzado a renunciar a sus placeres, satisfacciones y comodidades que pudo haber albergado en épocas primitivas, todo ello, basándose en la ilusión de beneficio que traería la vida en civilización y el desarrollo cultural, mismos, que supuestamente lo resguardaría de las inclemencias de la naturaleza.

Hasta este punto digamos que este proceso ha dado buenos resultados, sin embargo y a grosso modo, a su vez esto le ha generado en lo sucesivo malestar en su vida anímica, pues como es sabido, no se ha logrado encontrar del todo, los beneficios e incluso satisfacciones que de esta ilusión emanaban. Efectivamente, Freud nos habla incluso hasta de manera antropológica sobre la condición humana, en la que no se limita a asistir siquiera que nuestra propia naturaleza entraña las formas más diversas y perversas, mismas que en el mejor de los casos podrán verse desdeñadas bajo el yugo del orden cultural y con sus respectivas instituciones creadas por ella misma.

Así, la represión de estas tendencias, se erigirá en el pensamiento de Freud como columna vertebral para comprender el advenimiento de la cultura, ya que no solo se trata de la represión de la sexualidad, sino también de las tendencias hostiles, agresivas e incestuosas que posibilitaran este orden, y que sin ella (la represión), el hombre difícilmente hubiese podido abandonar su lecho primitivo. Por tal motivo, la dinámica de la neurosis y la culpa en particular, fungirán como el costo que habremos de pagar en el mejor de los casos, para acceder a la vida en comunidad, la cual dará a su vez la condición de existencia de la cultura.

Por lo tanto, habremos de decir que la neurosis es ante todo una afección cuyos síntomas son la expresión simbólica de un conflicto psíquico que tiene sus raíces en la historia infantil del sujeto, y constituyen compromisos entre el deseo y la defensa (Chemama y Vandersmersch, 2004). Además a ello yo añadiría los afectos y el sufrimiento

que acompañan a tales síntomas. Hallaremos pues al hombre, como un sujeto atado a los preceptos culturales bajo los cuales se tornara en constante sufrimiento y conflicto¹, noción que es central en el pensar psicoanalítico ya que se erige constitutiva en el ser humano y cuya procedencia se da de una oposición entre dos exigencias internas contrarias (Cohen de Lara 2003).

Cabe señalar que el sujeto que en la teoría se nos presenta, no es aquella presencia material que tenemos de frente, no siendo pues un sujeto observable, objetivable. Al contrario, es más bien un sujeto inmaterial y textual, no sostenido en la conducta sino en lo simbólico, por ello, no tiene otra consistencia que la de los significantes a los que esta maniatado (Campalans, 2006). Así, con el acceso al mundo simbólico de la cultura (castigos, prohibiciones, reglas, etc.) se le infringirá al nuevo sujeto una pérdida de goce y omnipotencia inaugural, quedando en consecuencia castrado en lo sucesivo.

Es por ello, que al sujeto neurótico en general podemos encontrarlo siempre en falta e insatisfecho, en busca del objeto perdido causante de su deseo (mismo que ignora inconscientemente) que le pueda colmar de una u otra manera algún ideal de felicidad. Sin embargo, Freud nos recuerda que si bien, este sujeto busca la felicidad, luego alza obstáculos para no alcanzarla jamás, encontrando en contraparte solamente una felicidad modesta, en una satisfacción limitada obtenida solamente con pocos medios: síntomas y fantasías puesto que la satisfacción se haya prohibida de acuerdo a los estatutos culturales.

En efecto, se trata de que a pesar de la represión, el movimiento pulsional ha encontrado un sustituto, pero uno atrofiado, desplazado e inhibido, de hecho ya no es reconocible como satisfacción en la medida en que la dimensión placentera ha desaparecido. Por tanto el síntoma y la fantasía quedaran definidos como el sustituto de una satisfacción que no se ha producido (Cohen de Lara, 2003).

¹ Es necesario diferenciar en primera instancia dos niveles en la comprensión del conflicto; el nivel tópico y el nivel dinámico. En el nivel tópico bajo el entendido de las dos tópicos freudianas; en la primera el conflicto se refiere a la oposición entre los sistemas inconsciente y preconscious-consciente, en la segunda el conflicto se sitúa entre las instancias del Yo, Ello y Superyó. Mientras que en el nivel dinámico, el conflicto se posiciona entre un dualismo pulsional por oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones de auto-conservación (pulsión de vida y pulsión de muerte) (Aline Cohen de Lara; Vladimir Marinov y Jean Ménéchal. *La neurosis obsesiva: compulsiones y límites*. Ed. Síntesis, Madrid, 2003, pág. 24).

En lo que atañe al neurótico obsesivo, podemos encontrar gran variedad de síntomas y múltiples fantasías que sostienen su sufrimiento insostenible. Ejemplos de ello, nos son revelados por diversos autores clásicos y contemporáneos. En este sentido, según Chemama y Vandermersch (2004) la clínica de la neurosis obsesiva se distingue de la clínica de la histeria en principio por al menos dos elementos, es decir, el primero por la afinidad electiva aunque no exclusiva por el sexo masculino y segundo, por la resistencia del paciente a reconocer y dejar reconocer su padecer, ya que este malestar es vivido en la mayoría de las ocasiones como una falta moral que avergüenza.

Por otro lado, y de acuerdo con Salamanca (2009), en la neurosis obsesiva los síntomas son abundantes, ya que por un lado se encuentran las prohibiciones, medidas preventivas y castigos, y por otro lado satisfacciones sustitutivas disfrazadas simbólicamente, aunque, de acuerdo con esta misma autora, el verdadero triunfo en la formación de síntomas ocurre cuando ambas tendencias se unen, es decir, cuando las prohibiciones, las medidas preventivas y los castigos proporcionan satisfacción al sujeto. De esta manera, la satisfacción sustitutiva aparecerá incluso tan placentera como la original.

Así mismo podemos decir que el neurótico obsesivo se puede caracterizar por ser un sujeto perfeccionista, obstinado, con relaciones frías y distantes, calculador, quien se conduce además en su vida con demasiado rigor moral (Paredes, 2010). El perfeccionismo en este caso consiste en que la persona obsesiva está exageradamente pendiente de los detalles, los procedimientos, el orden y la organización, por ello la improvisación en su cotidianeidad les suele generar grandes dificultades. La obstinación se refiere, a que el sujeto insiste testarudamente para que las cosas se hagan tal y como él las entiende, y siempre de acuerdo con sus propias reglas. Mientras que la frialdad relacional, implica que la persona obsesiva tiene dificultad para expresar sus emociones, pues es a menudo muy formal y distante, y suele mostrarse como “muy acartonado” en su forma de expresarse.

Sin embargo la sintomatología principal en la neurosis obsesiva, quedara representada por ideas obsesivas junto a acciones compulsivas y la defensa iniciada contra ellas, las cuales a pesar de estar articuladas bajo una forma de mandato imperativo, son reconocidas por el sujeto —aturdido y aterrorizado— como expresiones de su propia voluntad. Ante esta situación, el sujeto emprende una lucha a base de ideas contrarias y

expiatorias que puedan ocupar toda la actividad del pensamiento (Chemama y Vandermersch, 2004). De igual forma, puede reconocerse en estas representaciones, incluso ordinarias de nuestra actividad psíquica², la expresión de una ambigüedad sumamente marcada, así como también escenas obscenas o sacrílegas.

Siguiendo con otras características, podremos hallar en el neurótico obsesivo a un sujeto supersticioso, pues se mostrara obstinadamente buscando explicaciones de esta índole a las casualidades inexplicables de la vida cotidiana, creyendo por ejemplo en los sueños proféticos, los presagios, e incluso en las trampas más comunes, como el evitar pasar debajo de una escalera, un gato negro que se le cruzo en el camino etc. El sentimiento de culpabilidad y los reproches en el neurótico obsesivo estarán también muy presentes, pues el obsesivo lleva impregnado un odio inconsciente en contra de su padre que lo distingue (Salamanca, 2009).

De acuerdo con Bacchetta (2011) existe además en estos sujetos, una necesidad de inseguridad y de permanecer siempre en duda —situación que es afín al neurótico en general— ya que la inseguridad y la duda es uno de los medios que la neurosis emplea para extraer al sujeto de la realidad y aislarle del mundo. En efecto los sujetos neuróticos y en este caso los obsesivos, realizan un esfuerzo evidente para eludir toda seguridad y poder permanecer en duda, evitando con ello confrontarse con la hostilidad de su realidad. En el caso de los neuróticos obsesivos, la predilección para mantenerse en duda y en constante inseguridad, se hallara relacionada con temas en los que la incertidumbre es generalmente a fin al universo humano y en las que todo juicio permanece constantemente sustraído a ella. Tales temas son ante todo, la paternidad, la duración de la vida, la muerte, el destino y la vida en el más allá.

También la ambivalencia de los sentimientos representa una de las características hacia las que tiende el obsesivo. En este caso estará dada por la ambivalencia entre amor y odio, siendo en ocasiones los actos obsesivos, la forma en la que el obsesivo intenta escapar o eludir de alguna manera dicho conflicto. A través de la ambivalencia entre amor-odio, el

² De acuerdo con el diccionario del psicoanálisis, las representaciones obsesivas se hallan muy próximas a nuestra actividad psíquica ordinaria, lo cual hace necesario diferenciar cualquier manifestación obsesiva de una disposición psíquica como la que acontece en la neurosis obsesiva (Roland Chemama y Bernard Vandermersch. *Diccionario del psicoanálisis*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires 2004, págs. 450 y 451).

obsesivo intenta deshacer en un segundo plano, lo hecho en un primer acto como si jamás hubiese sucedido: ama algo que odio previamente en su pensamiento. Ejemplo de ello aparece cuando la persona no puede convencerse de haber realizado un acto determinado, tal como cerrar la llave del gas o la puerta del piso, y de forma reiterada sentirse obligado a cerciorarse de ello una y otra vez. Por otro parte, el obsesivo, no estará solamente presionado por el temor de cometer un acto grave que sus ideas podrían imponerle, sino también por el de haberlas realizado incluso sin haberse dado cuenta.

Además, es posible, según Baravalle (1997) encontrar en el sujeto obsesivo tendencias agresivas y destructoras marcadas por un supuesto retroceso a la fase sádico anal, misma de la que se desprende la ambivalencia anteriormente mencionada (amor-odio). Sin embargo, esta antítesis de similar magnitud, no es la única que se puede rastrear en el neurótico obsesivo pues, de acuerdo con Ovejas (2012) a través de este retroceso a la fase sádico anal se pueden comprender también conflictos relacionados con los de agresividad y sumisión, la actividad y la pasividad, la crueldad y la bondad, la suciedad y el aseo, el orden y el desorden, por mencionar solamente algunos.

Por tal motivo, se dice que el neurótico obsesivo no está caracterizado meramente por sus síntomas, sino por la configuración de su carácter, el cual se halla sumamente determinado por el erotismo anal. Siguiendo con Bacchetta (2011), se puede afirmar que desde la más temprana edad el neurótico obsesivo revela sus temores, sus tormentos éticos, la manía del orden y la meticulosidad, inclusive esta autora asevera que estos personajes sienten una necesidad de reglamentar todo y de someterse a prohibiciones rigurosas, siendo estrictos y avaros principalmente.

Otro de los aspectos importantes para el modelo psicoanalítico en su conjunto es la de las fantasías, en este sentido, la neurosis obsesiva le mostro a Freud la existencia de deseos incestuosos hacia la madre y deseos de muerte reprimidos en contra de un padre que el describiría como cruel³. Dichos deseos —inconscientes claro está— se configuran para el

³ La neurosis obsesiva es electiva aunque no exclusiva del varón, debido a su posición fálica respecto a la madre en la situación edípica. El neurótico obsesivo manifiesta esencialmente un deseo incestuoso hacia la madre y odio acrecentado en contra del padre. (Sigmund Freud, 1992. "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" en: *Obras completas*, volumen X. Ed. Amorrortu, Buenos Aires 1992, págs. 138-147).

sujeto como prohibidos, de tal forma que este, no cesara por defenderse tenazmente de ellos, postergándolos en consecuencia hasta lo imposible.

De lo anterior, nos surge otra de las características más particulares en la neurosis obsesiva, en este caso referente a la procrastinación o postergación del acto, pues se podrá comprobar en el sujeto obsesivo, la aparición de por lo menos dos tendencias que intentaran paralizarlo frente al deseo particularmente; el hecho de no poder soportar que sus deseos se realicen y, que lo anhelado largamente durante la fantasía parezca perder su encanto en el preciso momento en el que el sujeto se encuentra a un paso de obtenerlos (Ferrer, 1997).

Por ello, el desinterés se adhiere a la lista de las características en el neurótico obsesivo. Otra de las fantasías más comunes de acuerdo con Cohen de Lara (2003), se halla relacionada con el ya mencionado “sentimiento de culpabilidad inconsciente” ya que de este sentimiento se puede traducir una necesidad de castigo por parte de una fuerza parental. Efectivamente, según esta autora, Freud habría demostrado que el deseo de ser maltratado por el padre es una de las fantasías más frecuentes en el obsesivo.

Por otro lado, ¿qué se puede decir en cuanto a la sexualidad de los obsesivos? Según Vacarrea (1997), estos sujetos suelen sentir aversión en general por los actos sexuales, sentir temores hacia el acto sexual, tener prohibiciones obsesivas y otros comportamientos tales como la impotencia, eyaculación precoz, dudas sobre la homosexualidad en la que se encarcela huyendo particularmente de todo aquello que le recuerde su mortalidad y su deseo, falta de deseo, masturbación excesiva, etc. La mayoría de estos comportamientos sexuales, de acuerdo con esta autora, encuentran su lógica en la fantasía incestuosa del obsesivo, misma que se remonta a las escenas edípicas de querer ser el hijo falo, al que no se le exige demostrar nada. Así, es común que pueda llegar a vislumbrar en la compañera sexual, la imagen de la madre amorosa y bondadosa.

Siendo cualquiera de estas situaciones, se podrá encontrar en el neurótico obsesivo, vestigios de un padre que no interfirió lo suficiente entre el niño y la madre. Por ejemplo, un hombre que por los motivos que sea se ausenta dejando al niño en posición de ser el objeto que colme a la madre, una madre muy preocupada por su hijo; muy cuidadosa de él muy sobreprotectora, una madre que se queja mucho de su esposo o, un padre que desvaloriza al niño, que se burla de él, y que a toda costa compite contra él. Siendo este

último caso, se podrá identificar en el obsesivo la competencia, la alta exigencia e incluso dificultades con personajes que ostenten algún rango de autoridad, en los que el obsesivo consigue ver figuras paternas que puedan brindarle algún tipo de reconocimiento, esperando no obstante siempre su muerte. Ya analizaremos a detalle estos aspectos en los siguientes capítulos.

1.3 Breve historia acerca de la neurosis obsesiva: el legado de la psiquiatría clásica

Es importante recordar que la neurosis obsesiva y en general el psicoanálisis, conserva mucho de los postulados de la psiquiatría clásica, de la que retoma nociones tales como las de enfermedad, síntoma, etiología, etc. En este sentido, la psiquiatría se caracterizaba o bien se caracteriza mejor dicho, por un saber positivo, pragmático y eficaz, en donde la observación se configura como su principal herramienta de trabajo. A través de este método, la psiquiatría logro basar sus principales exploraciones y descubrimientos, pues bajo el yugo de la observación o bien de la mirada, la psiquiatría logra extraer la información necesaria referente a la enfermedad mental, para así en un primer momento analizarla objetivamente, describirla exhaustivamente y solo posteriormente llevar a cabo clasificaciones.

Esta medicina clasificadora a la que me refiero es propia del siglo XVIII, precedente a la del método anatómico-clínico, cuya pretensión no era otra más que la de localizar lesiones anatómicamente comprobables (con la finalidad de situar la causa de los síntomas), aislar y describir las enfermedades e incluirlas posteriormente en un espacio clasificatorio y homogéneo, siendo su principal modelo de referencia la clasificación de las especies vegetales efectuada por Linneo (Braunstein, 2002).

Así, podemos decir que del síntoma a la lesión y de la lesión a la etiopatogenia, la medicina se abre camino en el siglo XIX para configurar la medicina de la actualidad, siendo en este mismo periodo, el momento en el que los “locos” pasan a ser patrimonio y problema de la psiquiatría. Será de este contexto, del que Freud retomara no solo la mirada del cuerpo, sino también lo sintomático de la clínica pero agregando en ello la posibilidad de la subjetividad, misma que propondrá una escucha del síntoma pero no con un fin de clasificación nosográfica, sino con el fin de proponer un saber sobre el síntoma para el

sujeto que lo sufre, elaborando, más allá del suelo epistémico de su tiempo, una teoría del sujeto que se constituye en soporte de la “otra clínica”, es decir la *clínica de la escucha*, en la que el clínico en este caso, ya no es un mero fotógrafo del síntoma, ni mucho menos un taxón, sino más bien un buscador, o bien, si se le prefiere un develador de relaciones que no se hayan en apariencia tangible.

La noción de neurosis obsesiva como entidad clínica ostenta pocas décadas de existencia en el saber del campo de la medicina y más en específico del de la psiquiatría, si se le compara por ejemplo, con el conocimiento que se tiene acerca de la histeria, la cual, más allá de su polimorfismo clínico, ha sido objeto de exploración desde los orígenes mismos de la medicina (Chemama y Vandermersch, 2004). Efectivamente, los primeros antecedentes formales sobre la neurosis obsesiva aunque aún sin reconocerse como tal, pueden hallarse solo apenas sesenta años antes de que Freud volcara su atención sobre el terreno en este tipo de neurosis.

Según Volta, Erbetta, Zanassi y Lozano (2013) el psiquiatra francés Jean Étienne Esquirol es pionero en elaborar aportes relevantes relacionados con las obsesiones, esto, gracias a sus esfuerzos por detallar y profundizar los estudios nosográficos heredados por su maestro el alienista ⁴ Philip Pinel. Uno de sus postulados más trascendentes, fue la creación de las denominadas *monomanías*, una clasificación que solía agrupar a todas las afecciones mentales conocidas durante este periodo. Esta peculiar clasificación, explicaba como origen de las monomanías un tipo de daño parcial en la “mente”, daño, que no involucraba mayores dificultades o anomalías para el resto de las facultades mentales.

Las monomanías se podían distinguían a su vez en tres campos, siendo una de ellas la llamada *monomanía afectiva* o “locura de carácter parcial”, la cual, partía del supuesto de que los trastornos del carácter, de la afectividad y del comportamiento, eran sostenidos por

⁴ El término alienista hace referencia a la elección del conjunto de prácticas que caracterizaron a la psiquiatría durante el siglo XVIII, en donde el paradigma de la alienación mental, configuraba como objeto de estudio científico a la alienación mental en oposición a la locura, misma que se hallaba impregnada de connotaciones filosóficas, religiosas y morales desde hacía ya varios siglos. Además, dicho paradigma ocupa un lugar relevante en la evolución y desarrollo de la psiquiatría y psicología clínica en lo referente hacia el trato de los “enfermos mentales”. En este sentido Philip Pinel fue el principal representante de dicho paradigma (Fabiana Lávaque. “Paradigmas en psiquiatría; los aportes de la psiquiatría clínica en la construcción del saber psicopatológico Freudiano” en: *Revista Psico Logos*, Revista electrónica de la Universidad de Tucumán, Argentina (s.f.) disponible en: www.psicologia.unt.edu.ar/index.php. págs. 2 y 3).

delirios parciales, en la que los pacientes, a pesar de sus aparentes delirios, conservaban las facultades de la conciencia y la razón.

Al respecto, cabe destacar la existencia de un historial elaborado por Esquirol sobre un caso de monomanía, en el que relata el caso de una paciente de nombre Mlle. François de 34 años, quien habría sido tratada por él durante 1830. Dicho historial es descrito a continuación con la finalidad de conocer aquello que en ese entonces era descrito como locura parcial:

“...François iba con frecuencia a casa de una tía, sin llevar sombrero y con un delantal que usaba habitualmente. Un día, a la edad de 18 años, sin causa conocida, al salir de la casa de su tía, fue presa de inquietud al pensar que podía haberse llevado sin querer algún objeto en los bolsillos del delantal. A partir de ese momento no vistió más el delantal cuando iba a visitar a su tía. En el negocio en el que trabaja junto con su tía empezó a tardar cada vez más para hacer las cuentas y las facturas por temor a cometer algún error, escribir una cifra por otra y, en consecuencia, perjudicar a los compradores. Más adelante, temía, al tocar el dinero, retener entre sus dedos algo de valor. Vanamente se le objetó que no podía retener una moneda sin darse cuenta y que el contacto de sus dedos no podía alterar el valor del dinero que tocara. Es cierto —respondía— mi inquietud es absurda y ridícula, pero no puedo defenderme de ella. François debió dejar el negocio. Poco a poco las aprehensiones aumentaron y se generalizaron. Cuando tocaba algo, sus inquietudes se despertaban y lavaba sus manos con abundante agua. Cuando sus vestidos rozaban cualquier cosa se inquietaba y atormentaba. En cualquier lugar que estuviera prestaba mucha atención a no tocar nada ni con sus manos ni con su ropa. Entonces, François contrajo un hábito singular: cuando tocaba algo, cuando sus vestidos entraban en contacto con un mueble u otro objeto, cuando alguien entraba a su departamento o ella misma entraba de visita, sacudía vivamente sus manos y frotaba los dedos de cada mano unos contra otros como si tratara de sacarse una materia muy sutil escondida bajo sus uñas (...) Luego de varios períodos de remisión y de exasperación, repetidos durante varios años, reconociendo que los consejos de sus padres, de sus amigos y de su propia razón eran impotentes para aliviarla, decidió, en noviembre de 1830, viajar a París para tratarse...” (Citado en Volta, Erbetta, Zanassi y Lozano, 2013 pág. 91, cursivas en el original).

Sin lugar a dudas es de resaltar la particularidad del caso, sin embargo y de acuerdo con estos autores debido a la falta de evidencia clínica y de resultados, este caso no logra alcanzar un valor paradigmático para Esquirol ni para sus contemporáneos y, en consecuencia, solo treinta y seis más tarde Jules Falret dio un vuelco a esta idea con base a la crítica realizada a esta tipo clasificación del ya para entonces viejo taxón Esquirol, teniendo como argumento principal que aquel malestar se trataba solamente de una reunión artificial de hechos incoherentes pertenecientes a categorías diversas confundidas bajo un mismo nombre ya que, según él, se basaba única y exclusivamente en el criterio sintomático de un solo rasgo central, es decir el carácter razonante (Rebollo, 2011).

Ante este hecho el psiquiatra propuso fragmentar la sintomatología de la llamada locura de duda, en supuestas “verdaderas especies naturales”, basando su trabajo, principalmente en las enseñanzas que le había heredado su padre, el también psiquiatra Jean Pierre Falret. Con base a esas enseñanzas pudo desarrollar ocho categorías, las cuales, configuraron en su momento descripciones sumamente novedosas. Algunas de las categorías más relevantes fruto de esta labor fueron; la locura histérica, locura obsesiva, así como otras dos categorías que comprendieron un primer acercamiento a lo que posteriormente se tornaría como neurosis obsesiva (Piazzze, Lujan y Campodónico, 2013). Estas categorías fueron:

a) la hipocondría moral con conciencia, en la cual, teniendo como trasfondo un escenario de pesimismo y postración, se desarrolla un estado en el que el mundo exterior pierde su atractivo para el sujeto, con lo cual llega a sentirse indiferente a todo, incapaz de actuar y con escasa energía, agregando a ello además, crisis de terror y obsesiones impulsivas acompañada por permanentes manifestaciones de ansiedad.

b) alienación parcial con predominio de miedo al contacto con los objetos exteriores. Es decir, locura de duda o locura de tacto.

De la primera categoría enlistada, Pierre Janet desarrolla en 1896 la noción de psicastenia⁵, la cual a simple vista encuentra similitud en características con la neurosis

⁵ A partir de esta nosografía es desarrollado el actual trastorno psiquiátrico denominado Trastorno Obsesivo Compulsivo (TOC). (Gastón Pablo Piazzze; María Lujan Moreno y Nicolás Campodónico. “Las Neurosis Antes de Freud” en: *El campo de las neurosis en la obra de Freud*. Ed. de la Universidad de la Plata, Buenos Aires, 2013, págs. 91-96).

obsesiva, aunque difieren en el origen, ya que la psicastenia para Janet, tendrá como origen un cuadro esencialmente de debilidad mental. Sin embargo la que resulta de interés para el objeto de nuestro trabajo es la segunda, por el hecho de ser la que retoma Freud junto a la locura obsesiva de Kraepelin para construir a la postre su neurosis obsesiva.

Un hecho a destacar durante esta elaboración que da las bases imprescindibles a Freud para configurar su neurosis obsesiva, es el hecho de que Falret al delimitar esta clasificación dio un salto del acto meramente descriptivo de los síntomas, al aislamiento y focalización del aspecto psicológico de la locura de duda, pues sostenía que, el verdadero trasfondo de esta enfermedad radica en la cuestión de la duda como un verdadero estado de irresolución para el sujeto (Rebollo, 2011). Cuestión que, como lo veremos más adelante, será para Freud el fundamento principal para esbozar la nueva categoría.

¿Por qué se dice que es trascendente el hecho de que Falret prestara más atención al hecho psicológico? Bueno, pues con esta postulación, él intentaba separar su clasificación del cuadro clínico de la locura-psicosis del que se desprendía hasta entonces la locura de duda. Dicho modelo de psicosis se basaba en albergar padecimientos que describían la existencia de perturbaciones en el registro del orden mental, alucinaciones y delirios, por ello, es que se decía que era una locura de duda, pues sus síntomas asemejaban más un tipo de delirio ocasionado por perturbaciones mentales (Porter, 2004).

Sin embargo, Falret no hallaba del todo aptas estas características para designar como psicosis a este tipo de padecimiento, pues el hecho psicológico que él evidenciaba en contraparte, en nada se refería a un tipo de alucinación o delirio.

Por otra parte, se sabe por Piazzese, Lujan y Campodónico (2013) de otro psiquiatra francés quien al igual que Falret señaló en 1875 otras particularidades del cuadro clínico de la locura de tacto que contribuían a diferenciarlo del grupo de las psicosis. Se trata de Henri Le Grand du Saule, quien argüía en primer término, que la presencia de este cuadro en los asilos de alienados se daba de manera excepcional y que, por el contrario este prevalecía en la consulta externa, cuya asistencia de los pacientes se daba con mayor frecuencia.

En segundo lugar, se menciona el hecho de que esta afección era acompañaba generalmente de síntomas físicos y en particular de fenómenos correspondientes con la histeria y con la hipocondría. Aunado a lo anterior y de acuerdo con Porter (2002) otra de

las contribuciones que emergieron para despojar del terreno de las psicosis a la locura de duda proviene de la escuela alemana, ya que durante este periodo no son los franceses los únicos quienes se dedican a producir conocimiento clínico. En este sentido, la escuela alemana se caracterizaría por tener una perspectiva de índole somatista que a su vez aporta un saber basado en una concepción sobre el desarrollo de las enfermedades y su etiología, así mismo, brindaba propuestas de intervención basadas en una minuciosa y detallada investigación de los casos como alternativa a la mera masificación o inventariado de estos, tal y como se venía realizando.

Con esta base, la escuela alemana propone investigaciones más detalladas, nomenclaturas más enriquecidas y, además, pretende mostrar a la enfermedad como algo que inicia, evoluciona y desaparece, dejando en consecuencia un legado hacia la cura (Visbal y Ayala, 2006). Entre sus representantes más destacados cabe mencionar a Griesinger, a Karl Kahlbaum y a Emil Kraepelin, a quien se le reconoce el hecho de haber elaborado la clasificación psiquiátrica más utilizada hasta mediados del siglo XX (Braunstein, 2002).

Con base a lo anterior, podemos mencionar además otras aportaciones realizadas por Kraepelin. Por ejemplo, describió dentro de las psicosis dos grandes grupos que incluían las psicosis orgánicas; sífilis cerebral, demencia senil y parálisis general y, por otro lado psicosis funcionales: psiconeurosis y degeneraciones psíquicas (Porter, 2004).

En la categoría de las psiconeurosis se encontraba la melancolía, la manía, la demencia aguda y el delirio alucinatorio como formas agudas y, paranoia y demencia como formas secundarias de psiconeurosis. Mientras que la categoría de las degeneraciones psíquicas incluía la alienación emotiva, la paranoia crónica, las locuras periódicas, neurosis constitucionales (epilepsia, histeria e hipocondría) y finalmente la locura obsesiva, la cual era descrita entonces como la enfermedad de los auto-reproches, la culpabilidad y rasgos de sadismo producto de su relación con los Otros, además, ponía énfasis en algunos síntomas físicos y comportamentales de los que se valía el individuo para experimentar una forma de alivio (rituales).

Con estos antecedentes entonces ¿se pretendía llevar al campo de las neurosis esta categoría? no propiamente a las neurosis, ya que esa fue una tarea emprendida por Freud

pero, al menos se trataba de un intento de despojarla de los cuadros de locura de los que se desprendía. Sin embargo y a pesar de la evidencia existente tanto de la escuela francesa como de la alemana, la obsesión no lograra ser extraída del campo de la psicosis ya que para la psiquiatría de esta época —empírica, descriptiva, objetiva y racional— no existe tal posibilidad debido a la oposición racionalista entre cuerpo y mente que la sustenta, misma que inclusive ha perdurado largo tiempo dentro de la psicología y la cual no da argumento suficiente para entender relación alguna entre los fenómenos psíquicos y su representación sintomática mediante la pura observación y descripción de los fenómenos (Visbal y Ayala, 2006).

Por ello, la intención de separar la locura de duda del campo de las psicosis no pudo prosperar de la mano de Kraepelin, de la de Falret ni de la de du Saule. No obstante, Freud no correría con la misma suerte, ya que gracias a su persistir y a la particularidad de su modelo psicoanalítico, logro dar un salto sobre esta concepción racionalista aun a pesar de su inminente formación positivista sobre la cual se ostentaba, consiguiendo en contraparte reunir en las llamadas *Neuropsicosis de Defensa* (texto escrito en 1894) algo que a la simple observación parecía ser tan distinto, es decir, las manifestaciones somáticas producto del conflicto psíquico que acechaba a sus histéricas así como las perturbaciones del pensamiento que se le imponían al obsesivo.

La clínica freudiana

A finales del siglo XIX de la mano del modernismo, Freud funda no únicamente una disciplina científica sino también una epistemología totalmente inédita y subversiva, en la que no se limita meramente a aplicar las categorías y métodos de investigación tan arraigadas y aceptadas por su comunidad científica, sino que funda una especificidad que se ubica incluso más allá de lo que el mismo pudo imaginar, dado sus puntos de despegue particularmente mecanicistas. Así, esta nueva Epistemología además de todo, parecía responder claramente a las necesidades y a la originalidad de la ciencia que había producido, sostén de sus propios descubrimientos, de su forma de operar y de los modos de producir conocimiento psicoanalítico (Arteaga, 2012). Por lo tanto, en lo sucesivo aquello

que se designara como objeto de la investigación psicoanalítica serán las formaciones inconscientes; sueños, síntomas, actos fallidos, etc.

De manera similar en la que Newton veía el espacio Euclidiano como lugar de referencia dentro del cual se desarrollaban, localizaban y encontraban los espacios materiales, Freud establecía el espacio psicológico como marco de referencia de las estructuras del aparato psíquico, pues el sueño era poder demostrar procesos psíquicos de manera cuantitativa dotados de materiales fielmente comprobables, predecibles y dinámicos. Por ello, se da a la tarea de elaborar una metapsicología ⁶ propia para la ciencia que ha configurado.

Durante el trabajo que realizaba rumbo a la meta psicoanalítica, muchos obstáculos técnicos surgían en sus investigaciones, mismos que a su vez eran transformados en obstáculos epistemológicos, los cuales eran resueltos paulatina y en ocasiones dolorosa o satisfactoriamente dentro de la clínica y en el “autoanálisis” con Wilhem Fliess, para así posteriormente poder retornar a estos obstáculos técnicos, pero ahora ya desde una nueva perspectiva teórica. Así, después de haberse auxiliado de diferentes métodos tales como el de la sugestión hipnótica, la hipno-catarsis y el método catártico cada uno de ellos con sus respectivas teorías; teoría del trauma y teoría de la seducción, tocara el turno a la asociación libre y a la intersubjetividad a través de la fantasía, misma que, poco a poco se ira abriendo paso dentro de las conceptualizaciones de Freud hasta llegar a ser la que establezca las condiciones de posibilidad para la construcción de los fenómenos inconscientes y la emergencia de su saber (Perrés, 1988).

En el terreno de la neurosis es donde el psicoanálisis adquiere su propia experiencia, por ello, la neurosis más que un material psicopatológico a analizar, resulta ser el operador de la ciencia del inconsciente. Siendo aún más específicos, el psicoanálisis como tal,

⁶ Freud introduce el término metapsicología hacia 1895. En una primera síntesis ordena los escritos metapsicológicos alrededor de la concepción de la libido (infantil) en su dimensión de objeto que hace posible una teoría del conflicto pulsional fundada en la represión articulada en torno a una economía del principio del placer /realidad y asumiendo una teoría tópica de los sistemas consciente, preconsciente, inconsciente. Esta síntesis se elabora entre 1895, 1900 y 1905. En un segundo momento, Freud genera una síntesis hacia 1920, donde introduce la “pulsión de muerte” que reorganiza una nueva concepción económica. Reorienta el eje del conflicto de las pulsiones fundamentales (Eros y Tánatos) que sustituyen a las pulsiones sexuales y de autoconservación del primer dualismo pulsional de 1910. Esta nueva organización inscribe un segundo tópico; Yo, Ello y Superyó (Paul Laurent Assoun. *El freudismo*. Ed. Siglo XXI, México, 2003 págs.72-74).

comienza a partir de la histeria y con el trasfondo de la ruptura freudiana con la clínica de la mirada y con la adopción de la idea en boga de manifestar la importancia de la realidad de la palabra, en particular de las histéricas, a partir del principio según el cual, las pacientes sufrían fundamentalmente por recuerdos.

Este hecho es descrito como trascendente por Paul Laurent Assoun (2003) ya que con esta innovación, según este autor se asiste por primera vez en el curso de la historia a hablar de un sujeto del síntoma que se escucha, ya que se le otorga un valor preponderante a la palabra del sujeto a fin de descubrir el determinismo que preside la libertad de la supuesta libre asociación. En un principio y en el caso de la neurosis histérica, Freud toma distancia de la perspectiva de los planteamientos de Breuer y de Janet con respecto a la formulación de una teoría psicológica que explique el origen de los síntomas histéricos. Cuestiona particularmente la concepción de este último que subraya el carácter pasivo de la disociación de la conciencia considerada como un déficit que se encuentra en el fundamento de la formación de los síntomas, es decir las “ideas fijas emancipadas”.

En su lugar se vale de los hallazgos extraídos de su investigación con las histéricas que lo conducen a sostener que se trata en su lugar de una actividad propia del sujeto a la que denomina *defensa*⁷, concepto entendido por él, como una forma de huida ante una representación que es capaz de despertar un afecto penoso para el sujeto (Freud, 1991, t. III). Con base a estos pilares fundamentales y en la antesala del psicoanálisis, Freud propondría que, una perturbación neurótica en lugar de figurar como una enfermedad de los nervios es en contraste, una “enfermedad traumática” la cual tiene como factores causales, una representación inconciliable, producto de experiencias precoces relacionadas con la sexualidad, las cuales al actuar desde el inconsciente y en oposición a las exigencias de la realidad generan un conflicto psíquico que se manifiesta fenoménicamente dentro de un conjunto de síntomas de naturaleza más o menos definida (Freud, 1991, t. III).

⁷ Es de destacar el uso que Freud hace de los términos defensa y represión, pues en los inicios de su obra son utilizados sin distinción alguna para hacer alusión a un mismo acto: desalojar de la conciencia una representación de carácter inconciliable para el yo en función de su contenido sexual. Pero es hasta *Inhibición, síntoma y angustia* donde los especifica. En cuanto al término defensa, Freud alega que, mediante el mismo, debe entenderse de manera general al conjunto de técnicas de las que se sirve el yo frente a sus conflictos psíquicos y que pueden ocasionalmente conducir a una neurosis; en cambio el término represión debe reservarse sólo para designar una de dichas técnicas en particular (Sigmund Freud. “Inhibición, síntoma y angustia” en: *Obras completas*, volumen XX. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1992, pág. 145).

Sabemos por Lieberman y Bleichmar (2001) que durante un tiempo Freud atribuyó un valor de causa real a estos acontecimientos precoces de contenido sexual, ya que los mismos hechos eran narrados por los propios neuróticos y se identificaban plenamente durante el periodo de la infancia. Cabe decir que de esta situación se desprendían dos variantes: 1) La de la seducción; donde el paciente mencionaba haber sido en su infancia, blanco de un engaño de seducción sexual y 2) el coito de los padres, donde el paciente comentaba haber sido testigo de las relaciones sexuales entre adultos, principalmente sus padres. Estas experiencias de acuerdo con Freud (1991, t. III) son vividas con un sentimiento de terror, característica que sellara el valor de lo traumático.

Sin embargo, Freud no tarda demasiado en dudar sobre la realidad de este suceso primitivo y, paradójicamente se posicionara en el camino de la veracidad del relato, ya que irá descubriendo en su lugar a través de la palabra de los pacientes, una realidad que se torna particularmente psíquica, la cual, conlleva una fantasía de contenido edípico relacionada con deseos incestuosos. Este descubrimiento de la realidad psíquica a su vez, abrió la pista a la noción de defensa, la cual se convertirá en imprescindible, pues sobre ella encontraremos articulado todo el compendio psicoanalítico freudiano (Assoun, 2003).

Con base a lo anterior, Freud (1991, t. III) logro encontrar en algunos de sus pacientes la existencia de un tipo de *inconciabilidad* en su vida de representaciones, es decir, una representación o una sensación que despertaba un afecto tan penoso que la persona prefería olvidarlo, poniendo en marcha un trabajo arduo y voluntario de pensamiento con la firme intención de lograr ahuyentar de esta manera “la cosa” que lo atormentaba, para así poder llegar a conciliarse nuevamente con su yo. Ante este ejercicio, Freud sostiene que el simple hecho de la voluntad de alejarse de los pensamientos en si no representan algo de tipo patológico, solo asevera que el olvido obligado de sus pacientes, por él analizados, no se lograba, lo cual ocasionaba en contraparte, diversas reacciones patológicas que desarrollaban una histeria, una *representación obsesiva* o una psicosis alucinatoria. Por lo tanto, de este empeño voluntario del paciente a la génesis del síntoma neurótico el mecanismo propuesto por Freud fue el de defensa, mecanismo mediante el cual, el sujeto pretendía tratar la representación inconciliable como “no acontecida”. Sin embargo, una vez que la huella mnémica y el afecto adherido a dicha representación

quedaban instaurados en el psiquismo del individuo, estos ya no iban a poder ser extraídos (Freud, 1991, t. III).

En consecuencia, el individuo emprende la puesta en marcha de otro mecanismo para lograr *convertir* esta representación intensa en una representación débil, intentando por sobre todo, arrancar el afecto intenso que sobre ella gravita. Así, esta representación ahora se presenta de naturaleza débil, dejando de plantear exigencias o malestar al individuo, sin embargo, nos menciona Freud, que la suma de excitación desprendida de ella, tendrá por fuerza que ser aplicada a otro espacio. Siendo este el caso, en la histeria, el modo de volver o aplicar esta fuerza desprendida es, trasponiendo a lo corporal dicha suma de excitación mediante el proceso denominado conversión, mientras que en la obsesión y la fobia, se emprenderá el mecanismo de desplazamiento del afecto, pues según esto, en el individuo que predispone a una neurosis obsesiva no pre-existe el mecanismo de la conversión y por ende, el afecto que ha sido desplazado permanecerá en el espacio psicológico en donde conseguirá adherirse a otras representaciones en si no incompatibles, formando en consecuencia un “enlace falso”, del que a la postre devendrán las representaciones obsesivas⁸ y fobias (Freud, 1991, t. III).

Tras haber establecido la etiología sexual de las neurosis y el mecanismo de defensa como columna vertebral de su ciencia, Freud emprende ahora la tarea de distinguir las según sus aspectos clínicos y sus mecanismos. En este sentido, de acuerdo con Chemama y Vandersmersh (2004) situó por un lado a la neurastenia y a la neurosis de angustia, cuyos síntomas provienen directamente de la excitación sexual sin la intervención de un mecanismo psíquico, la primera ligada a un modo de satisfacción sexual inadecuada; la masturbación.

Y la segunda, a la ausencia de satisfacción. A estas neurosis, a las que agregaría después la hipocondría, llamo neurosis actuales. Del otro lado ubicó a las neurosis en las que interviene el ya mencionado mecanismo psíquico de defensa y a las que denomina en

⁸ El fenómeno psíquico de las obsesiones es denominado como representaciones obsesivas durante los escritos de *Neuropsicosis de Defensa* (1894). Solo hasta *Nuevas Observaciones sobre las Neuropsicosis de Defensa* (1896) aparece el término *Neurosis Obsesiva*. (Sigmund Freud. “Las Neuropsicosis de defensa, ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias”; “Nuevas puntualizaciones sobre las Neuropsicosis de defensa” en: *Obras ccompletas* volumen III. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1992, págs. 47-50 y 169-171).

un primer momento neuropsicosis de defensa y solo posteriormente psiconeurosis, las cuales incluyen a la histeria y a la neurosis obsesiva. Así, dichas entidades quedaran constituidas en lo sucesivo como categorías clínicas y posteriormente con Lacan como estructuras clínicas⁹.

Ahora bien, luego de haber revisado algunas generalidades entorno a la neurosis obsesiva, el propósito es pasar a analizar a detalle dicha estructura en el pensamiento del padre del psicoanálisis, de esta forma conoceremos los argumentos que dan sostén a esta estructura fundamental para el psicoanálisis. A pesar de que por ahora solo se han revisado aspectos superficiales que la dibujan, podemos ver en ella síntomas que en realidad pueden ser considerados muy aterradores por quienes los sufren. Pero, no basta quedarnos con el mero hecho del síntoma por lo que a continuación pasaremos a develar el gran secreto del neurótico obsesivo y que al comienzo de este capítulo, una frase de Gabriel García Márquez nos da una pista de lo que representa el sufrimiento obsesivo.

⁹ La noción de categoría clínica adquiere en psicoanálisis un estatus de completa solidaridad con la ruptura de la oposición normal- patológico, la cual se encuentra como fundamento de las perspectivas psicopatológicas previas a Freud y que persiste incluso aun en la actualidad (Graziela Napolitano. “Categorías clínicas y teoría psicoanalítica: puntualizaciones en la obra de Freud” en: *El campo de la neurosis en la obra de Freud*, Ed. de la Universidad de la Plata, Buenos Aires, 2013, págs. 19-21).

2 . LA NEUROSIS OBSESIVA EN FREUD

“Aquel que duda de su amor, tiene que dudar de todo lo demás, menos importante”

(Freud, 1909)

El presente capítulo dedicado a la neurosis obsesiva en la obra de Sigmund Freud, tiene como objetivo presentar la descripción y características más relevantes en torno a dicha categoría en el pensamiento del fundador del modelo psicoanalítico. Al respecto, podemos decir que la neurosis obsesiva es una de las categorías clínicas psicoanalíticas con más modificaciones conceptuales dentro de la teoría freudiana, producto de los diversos virajes teóricos y clínicos que a su vez fueron producidos por las diversas vicisitudes a las que Freud fue arribando en distintos momentos durante su labor y en función de la exploración clínica que realizaba.

Sin ser la neurosis obsesiva una versión acabada de la misma, según palabras del mismo Freud (1992, t. XX) debido a la gran diversidad de fenómenos que la rodean, la neurosis obsesiva cuenta con un marco de referencia sólido, mismo del que se intentó recabar aquí las principales ideas del médico vienes en torno a esta categoría, en la cual, no encontraremos precisamente rasgos de una enfermedad mental sino algo más que sobrepasa la mera utilización del adjetivo, es decir, la estructura de personalidad que se halla detrás de los diversos síntomas y características que hacen del obsesivo un sujeto de mandatos y rituales.

La neurosis obsesiva sufrió durante los años de 1894 y 1926 modificaciones relacionadas con los virajes conceptuales a los que aludíamos en un principio, cambios que como lo veremos, se hallan en torno a la sexualidad y a la defensa iniciada contra la misma. En este sentido podemos aislar tres concepciones o formulaciones distintas; la primera, correlativa a la teoría de la seducción, la segunda establecida a partir del abandono de dicha teoría y el consecuente descubrimiento freudiano de la sexualidad infantil y, finalmente, una tercera concepción que retoma gran parte de los desarrollos esbozados en los contextos anteriormente mencionados pero que conlleva además una revisión efectuada a partir del

giro metapsicológico producido durante los años 20, del que se retoman en particular dos elementos a considerar; la hipótesis de la pulsión de muerte y la formulación de la segunda tópica con la introducción del concepto de Superyó.

Por lo tanto, se inicia este capítulo con la primera conceptualización Freudiana para luego continuar con el desarrollo de esta revisión, puntualizando, que no es objetivo en lo absoluto centrarnos en los obstáculos epistemológicos y reformulaciones de la teoría, sino presentar los aspectos más relevantes y característicos que dan forma a la estructura neurótica obsesiva a partir de la teoría freudiana, tomando en cuenta para ello cada una de sus etapas con la finalidad de lograr una mejor aprehensión de las enseñanzas del padre del modelo psicoanalítico.

2.1 Las primeras puntualizaciones

A partir de sus primeros trabajos Freud (1991, t. III) aísla el escenario en donde se presenta el síntoma obsesivo, que a diferencia de la histeria de conversión, el afecto de una representación inconciliable producto de un vivenciar y sentir sexual no es convertido y desplazado hacia el espacio corporal, sino que en este caso, ha de permanecer en el ámbito de lo psíquico, donde, dentro de la conciencia queda liberado y en busca de adherirse a otras representaciones en si no inconciliables con el sujeto, formándose de esta forma un *falso enlace* del que a la postre devendrán las representaciones obsesivas.

Es debido a este enlace falso que las obsesiones en la mayoría de los casos pueden llegar a parecer absurdas y no tener ningún sentido para quien las padece, pues el sujeto a propósito, ha desprendido el afecto asociado a una representación inconciliable y en su lugar lo ha desplazado a otra representación, por lo general una indiferente o una que no tiene nada que ver con la representación o idea que le perturba, de esta forma el afecto logra permanecer sin modificación alguna en el espacio psíquico viéndose únicamente modificada la representación o idea perturbadora.

Por lo tanto, al no existir capacidad convertidora en la neurosis obsesiva, tal y como sucede en el caso de la histeria, la sintomatología quedara delimitada por Freud meramente al espacio de lo psicológico en forma de representaciones obsesivas, las cuales, fueron descubiertas y descritas por él como representaciones mantenidas en secreto por los

enfermos que solicitaban sus servicios pues les suponían vergüenza, ya que en la mayoría de los casos hacían alusión a representaciones relacionadas con su sexualidad. Cabe mencionar que ante este hecho quedaban adheridos diversos episodios desagradables de angustia. De acuerdo con Freud (1991, t. III) la esencia de las representaciones obsesivas ha de consistir en dos cosas: 1) una idea que se le impone al sujeto y 2) un estado emotivo asociado, donde, no siendo ninguno de los casos anteriores podrán llamársele solamente traumáticas a aquellas representaciones, recuerdos o imágenes alteradas o disfrazadas como obsesiones intensas y, pertenecerán siendo este el caso, a la sintomatología propia de la histeria.

En estas verdaderas obsesiones propias de la neurosis obsesiva, el estado emotivo será lo que constituya el elemento principal (enojo, ansiedad, duda, remordimiento o ira), puesto que este estado será perpetuado de una idea a otra dentro del aparato psíquico en su intento por sustraerse de la idea original. En este sentido, el estado emotivo (culpa o reproche) estará siempre injustificado, ya que de acuerdo con Freud (1991, t. III) el sujeto obsesivo no encontrara los elementos y motivos suficientes para sostenerlo, ya que en realidad el sujeto desconoce el contenido implícito de sus representaciones debido al enlace falso que se ha formado con el estado emotivo desprendido, el cual, se ha adherido a una idea o representación que no concuerda con él, por lo que la mayoría de sus representaciones y reproches se le impondrán como absurdos o carentes de sentido.

En este escenario de acuerdo con el mismo Freud el aumento en la intensidad de los síntomas devendrá particularmente de dos sesgos producidos en estas verdaderas representaciones obsesivas: es decir cuando 1) el estado emotivo se encuentre ya eternizado y 2) cuando la idea en la que se ha depositado el afecto de la idea original haya perdido fuerza. De lo anterior, Freud nos menciona que en los antecedentes de los pacientes y en el origen de la obsesión se halla el contenido de una idea original bochornosa asociada en la mayor de las veces con la sexualidad del individuo pero sustituida o reemplazada (Freud, 1991, t. III).

Asimismo, la idea original podrá verse también reemplazada pero no solo por otra idea, sino en este caso por actos o impulsiones que durante el origen de la idea sirvieron como alivios o procedimientos protectores, y que en el estado de mayor intensificación de

los síntomas se hallan en una situación grotesca y en función de un estado emotivo que no concuerda con ellos (Freud, 1991, t. III).

En *Nuevas puntualizaciones sobre neuropsicosis de defensa*, Freud (1991, t. III) intenta reconducir los síntomas obsesivos hacia las vivencias tempranas causantes de traumas psíquicos referentes a la vida sexual y distingue una nueva categoría de síntomas a saber; las acciones obsesivas. En este escrito menciona como etiología de la neurosis obsesiva unas vivencias sexuales de la primera infancia y de significatividad similar a las de la histeria, las cuales le darán sentido. Sin embargo ya no se trataran en este caso de vivencias experimentadas con pasividad sexual sino de acciones ejecutadas con placer acompañadas de una participación que el sujeto experimentó placentera.

Todo este vivenciar prepara la emergencia de la neurosis en el periodo de la vida posterior a la pubertad, ejerciendo su efecto luego de despertado el recuerdo o huella mnémica reprimida e inconsciente, aunque Freud, hará énfasis nuevamente en el mecanismo de desplazamiento del afecto de la representación y su ulterior represión (Freud, 1991, t. III).

En efecto, serán estas vivencias el fundamento de las representaciones obsesivas las cuales no significaran otra cosa más que reproches que el sujeto se ha adjudicado a causa de este goce sexual, es decir, *reproches mudados* mediante un trabajo psíquico inconsciente de transformación y sustitución, síntomas del fracaso de la represión y referidos siempre a una acción de la infancia; una acción sexual realizada con placer.

De lo anterior podemos rescatar una trayectoria típica de la neurosis obsesiva con base a este abordaje, donde, en un primer periodo durante la más temprana infancia ocurrirán las vivencias de seducción sexual que luego posibilitaran la represión. Posteriormente, el ingreso a la maduración sexual pondrá fin a este periodo y al recuerdo de aquellas acciones placenteras se anudara un reproche.

El nexo con una vivencia sexual de pasividad (anterior a la vivenciada con placer) posibilitara reprimir este reproche y sustituirlo con un síntoma defensivo primario, entre los que destacan, escrúpulos de conciencia moral, vergüenza, desconfianza. Estos síntomas denominados primarios inaugurarán un tercer periodo, es decir, el de salud aparente, que en realidad no representaran otra cosa más que el éxito de la defensa emprendida en contra de

los recuerdos. El periodo siguiente y último corresponderá a lo que Freud denominó el periodo de la “enfermedad”, caracterizado por el retorno de los recuerdos reprimidos tras el fracaso de la defensa primaria (Freud, 1991, t. III).

Ahora bien, durante este periodo los recuerdos reanimados y los reproches derivados de ellos no ingresarán de manera inalterada en la conciencia, sino que en este caso lo que devendrá consciente como representación y afectos obsesivos serán unas *formaciones de compromiso* entre las representaciones reprimidas y las represoras. Es decir, estas formaciones de compromiso deformadas por el proceso defensivo primario que logran ingresar a la conciencia, son retornos de lo reprimido que conocerán solamente dos formas; recuerdos y reproches y/o acciones obsesivas (Volta, Erbetta, Zanassi y Lozano, 2013).

En lo referente a los recuerdos, podemos decir que estos son representaciones obsesivas típicas en las que su contenido atrae sobre sí la atención del sujeto, lo cual, conlleva a su vez cierto tipo de displacer. Asimismo, estos recuerdos conllevan una doble desfiguración, es decir que algo actual reemplaza a lo pasado y lo sexual se encuentra sustituido por algo no sexual. Estas dos modificaciones se verán influenciadas precisamente por una tendencia represora atribuible al estado consciente del sujeto (Freud, 1991, t. III).

Por otro lado, si lo que conquista la vida psíquica consciente de un sujeto es un reproche reprimido —culpa por lo general—, el afecto de aquel reproche podrá cambiarse en virtud de un agregado psíquico, a un afecto displacentero de cualquier otra índole o representación. De tal forma que el reproche (por haberse disfrutado la acción sexual) podrá mudarse por ejemplo en vergüenza (de que alguien se entere), en angustia (por las consecuencias nocivas de aquella acción que se reprocha), en angustia social (por el castigo que impondrá la sociedad) o en angustia simplemente por la tentación y desconfianza en la propia capacidad de resistencia moral, etc.

No obstante, frente a estas formaciones de compromiso, formaciones del inconsciente, o bien síntomas sustitutivos —los cuales no representan otra cosa más que el retorno de lo reprimido y el fracaso de la defensa originalmente lograda— se irán agregando otros síntomas de naturaleza diferente, que por analogía con los síntomas primarios; escrúpulos, vergüenza, desconfianza, etc., Freud los agrupara bajo el nombre de

defensa secundaria. Se trataran de medidas protectoras que intentaran en este caso combatir los síntomas del retorno de lo reprimido (representaciones y afectos), y si estas medidas consiguen volver a reprimir los síntomas del retorno, entonces la ahora compulsión (el tener que hacer algo para reprimir nuevamente el retorno) adquirirá un gran valor como medida protectora, quedando configuradas de este modo las denominadas *acciones obsesivas* (Volta, Erbetta, Zanassi y Lozano, 2013).

De lo anterior, Freud distinguiría tres formas de manifestación de los síntomas en la neurosis obsesiva, comenzando con la presentación de dos de ellas, las cuales se diferencian con base a lo que retornara de lo reprimido, es decir, lo que pueda acceder a la conciencia y de manera deformada: el recuerdo de la vivencia sexual infantil ya sea una (acción-reproche) o el reproche que acontece a partir de esa vivencia (afecto-reproche). Luego agregará una tercera forma, en la cual lo característico será la aparición de unos síntomas que no serán fruto del compromiso y del retorno de lo reprimido (síntomas propiamente dichos), sino que serán producto de la lucha defensiva contra estos retoños de lo reprimido y que ya apuntábamos bajo la distinción de defensa secundaria es decir, acciones obsesivas.

En efecto, estas acciones obsesivas nunca serán primarias, nunca contendrán algo diferente a lo de una defensa, simplemente su función será la de combatir el retorno de lo reprimido, luego de haber fracasado la represión. Esta defensa secundaria puede llegar a tener éxito mediante un violento desvío hacia otros pensamientos, cuyo contenido logre ser lo más contrario posible (Freud, 1991, t. III). En este sentido según Volta, Erbetta, Zanassi y Lozano (2013) clínicamente existe una gran variedad de acciones obsesivas, las cuales se podrán expresar de diferente manera; lavar o lavarse compulsivamente, verificar constantemente que las llaves estén cerradas, la compulsión de pensar y examinar, dudar, la compulsión de cavilar, etc. Freud (1991, t. III) en su momento, propuso agruparlas según su tendencia: medidas expiatorias (elocuentes ceremoniales), medidas preventivas (toda clase de fobias, meticulosidad, superstición, etc.) y, miedo a traicionarse así mismo (coleccionar objetos, misantropía, etc.).

Con base en lo anterior se hace importante destacar siguiendo a Green (2010), que la compulsión puede tener diferentes grados de intensidad, siendo su carácter esencial, el

hecho de no poder ser resuelta por la mera actividad psíquica susceptible de conciencia, pues esta dimensión compulsiva conlleva una irrupción que perturba el funcionamiento del conjunto de representaciones del yo. De ahí que sugiera, que las acciones obsesivas se han de considerar al igual que los síntomas primarios, formaciones de compromiso, pues ambos, al final de cuentas llevan a cabo la labor de traicionar aunque sea de manera camuflada la tentación de llevar a cabo una tendencia pulsional. Por tal motivo, los sujetos que pongan en práctica acciones obsesivas o ceremoniales, pertenecerán junto a quienes padecen de un pensar, representaciones, impulsos, etc. obsesivos a la entidad clínica neurótica obsesiva develada por Sigmund Freud.

En 1907 Freud se referirá a las obsesiones ya no ligadas meramente a lo “patológico”, sino también a los aspectos obsesivos del vivenciar cotidiano, algo, que será fundamental, puesto que las obsesiones adquirirán una vertiente cotidiana y constitutiva, puesto que pasaran a representar un modo de vida que tiende a la repetición, hallándolo por ejemplo en lo social como parte de la rutina cotidiana, algo que es inminentemente perteneciente al mundo simbólico de los humanos. Al respecto Capellá (1996) sugerirá que en efecto, lo obsesivo devendrá particularmente de un mecanismo constitutivo del aparato psíquico y a fin a todos, pues este autor entiende por lo obsesivo una manera en la que se organiza el contenido libidinal.

Asimismo, Freud presentara una semejanza entre los actos obsesivos neuróticos y las prácticas religiosas, y caracterizara en 1907 unos rituales propios del ceremonial neurótico nombrados de esta manera por la repetición siempre de la misma forma de determinados actos de la vida cotidiana, la semejanza estribara en este caso, en que el ceremonial neurótico consiste en ser un hecho meramente individual y privado, permaneciendo quizá durante muchos años sin afectación alguna en la vida anímica y social de la persona, mientras que los rituales religiosos serán actos sociales y públicos, considerándose en ambos casos, el común de tener un sentido simbólico oculto. Este simbolismo oculto podrá ser como ya lo apuntábamos, alguna medida expiatoria purificadora, una medida preventiva y hasta cierto tipo de mandatos o exigencias.

De esta forma las acciones obsesivas, y en cierta medida también los actos religiosos, encontraran sustento bajo la soberanía de una *consciencia inconsciente de culpa*,

a tal grado que el sujeto no podrá suspender su ejecución, ya que en caso contrario será castigado con la aparición de este terrible sentimiento. Por tal motivo, el ceremonial no intentara más que proteger al sujeto de la aparición de la angustia en forma de culpa, por lo que, el ceremonial tendrá una intención estrictamente defensiva.

En *Acciones Obsesivas y prácticas religiosas*, Freud (1992, t. IX) agrega además de estos dos rasgos distintivos (ceremoniales y acciones obsesivas), las prohibiciones e impedimentos, los cuales, tienen la enmienda de continuar la obra de las acciones obsesivas, es decir impedirle al sujeto cierto tipo de cosas y permitiéndole otras pero solo bajo la obediencia de un ceremonial prescrito. Con base a lo anterior y según Green (2010) será un requisito de la condición neurótica el hecho de que la persona que obedece a la compulsión, la practique sin conocer su significado, es decir, que sea inconsciente al menos en su significado o motivo principal, siendo la labor terapéutica analítica aquella que posibilite el hacer consciente el sentido de la acción obsesiva y con ella los motivos que la pulsionan.

Cabe señalar que en el contexto de esta teorización, Freud ya no relaciona la neurosis obsesiva con el impacto de un suceso sexual real, si no con la puesta en marcha de algo perteneciente al mundo de las pulsiones, ya que aparentemente será la tentación, la manifestante de los deseos meramente pulsionales. Y es que según Freud (1992, t. VII), la represión de una moción pulsional pero específicamente un componente de la pulsión sexual contenida en la constitución de la persona, en algún momento llego a tener permitido exteriorizarse durante el periodo de la vida infantil hasta que posteriormente logro caer bajo el yugo de la represión.

De este hecho, nacerá una escrupulosidad dirigida a la meta de la pulsión tras su represión, no obstante, esta *formación reactiva* se verá constantemente amenazada por la pulsión que acecha desde el inconsciente, ya que la represión que lleva a cabo la neurosis obsesiva debe calificarse de imperfectamente lograda y amenazada cada vez más por el fracaso, por ello, se requerirán siempre nuevos empeños psíquicos para contrabalancear el constante esfuerzo de asalto de la pulsión (Navarro, 2004).

Así, las acciones obsesivas y ceremoniales nacen en parte como defensa frente a la tentación y en parte como protección frente a la angustia esperada. Sin embargo, para la

tentación, las acciones protectoras pronto parecerán resultar insuficientes, emergiendo posteriormente las prohibiciones destinadas a mantener alejada la situación provocadora de tentación. Así, unas prohibiciones sustituyen a unas acciones obsesivas y por otro lado el ceremonial permite cierto tipo de situaciones aun no absolutamente prohibidas. Además es parte de la cualidad de la neurosis obsesiva que sus exteriorizaciones (síntomas y las acciones obsesivas) cumplan la condición de un compromiso entre poderes anímicos en pugna, por ello siempre logran devolver también algo de placer, a pesar de que tanto síntomas como acciones obsesivas estén destinadas de una u otra manera a prevenir (Freud, 1992, t. IX).

Podemos concluir este apartado, diciendo que el universo humano al entrar en contacto con el mundo simbólico que lo rodea (reglas, prohibiciones, etc.), lleva consigo una naturaleza pulsional que deberá ser ordenada por rituales muy diversos producto de la educación y la inercia cultural incluso desde sus primeros años. De este modo, siempre que lo pulsional pueda surgir con fuerza podremos darnos cuenta de ello distinguiéndolo en un acrecentamiento de lo obsesivo, tal y como lo sugiere Capellá (1996), cuando nos menciona que lo obsesivo se encargara particularmente de ordenar la naturaleza pulsional; la agresividad y la sexualidad, encontrado solamente rasgos de crisis en momentos en los que la pulsión se ha intensificado.

2.2 El reconocimiento de la sexualidad infantil y la neurosis obsesiva

Luego del abandono de la teoría de la seducción en 1897, la correlativa comprensión sobre el papel las fantasías y una necesidad cada vez mayor de una teoría específica sobre la sexualidad, la sexualidad infantil comienza a ganar terreno en el pensamiento freudiano al grado de justificar la extensión del concepto, por ello, Freud toma a la sexualidad en consideración desde la infancia hasta otras formas de exteriorización sexual no limitadas estrictamente a lo genital, con lo cual asistimos a un nuevo giro en la teorización freudiana.

El abandonar la teoría de experiencias reales de seducción conducen a Freud a repensar en el problema de la etiología de la neurosis y con ello los mecanismos que llevan a la formación de síntomas, recordando que hasta entonces, se contaba con la tesis de los

síntomas como retoños directos de los recuerdos reprimidos de vivencias sexuales infantiles, que mientras en la histeria se experimentaban de manera pasiva, en la neurosis obsesiva eran vividas tempranamente con una participación activa y experimentada con cierto e intenso tipo de placer, cuyo recuerdo, producto de aquella situación se verá anudado posteriormente un reproche tras haberlo disfrutado.

Una vez introducida la distinción entre las “ilusiones mnémicas” de las histéricas acerca de su infancia y “las huellas de los hechos reales”, así como el planteamiento de una concepción de una sexualidad perverso polimorfa en el niño, asistimos tajantemente al desplazamiento del valor atribuido a dicha realidad material de la infancia hacia el de la constitución sexual, ya que el interés en estos momentos de la teorización freudiana fue el buscar no el contenido de las vivencias sexuales traumáticas, sino en el destino que el sujeto otorgue a los montos de excitación acontecidos, donde la neurosis resultara ser producto en este caso, de una cuota de represión sexual excesiva.

En efecto, con el descubrimiento de la sexualidad infantil en 1905 y la introducción del concepto de *pulsión*, Freud introduce una relación novedosa entre el síntoma, la sexualidad infantil y los mecanismos que la rodean, siendo particularmente en *Tres ensayos* donde Freud inicia su doctrina de las pulsiones con relación a la sexualidad humana a partir del estudio de las perversiones. Ahí las define como una exigencia, fuente meta y objeto, y les traza una vía de organización lógica, es decir, desde su origen fragmentado a partir de las zonas erógenas y por apuntalamiento en alguna de las funciones que sirven para la conservación de la vida, hasta su integración y complejización definitiva en la edad adulta.

En este sentido se ha de entender por pulsión según su definición definitiva, como la *agencia representante psíquica* de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; a diferencia del estímulo, el cual, es producido por excitaciones singulares provenientes del exterior (Freud, 1992, t. VII). De esta forma el término pulsión queda como un concepto que deslinda lo anímico respecto de lo corporal. Por otro lado, aquello que distinguirá a las pulsiones unas de otras y las dotará de propiedades específicas, será la relación con sus diferentes metas.

Así, nos encontramos en esta teoría con un sujeto que nacerá al escenario de lo social con un potencial pulsional constituido por elementos diversos (provenientes en gran

parte por la filogénesis), que plautinamente irán poniéndose en marcha en momentos relativamente marcados: la oralidad inicial, la analidad, el despertar de la pubertad, etc. encontrándose en ello múltiples y variadas formas de sexualidad así como mociones pulsionales desde el inicio de la vida, sin objeto, ni direcciones suficientemente determinadas hacia un fin.

Sin embargo, este potencial pulsional al que tanto aludimos no se refiere en lo absoluto al instinto, es decir, no nace de las necesidades biológicas, sino que se constituye por la particular relación que el niño sostiene con su madre, con quien establece en primer lugar, una relación apasionada, es decir, pulsional, mediada hasta cierto punto por las fuentes de erotización de su cuerpo y las palabras que ella le aporta (Domb, 2000). En definitiva, se trata de una relación cuerpo a cuerpo, pues a través de la boca, del jugueteo con el pecho materno, de la caca, del tacto, de la mirada y de la voz de la madre que habla, el momento en el que se ponen en marcha.

Es por ello que Freud planteara que el quehacer sexual se apuntalara primero sobre las funciones que sirven a la conservación de la vida (succión, alimentación, excreción) y solo posteriormente lograr su deslinde de ellas. De esta forma el placer sexual experimentado al satisfacer dicha necesidad de supervivencia no tendrá otro precedente más que el de una zona erógena implicada en dicha satisfacción: boca, ano, por ejemplo. En este sentido, el punto de llegada a la organización sexual, síntesis o madurez genital lo constituirá la vida sexual del adulto, en la que el placer se ha puesto al servicio de la función de reproducción, y las pulsiones parciales (no sexuales aun) encontradas bajo el primado de una zona erógena, hasta el grado de lograr una organización sólida para el cumplimiento de una meta sexual madura en un objeto ajeno.

Tenemos entonces que dicha organización sexual es posterior a dos fases evolutivas libidinales separadas una de otra en diferentes momentos lógicos por un periodo de latencia, en el cual, no existe lugar para exteriorizaciones propiamente sexuales, constituyéndose en contraparte las formaciones reactivas de la moral, la vergüenza y el asco, que irán posibilitando el acceso del pequeño al mundo simbólico de la cultura.

Una primera fase evolutiva libidinal se caracterizara por ser de organización pre-genital, esto porque presenta formas de satisfacción auto-erótica independientes de los

genitales. Los conceptos que permitirán dar cuenta de esta clase de satisfacción a la que Freud caracterizara como perversa polimorfa, serán los de pulsión parcial y zona erógena, dado que los componentes de la libido buscarían satisfacerse de manera autónoma en ciertas zonas privilegiadas del propio cuerpo (Freud, 1992, t. VII). Este primer tiempo contendrá a su vez a las fases de organización oral y anal, haciendo alusión con ello a la extracción de placer de la zona de la mucosa bucal y de la zona rectal respectivamente.

Otra fase evolutiva libidinal es propiamente genital y coincide con la maduración en la pubertad que permitirá a su vez llevar a cabo el acto sexual, considerado por Freud como la fase superior de la organización sexual dado que en ella, los componentes libidinales llegarían a una síntesis total, poniéndose bajo el primado de los genitales y al servicio de la reproducción.

No obstante, Freud agregara posteriormente una tercer tiempo dentro de la organización sexual, es decir, la fase fálica (Bruno y Pacchioni, 2013). Esta última es incluida por Freud en el periodo correspondiente a la organización genital, dado que en ella, el sujeto niño o niña, tomara en consideración a un solo genital; el masculino (falo).

En lo que respecta a la neurosis obsesiva, los conceptos fundamentales que le permitieron a Freud explicar la etiología y el desencadenamiento de esta categoría durante estos momentos de la teorización fueron los de *fijación y regresión*, ya que la neurosis obsesiva ha de ser entendida en este sentido como el producto de una inhibición en la organización sexual, situación que impedirá una tendencia lógica de síntesis hacia la complejización a consecuencia de una represión excesiva de las formas infantiles de exteriorización sexual (Cotabarren y Esteva, 2012). Por ejemplo, regaños muy drásticos por masturbarse, moral sumamente elevada por parte de los padres, etc.

Por fijación se entiende dentro de la teoría psicoanalítica una concepción dinámica y genética de la teoría de la libido vinculada en este caso a las fases evolutivas libidinales, sus metas y también al desarrollo yoico (Navarro, 2004). Así, cada fase evolutiva podrá convertirse en un punto de fijación al cual la libido podrá regresar frente a ciertas situaciones frustrantes durante la vida como una medida estratégica para experimentar satisfacción, retornando a aquello que anteriormente se lo producía. Por otra parte, hemos

de mencionar al tipo de *fijación traumática y la fijación a la fase libidinal sádico anal* como paradigmáticas para el caso de la neurosis obsesiva.

En este sentido entenderemos en primer lugar por fijación traumática, lo referido a vivencias que se hallan teñidas de un afecto híper intenso, hecho que impide sean tramitadas mediante los mecanismos del aparato psíquico, es decir, ligar dichas excitaciones híper intensas con algún representación en el intento por evitar el dolor y el conflicto psicológico (Navarro, 2004). Esta(s) vivencia(s) traumática(s) se hallara(n) presente(s) en prácticamente todas las neurosis, encontrándose en ella(s) el punto de fijación al que retornara posteriormente el sujeto.

¿Qué tipo de vivencias traumáticas logran condicionar el surgimiento de una neurosis? En este caso, según Navarro (2004) existen gran variedad de traumas, siendo en general para cualquier neurosis, las vivencias traumáticas referidas a las vicisitudes del complejo de Edipo, aunque más en específico a las del complejo de castración.

Por otro lado, mencionábamos un tipo de fijación por inhibición en la organización sexual, lo que significa un hecho que impide una tendencia lógica hacia la síntesis y complejidad de dicha organización provocando con ello una regresión a una de las fases en la cual había quedado fijado el elemento pulsional (oral, anal, etc.) Este tipo de fijación es la que Navarro (2004) describe como típica del neurótico obsesivo y veremos pues como este sujeto ha renunciado a su genitalidad adulta y ha logrado regresar una vez más en la historia de su organización sexual a la fase libidinal sádico anal, en la cual, experimento cierto tiempo de placer relacionado con la retención y la expulsión de las heces así como cierto dominio de algunas pulsiones como las de sadismo, de ver y de saber.

Sin embargo habrá que cuestionarnos el ¿por qué se da este tipo de fijación y regresión en el obsesivo? En este caso, se da ante un displacer producido, tal es el caso por ejemplo, del hallazgo de la diferenciación anatómica y psíquica de los sexos, el complejo de castración, la autoridad del padre o, cuando el monto de excitación erógena genital infantil es de una magnitud tan considerable que el psiquismo infantil no encuentra representaciones previas a las cuales ligar tal excitación.

Por lo tanto, el sujeto mediante estos mecanismos (fijación y regresión) podrá actuar, sentir y vivir sus vínculos de objeto nuevamente, su falta de ellos, sus angustias y

sus satisfacciones, etc. tal y como lo experimento en aquella época de su vida en la que predominaba la zona erógena a la que ahora se halla fijado, y en la que el sujeto de cierto modo resguarda la impresión de omnipotencia, luego de haberse sentido tan maravillosamente entre los brazos y caricias de la madre.

Por otro lado en la neurosis obsesiva serán evidentes unas conrainvestiduras que se manifestaran al nivel de una alteración del yo a través de una formación reactiva en su interior, reforzando con ellas, una actitud opuesta a la orientación pulsional que ha de reprimirse (sadismo, suciedad, retención, ver, etc.). Estas formaciones reactivas de la neurosis obsesiva, serán por completo exageraciones de rasgos de carácter normales desarrollados durante el curso del periodo de latencia.

2.2.1 La organización sádico-anal

Tal y como lo venimos mencionando, el sujeto obsesivo se encontrara fijado a la fase libidinal sádico anal de la organización sexual, misma a la que retornara luego de ocurridas ciertas frustraciones (como la del complejo de Edipo, castración, etc.) y con la consecuente represión experimentada durante su desarrollo, en este sentido para Freud (1992, t. XIII) la fijación en la fase libidinal sádico anal por el neurótico obsesivo responderá a un factor constitucional que la favorece.

Esta fase adquirirá gran importancia en la estructura neurótica obsesiva debido al estancamiento en las formas de la sexualidad infantil que lo caracterizan; formas que podrán identificarse en aspectos del obsesivo como el sadismo, la retención, la pasividad, obstinación etc. así como de sus respectivas formaciones reactivas: limpieza, escrupulosidad, ahorrativo, etc.

De acuerdo con Cohen de Lara (2003) en esta fase que es anterior a la fase libidinal genital, predominan las pulsiones erótico-anales y sádicas, se da el cruce de diferentes funciones fisiológicas y libidinales y, tienen lugar diferentes cambios psíquicos evolutivos fundamentales en el desarrollo psicológico del niño. Sera aquí donde además se vislumbrara la polaridad pulsional *actividad-pasividad* de la libido en referencia a sus metas.

Freud (1992, t. VII) al proponer la polaridad actividad-pasividad sugiere una disociación pulsional donde aún no hay rasgos de lo masculino ni de femenino pero que ya contiene su génesis; en este sentido la pasividad estará representada por la mucosa del intestino como órgano erógeno, y, afirmara dejara en el hombre una predisposición a la homosexualidad. En el caso de la actividad, esta será dada por la pulsión de apoderamiento a través del control muscular de la evacuación, y el instinto de dominio (otro modo de agresividad), que podrá ser sublimado dando lugar con ello a la pulsión de saber, cuya repulsión creara la duda obsesiva.

No obstante, lo particular del modelo de pasividad-actividad será su carácter simbólico ya que durante esta fase dicho modelo se hallara al servicio de los vínculos de la libido con el objeto, dado que aquí es donde aparecen las diferencias entre yo y mundo externo (yo / no yo) De esta forma, las heces aquí adquirirán un valor de posesión, es decir algo que se da y algo que se niega, quedando de esta forma las simbolizadas como un don o regalo, un vínculo de intercambio con el objeto (por ejemplo con la madre) y no está solo ligado a las vivencias corporales sino fundamentalmente a la fantasía (Green, 2010).

Según este autor, los cambios en esta fase permiten además afirmar algo más de sus características, especialmente al ubicarla en dos momentos distintos: anal primaria y anal secundaria con relación a los vínculos objétales. En este sentido, la primera estará caracterizada por la expulsión (evacuación) y destrucción del objeto y la segunda por su tendencia a la retención y control. Donde lo más importante a destacar aquí, es que a la mitad de ambas fases surgirá por primera vez el miramiento por el objeto como un precursor de la investidura de amor junto a las fantasías sádicas así como el control posesivo del objeto. Asimismo Green (2010) nos menciona que la actividad es aportada por la pulsión de apoderamiento, quedando a disposición del erotismo y dando lugar al sadismo.

Finalmente Freud (1992, t. XII) definirá la neurosis obsesiva no como caracterizada por esta pulsionalidad propia de la etapa, sino por los sistemas psíquicos o mejor dicho, los mecanismos de defensa de reacción y prevención en contra de ella, en donde los síntomas obsesivos figuran como el resultado de esta transacción.

2.2.2 El carácter del obsesivo

Mencionábamos unas líneas antes que en la neurosis obsesiva se hacían evidentes unas contrainvestiduras que se manifestaban como una alteración del yo a través de formaciones reactivas que resultan ser por completo exageraciones de rasgos normales de carácter, desarrolladas en el periodo de latencia pero al grado de elevarse a una predisposición universal del yo.

En efecto, esta exageración de los rasgos de carácter correspondientes al periodo de latencia, no se presentaran en la neurosis obsesiva como una mera sintomatología, sino que más allá de ello, se nos presentaran como una organización de la personalidad, ya que Freud (1992, t. IX) planteara qué de esta manera la pulsión se satisface en los rasgos caracterológicos vinculados a una forma estabilizada de funcionamiento del yo.

Recordemos que en las fases de la organización sexual Freud mencionaba un periodo de latencia que daría el acceso a la cultura al sujeto, y esto era a partir de la educación y a través de unos *diques* o formaciones reactivas que se erigían en contra de pulsiones anales y actividades eróticas. En este sentido, las formaciones reactivas son consideradas como un mecanismo normativo en el organización sexual y, son calificadas por Freud (1992, t. VII) como contra-fuerzas a las excitaciones sexuales a partir del papel de obstáculos tales como el asco, la moral y la vergüenza, capaces en su conjunto de reprimir el displacer relacionado con la actividad sexual.

Es en *El carácter y el erotismo anal*, donde Freud (1992, t. IX) al relacionar estos rasgos de carácter de sujetos obsesivos con características propias del erotismo anal infantil, logra encontrar en adultos, nexos que los vinculaban (carácter y rasgos de erotismo anal), aunque ahora de una manera simbólica o a través de una manera sublimada. Estas cualidades relacionadas entre sí las podemos observar en lo sujetos que se nos presenten como ordenados, ahorrativos y obstinados.

En este sentido, lo ordenado incluye todo lo referente al aseo corporal, a la escrupulosidad en el cumplimiento de pequeñas obligaciones y la formalidad, cuyos rasgos serán todas aquellas formaciones reactivas ante el desorden, la suciedad, etc. En el caso de lo ahorrativo, podemos decir que se puede tornar incluso hasta el extremo de la avaricia relacionada en gran medida con procesos anales de la retención. Y finalmente la

obstinación, la cual puede desencadenar incluso en desafío al que fácilmente podrán quedar anudados la inclinación hacia la ira y a la manía de venganza (Freud, 1992, t. IX).

Cabe señalar que estos descubrimientos parten de relatos de sujetos que mencionaron haberse rehusado a defecar durante su infancia ya que extraían de la defecación una ganancia colateral de placer, pero ahora, en el caso de los adultos obsesivos, el erotismo anal —componente de la pulsión sexual—, en el curso de la organización sexual y en el sentido de la educación cultural se ha tornado inaplicable para metas sexuales, por lo que solo a través de las formaciones reactivas o la sublimación, tal satisfacción lograra verse continuada al grado de revelarse como una organización propia de la personalidad.

Es así como en esta categoría clínica las formaciones reactivas tomaran la forma de rasgos del carácter, de alteraciones del yo y en lo absoluto constituyen medios de defensa. No obstante, de acuerdo con Cohen de Lara (2003) las formaciones reactivas no presentan un mecanismo de defensa independiente, ya que según esta autora parecen ser más bien una consecuencia y una confirmación de una represión ya establecida y, que al momento de erigirse intentan llevar a cabo una represión secundaria, aunque intentando de este modo producir de una vez por todas su emergencia pero ahora viéndose modificadas algunas particularidades del yo para asegurar su defensa.

Es decir, el sujeto que ha elaborado formaciones reactivas no desarrolla mecanismos de defensa que se utilizan ante la amenaza de un peligro pulsional o el retorno de lo reprimido, en su lugar a cambiado la estructura de su personalidad tal y como si de esta forma estuviese previniendo un peligro presente en todo momento, para lograr de esta forma estar preparado en cualquier momento en el que este peligro pudiese manifestarse.

Por lo tanto, podemos decir que los rasgos de carácter anal en el obsesivo son la expresión de mecanismos de resolución del erotismo anal y de la agresividad de la fase libidinal sádico anal, cuya asociación entre las cualidades de la personalidad que los definen y la(s) relación(es) de objeto sádico-masoquista en la(s) que se ve involucrado contribuyen a su aclaración.

2.3 El Complejo de Edipo en Freud

Conocer de dónde venimos y cuál ha sido nuestro trayecto para llegar hasta lo que actualmente somos se torna sumamente importante no solo para la historia de la humanidad, sino también para cada uno de los sujetos que constituimos las sociedades, ya que solo de esta forma seremos capaces de comprender e identificar, cuáles han sido nuestros mejores logros y satisfacciones, así como nuestros errores y mortificaciones, puesto que en suma no somos otra cosa más que el resultado de nuestras propias experiencias. Por ende, se puede afirmar que ante las huellas del pasado nos hallamos marcados.

Para dar cuenta de ello la idea del complejo de Edipo ocupa un lugar muy importante dentro todas las formulaciones que logro realizar Freud a lo largo de su vida, debido a que de esta teorización deriva gran parte del descubrimiento del inconsciente, que si bien no lo inaugura, si contribuye en su configuración (Bleichmar, 1984). Gran parte del entendimiento sobre diversos fenómenos relacionados con la sexualidad del hombre, conflictos psicológicos y demás enigmas productos de la subjetividad humana lograran encontrar justificación entorno al Edipo.

Como es sabido, el modelo psicoanalítico reposa considerablemente sobre el concepto de la sexualidad, misma a la que se le atribuye en proporción considerable la organización tanto sexual como psíquica del ser humano. Según Freud, la sexualidad abarcara las experiencias placenteras existentes desde el nacimiento, la infancia y demás etapas de la vida del ser humano, con lo cual, en esta teoría queda desacreditado el concepto de una sexualidad limitada meramente a lo anatómico y genital.

En este sentido, el despertar de nuestra sexualidad se da de manera anticipada al desarrollo biológico (de las glándulas y órganos sexuales), donde, el primer acercamiento al orden de lo sexual corresponderá al experimentado durante el seno materno, pues Freud, plantea que para todo ser humano, sea hombre o mujer, el primer objeto de amor es la madre. A esta fase, es precisamente a la que Freud denomina complejo de Edipo, caracterizada porque en ella aún no existe una diferenciación sexual, es decir, hay una disposición bisexual que no es dada por la anatomía o fisiología del sujeto, sino por ser simplemente la madre el primer objeto de amor (Palacios, 2008).

Así la madre en primer lugar, acaricia, habla, limpia, alimenta al sujeto y en general lo erotiza en su más temprano vivenciar, deseando de esta forma al pequeño para humanizarlo. Será entonces, a partir de estas expresiones de cuidado y de amor, que el infante experimentara las primeras sensaciones de placer, por lo que desde el psicoanálisis, la sexualidad no será otra cosa más que una construcción social y cultural proveniente del seno materno a partir de la erotización con el *Otro*.

Ante un hecho tan relevante, resulta entonces necesario conocer el papel que desempeñan las relaciones intersubjetivas que se llevan a cabo dentro de la denominada situación edípica, donde el sujeto al que se alude dentro de esta teoría, lograra su configuración y desarrollo psíquico a partir de la madre, quien en primer lugar se encargara de proporcionarle lo necesario para la supervivencia; libidinizandolo, generándole necesidades, etc. y solo posteriormente a partir de los otros que le rodean. De esta forma terminaran imponiéndosele satisfacciones sí, pero también restricciones, discursos, creencias, símbolos y significados culturales ante los cuales el sujeto se hallara maniatado.

Para el Edipo freudiano existen tres momentos diferentes en torno a su elaboración. La primera a partir de una carta enviada a Fliess en 1897, misma que se retomara más adelante en la *Interpretación de los sueños*. Allí Freud ubica al complejo de Edipo como una más de sus innovaciones teóricas, cuyo personaje (Edipo) tomado de la tragedia de Sófocles, pondrá de manifiesto la existencia de un deseo infantil de carácter doble; incestuoso respecto del progenitor del sexo opuesto y homicida respecto al progenitor del mismo sexo. Al tomar como referencia el mito del rey Edipo de la tragedia antigua, Freud planteara de entrada al complejo de Edipo como un rasgo humano universal.

Una segunda elaboración aparecerá en *Psicología de las masas, en Análisis del yo* y en *El ello* y, por último, una tercera elaboración que se da a partir de *La organización genital infantil* y que culmina con su artículo sobre *La sexualidad femenina* de 1931. Cabe destacar que Freud caracterizara al Complejo de Edipo hacia el final de su obra como el complejo nuclear de las categorías clínicas y, explicara estas últimas a partir de la solución o irresolución del mismo (Bruno y Pacchioni, 2013).

La estructuración del sujeto obsesivo

De acuerdo con Sigmund Freud (1992, t. XXI) el complejo de Edipo es aquella fase de la organización libidinal donde hallamos a los niños afectuosamente ligados al progenitor del sexo opuesto, mientras que en sus relaciones con el progenitor del mismo sexo lo que predomina es la hostilidad. Ya mencionábamos que en la obra freudiana el Edipo aparece elaborado en distintos momentos, lo cual, significa que por lo menos existen tres concepciones distintas en su abordaje.

En este sentido podemos decir, siguiendo el orden anteriormente mencionado, que en la primera elaboración quedan enfatizadas las características biológicas de una sexualidad determinada que orientan al niño hacia sus padres. En efecto, lo biológico será para Freud la condición previa que posibilite la actuación del campo edípico en el niño.

En esta conceptualización no se describe cómo se desarrolla la sexualidad del niño, ni cómo se construyen sus deseos, ni el papel de los padres en su configuración, ya que el niño aquí sigue su propia pulsión sexual, misma que podrá ver renovada solo ante el estímulo que parte de sus padres, lo cual, sucede solamente cuando su elección coincide con la de ellos, es decir, cuando el niño reitera la preferencia por su madre solo cuando este es correspondido.

Dentro de esta teorización Freud también nos deja ver el complejo de Edipo como algo que solo acontece en el niño y no como una estructura en la que se da dicho complejo, de ahí que se mencione que el complejo de Edipo en esta primera formulación fungirá como estructurante, pues contribuirá a la constitución del inconsciente.

En su segunda elaboración, Freud nos habla de la salida del complejo de Edipo con las identificaciones, donde, la identidad sexual será algo que deberá de asumirse. En esta nueva conceptualización encontraremos un cambio de perspectiva en comparación con la anterior, es decir, la identidad sexual ya no es considerada naturalmente, lo cual, nos lleva a hablar de un cambio de perspectiva de lo biológico a lo cultural.

Es decir, a consecuencia de lo que pasa en el Edipo, (la relación libidinal con la madre) el sujeto saldrá con determinadas identificaciones (con la sexual principalmente), por ello, Freud planteara aquí la existencia de dos tiempos del Edipo; el primero, para describir lo que ocurre dentro de la situación edípica, y el segundo para describir lo que

ocurre fuera de ella (la identificación). Por ello se menciona que aquí la identidad sexual ya no es concebida naturalmente tal y como lo fue en la primera formulación, sino que por el contrario, la sexualidad será algo que deberá de asumirse a través de la identificación con los padres.

Tras el contacto con sus padres, motivado por su sexualidad y en función del odio hacia ellos, dependerá la forma en la que el sujeto se estructure de una manera determinada (querer ser como la madre o querer ser como el padre). Aunado a lo anterior y como consecuencia de esta identificación se formara el superyó, el cual, es catalogado por Freud como heredero del Edipo, en el sentido de que actuara como el remplazo de la energía libidinal hacia la madre por el de las identificaciones con el padre.

En este sentido, la diferencia de los sexos se va a presentar en el niño como resultado del proceso de identificación que se tenga con el padre, en el sentido que será él quien introduzca la prohibición ante el incesto, ley que rige nuestra civilización. Así, la función paterna adquirirá aquí una función y un rol preponderante en esta formulación: la de corte o prohibición de la relación erótica entre el niño y la madre.

Posteriormente Freud acuñe un tercer periodo dentro de esta conceptualización; el Edipo no es igual para la mujer y el hombre y, por otro lado, Freud le adjudicara un papel central al *falo* y al *complejo de castración* dentro del Edipo. De acuerdo con Bleichmar (1984) y Palacios (2008), es en 1924 cuando el Edipo adquiere su significación teórica definitiva, y además, donde desarrolla los conceptos fundamentales para comprender la estructura como tal del Edipo; el falo y el complejo de castración.

Antes de continuar, cabe precisar que en psicoanálisis, el término de castración no se refiere al mutilación del pene, no tratándose en este caso de una extirpación real de órgano, sino de una castración que se da a nivel de la fantasía (de poseer a la madre, de perder un lugar de gratificación constante), algo que no es de facto, por lo que la representación de esta castración tiene como característica poderse desplazar simbólicamente hacia cualquier otro objeto; retiro del pecho materno, desprendimiento de las heces, reconocimiento de la diferencia de los sexos, etc.

Por tal motivo, se entiende por complejo de castración al acontecimiento ordenador de cierta estructura, cuya función es normativa y reguladora de ciertas leyes en las

relaciones humanas, primordialmente la prohibición del incesto, tabú, que dio origen a la civilización, y que sin él no hubiese sido posible el orden de la civilización, lo cultural, etc. (Palacios, 2008)

Luego de aclarado este punto, tenemos entonces que el complejo de castración se nos muestra en primer lugar como una angustia del niño por el temor de ser castrado por el padre. Freud (1992, t. VII) da cuenta de que el niño comienza a formular una serie de teorías sexuales tras una imperante necesidad por saber todo sobre el origen y organización de su sexualidad. En este sentido, el pene jugara un papel rector en todos los niños (hombres y mujeres). Dicha teoría consiste en atribuir a todos los seres humanos, un pene, tal y como el que el niño posee. Es decir, para el infante no hay diferencia anatómica entre los órganos sexuales masculinos y femeninos. El hecho de que el niño confiera gran valor a este órgano, le impedirá pensar que haya una persona semejante a él sin este miembro tan majestuoso, al que ha privilegiado como la zona erógena principal; su objeto erótico más importante.

No obstante, Freud sostiene que cuando el niño durante el juego o durante sus investigaciones observa los genitales de una niña, descubre que existe otro tipo de genitales, cuya percepción en principio, no produce extrañeza alguna, ya que según Freud lo que el niño ahí descubre no es la vagina, sino ausencia de pene. Esta percepción que el niño tiene, no representa temor alguno para el niño, debido a que su idea de que todos tienen pene es muy sólida, de tal forma que simplemente elabora una idea mediadora (*desmentida*) con la finalidad de que dicha percepción se haga soportable; *la niña tiene un pene chiquito pero algún día crecerá.*

Cabe señalar que esta teorización de la castración es paralela y se complementa con la hipótesis formulada por Freud sobre la existencia de una *fase fálica*, simultánea al complejo de Edipo, con la cual, intenta poner de manifiesto la existencia de un interés y predilección por los genitales durante la infancia, cuyo carácter principal de esta organización infantil reside en que para ambos sexos solo el genital masculino es tomado en cuenta, con lo cual, Freud (1992, t. XIX) deduce que no se trata de un predominio genital, sino más bien de una predilección por el falo, es decir una predilección de ser lo más maravilloso y valioso en el mundo.

Freud al decir “es tomado en cuenta” se refiere ya a un orden de la representación que el niño hace de un estado de las cosas, es decir al orden de la subjetividad, donde solo se hace posible la oposición fálico/castrado, la cual no designa dos realidades anatómicas, sino ausencia o presencia de falo que no representa literalmente a los genitales sino algo que se tiene y algo que no se tiene o bien ser lo más valioso en el mundo o no serlo.

Así, por un lado el niño se sentirá completo al concebir la existencia en el de un pene, aunque al existir aparecerá en el angustia por posibilidad de perderlo, y por el otro lado, la niña al asumirse ya castrada supondrá que este no le fue dado por la madre y que por lo tanto el varón está completo. Pero, ¿cómo se llega a esta angustia de castración?

Como consecuencia del gran valor que el niño ha dado al pene, no puede menos que entregarse totalmente a los más grandes placeres que ese miembro le proporciona a través de la masturbación, así, comienza con una ardua actividad de masturbación, la cual en algún momento se verá reprochada por sus padres, reprimiéndolo, diciéndole que no se toque y además se le castiga.

Con ello, se le prohíben sus prácticas auto eróticas predilectas y, a partir de ahí en el sujeto queda instaurada la amenaza de la castración, donde, lo que realmente se halla implicado, son las advertencias parentales sobre el niño para que abandone sus fantasías de poseer a su mujer; la madre (Palacios, 2008). En este sentido la función paterna resultara ser fundamental en la estructuración del sujeto como sujeto deseante, pues la prohibición paterna aunque amenaza al pene, en realidad, sus efectos impedirán la identificación imaginaria con el falo (ser lo máspreciado para la madre, omnipotencia y completud).

Dicha amenaza en principio no será tomada en cuenta por el niño, sin embargo su incredulidad se verá quebrantada ante la observación y reconocimiento de los genitales femeninos. Así, es como logra convencerse finalmente de la falta de un pene en un ser tan semejante a él y ahora que la falta de pene en la niña es entendida, la feminidad cobrara el sentido de una verdadera amputación o limitante. Pero, además de la amenaza de castración y la percepción de los genitales femeninos, se agrega para completar el complejo de castración, un conflicto de interés narcisista del pene y la carga libidinosa hacia los objetos parentales. Es decir, luego de haber visto el acto sexual de los padres a temprana edad, el niño reconoce ante esa escena que a su madre le están causando daño. No obstante, en él, es

despertado un deseo inconsciente de ser poseído por el padre tras haber visto en el trasfondo de la escena la cara de satisfacción de su madre. Este suceso pone de manifiesto el anhelo de ocupar el lugar de la madre, tal y como lo menciona Freud.

Este hecho producirá en el niño efectos posteriores. Al recordar la escena primordial y caer en cuenta de que en la mujer hay una castración que hace permisible el acto sexual con el padre, el niño se convencerá de que el hecho de perder un pene ya no es solo una posibilidad sino un hecho, de tal forma que si quiere experimentar el coito con el padre (según su fantasía) entonces tendrá que perder el pene. Esto tiene como consecuencia una herida narcisista en el niño pues ahora hay temor de ser castrado a condición de la feminidad.

Por el contrario, si el niño quiere experimentar ser como el padre, él tendría posibilidad de poseer a la madre, pero como castigo a este acto, el padre podría castrarlo por ocupar su lugar. De esta forma, el complejo de Edipo ofrece dos posibilidades de satisfacción, una activa y una pasiva, sin embargo, ambas posibilidades conllevan a la castración, así que surge el conflicto en el interés narcisista del pene y la carga libidinosa de los objetos parentales que mencionamos.

Una resolución edípica factible implicaría el hecho de que el niño deberá someterse al orden de la ley del padre, a través de la cual podrá tener el falo pero no serlo ya: se ha derrumbado su mundo de completud y perfección y se ha instaurado la noción de falta, y sin la cual el sujeto quedaría atrapado en las redes de un goce mortuorio. Por tal motivo, la identificación con el padre da la posibilidad de reemplazar la relación erótica con la madre, sepultándose así el Edipo e instaurándose el superyó (heredero del complejo de Edipo).

Pero como lo mencionábamos, no en todos los casos se logra dar una resolución de esta naturaleza, pues muchas son las posibilidades que puedan dar un orden distinto al complejo de Edipo y al complejo de castración en particular. En este sentido encontraremos que el sujeto podrá erigir mecanismos de funcionamiento psíquico como los de defensa para defenderse ante tal amenaza de castración y con ello lograr preservar su reconocimiento de completud y satisfacción que se presenta durante la situación edípica. De acuerdo con Freud (1992, t. XXI), en los primeros momentos de la organización sexual, el niño toma como objeto de deseo a la madre y al padre como modelo con quien

identificarse y luego como rival, pero el niño también tomara como modelo a la madre en tanto la supone fálica y por tanto hacia ella van dirigidos sus pensamientos inconscientes vinculados a la masturbación, pues en ella, ha proyectado su ideal: su omnipotencia fálica.

Como ya lo anticipábamos, la percepción de la diferencia de sexos, introduce el mecanismo de la desmentida en el intento por mantener la madre fálica, dejando como secuela una primera escisión; una corriente psíquica acepta la castración y la otra la desmiente cuya primera consecuencia de ello es el abandono de la masturbación.

Por otro lado, la amenaza de la castración impuesta por el padre que en realidad apunta en contra de sus deseos incestuosos y ante la suposición de que la madre ha perdido su pene (falo), el niño agrega un nuevo factor que refuerza dicha renuncia de la masturbación, aunque ahora proveniente de la amenaza del padre, a quien el niño atribuye también la castración de la madre, se trata entonces de una primera investidura hostil contra el padre, en el intento por continuar sosteniendo a la madre como ideal.

Posteriormente cuando el niño constata realmente el hecho de la castración en su madre, ahora se verá motivado a desplazar sus investiduras hostiles hacia otro personaje: su madre, de quien ahora siente rencor por saberla castrada. Este desengaño (herida narcisista) ha dejado huellas duraderas: rencor, hostilidad y *un sentimiento de deuda* devenido en su origen de la primera investidura hostil y expresada en los pacientes neuróticos obsesivos según Navarro (2004) como una inclinación a la idealización de los hombres, que supone, un esfuerzo de reivindicación de la imagen del padre para lograr así identificarse con él, y tomando la forma en la clínica, de tener que saldar una deuda con el padre.

De tal forma tenemos que, a la hostilidad ente el padre resultante del complejo de Edipo positivo (el padre como rival) se le agrega la hostilidad proveniente de la amenaza de castración. Aunque por otro lado, el niño transformara esa hostilidad en amor al padre como una forma de resguardar su narcisismo buscando lograr identificarse con él, de tal suerte que se verá imposible su expresión de agresión, por lo que mueve la represión primaria edípica (prohibición de la masturbación por parte del padre) y la regresión, hacia la fase sádico anal secundaria, en donde podrá expresar el conflicto de ambivalencia amor/odio pero ahora través del disfraz que impone el erotismo anal.

Por otra parte, podremos ver a las mociones hostiles de los deseos incestuosos del complejo de Edipo, del complejo de castración y de la prohibición de la masturbación en suma expresadas tras el retorno de lo reprimido como idea obsesiva, como fantasía sádica, produciendo además una escisión de la personalidad (Navarro, 2004). De esta forma se va creando el pensamiento obsesivo, el cual se opone a la idea obsesiva u obsesión, misma que resulta ser su contrainvestidura y que puede albergar las mociones tempranamente sofocadas; mociones apasionadas, sádicas y malvadas, así como intensas defensas erigidas contra los deseos reprimidos: formaciones reactivas, rituales, aislamientos, etc.

No obstante, de acuerdo con Navarro, (2004) existen otras condiciones que contribuyen a ser fuente de sadismo en las manifestaciones obsesivas, incluso anteriores al complejo de castración como tal, por ejemplo, los celos hacia un hermano rival, que representa ser una fuente de violentos sentimientos surgidos también de una herida narcisista.

Asimismo, la intervención de los sentimientos de culpa en esta estructura son fuente de la severidad con la que se estructura el superyó, el cual, no expresa solo la identificación como resultado de la salida del complejo de Edipo, sino que da cuenta de los procesos pulsionales y de la regresión defensiva del sujeto ante sus todavía aspiraciones (Navarro, 2004). Así, el superyó como representante de la autoridad paterna terminara tomando venganza contra un yo pasivo, incapaz por no haber cumplido en su totalidad la promesa de renuncia a la masturbación, a los deseos incestuosos, ante el incumplimiento reivindicatorio del nombre del padre y por la aun existente hostilidad vengativa en contra de él.

2.4 Análisis del caso: *el hombre de las ratas*.

El caso del *hombre de las ratas* fue elaborado por Freud en 1909 y constituye el caso paradigmático en torno a la neurosis obsesiva dentro del modelo freudiano, y del que según Lacan (2010) se extrae gran parte del conocimiento sobre el fenómeno obsesivo. Gracias al hombre de las ratas, Freud logra articular sus teorías esbozadas desde 1894, aunque a su vez logra generar nuevas aportaciones en torno al saber obsesivo, ya que en el núcleo de este caso se encuentra el descubrimiento de un complejo paterno, es decir, odio hacia el padre; deseo inconsciente de asesinarlo, pero que a su vez, coincide con un deseo

inconsciente también de ser poseído por él (penetrado). Deseo que para el hombre de las ratas fue fuente inagotable de goce ignorada por él.

Asimismo, algunos mecanismos de defensa también lograrían quedar mejor ejemplificados y detallados, tal es el caso de la represión, el desplazamiento, la deformación o desfiguración, las formaciones reactivas y las sólidas resistencias a las que se atienen los obsesivos como el uso de la racionalización excesiva y la intelectualización. Todo ello fue de gran importancia para Freud, pues a partir de ahí logro elaborar una versión más sofisticada en torno a las representaciones obsesivas, ya que a la postre cambiarían su denominación por el de *pensamiento obsesivo* cuyos productos pueden equivaler a muy variados actos psíquicos; deseos, tentaciones, impulsos, reflexiones, dudas, mandatos y prohibiciones.

Del mismo modo por medio de este caso se logra entender como la neurosis obsesiva es utilizada por este paciente para llegar a expresar su mundo secreto (lo inconsciente) como recurso para resolver un supuesto conflicto entre el amor que sentía por una mujer y la voluntad de su padre por olvidarla, y cuya resolución, no se daría dentro de la realidad objetiva sino por el contrario a través de fantasías, malestares y síntomas propios de la neurosis obsesiva que bien le sirvieron para resguardar su gran secreto; el odio hacia su padre.

El caso versa entonces sobre una neurosis obsesiva catalogada por Freud como de gravedad considerable en un joven universitario que padecía representaciones obsesivas desde su infancia pero que habían incrementado su intensidad algunos años atrás. Estas representaciones le habían provocado malestar en su cotidianeidad y le habían impedido acabar en tiempo sus estudios. El contenido principal de sus obsesiones consistían en temor a que le sucediera algo a dos personas a las que él amaba mucho: su padre y una mujer a la que pretendía. A ello, el paciente sumaba tener también impulsos agresivos como los de suicidarse cortándose el cuello con una navaja, aunque también solía imponerse prohibiciones y castigos relacionados con diversas situaciones, muchas de ellas en apariencia insignificantes.

Desde las primeras sesiones el paciente comunica acontecimientos relevantes con su sexualidad, la cual, habría sido despertada desde muy temprano (4-5 años), debido a que

una niñera muy condescendiente se dejaba tocar los genitales por él. De ese suceso y en adelante, nacería en él una curiosidad ardiente pero atormentadora que lo envolvería en lo absoluto, pues a partir de ahí, lo que más pensaba y deseaba era poder ver el cuerpo desnudo de las mujeres, situación por la cual, en ocasiones se veía en la necesidad de espiar a sus hermanas y posteriores niñeras.

Por lo demás, su actividad sexual era realmente inexistente, a pesar de ser supuestamente un tipo atractivo, incluso la masturbación era algo inusual en él aunque la llevo a practicarla en pocas ocasiones y solo hasta los 21 años luego de que muriera su padre, quedando por ello muy avergonzado, razón por la cual terminaría renunciando a dicha práctica, aunque quedando en el reproches o sentimientos detrás de estas prohibiciones y permisiones. No obstante estos sentimientos o reproches estaban sumamente injustificados por el hombre de las ratas, ya que él veía en ellos algo absurdo, pues no coincidían con una situación coherente. Esto se debía a que tales reproches se hallaban desplazados de su contenido original y se referían en su inconsciente, a un desafío ante al padre simbolizando con ello un enfrentamiento con él por no permitirle estar con la mujer a la que amaba.

De estos primeros antecedentes queda perfectamente ilustrada la importancia de la sexualidad infantil y las teorías infantiles, pues se ve perfectamente en el hombre de las ratas, un componente pulsional sexual que el hombre de las ratas tiene en el placer de ver desde temprana edad y que se acompaña también por la pulsión de saber, misma, que resulta ser muy importante para la neurosis obsesiva ya que la pulsión de saber es la gran predecesora de la duda obsesiva y del sadismo.

Por otra parte y como resultado del placer de ver y de saber, surge en el hombre de las ratas el deseo de querer ver a las mujeres desnudas y poseerlas, no obstante, frente a este gran deseo se forma a su vez el gran temor obsesivo del paciente, el cual, cobra claramente el valor de horroroso e intolerable, es decir: *como consecuencia por tener el deseo de querer ver a las mujeres desnudas, su padre morirá*. Antes de continuar, cabe señalar que este temor a diferencia del deseo, es obsesivo ya que retomando la teoría, conlleva uno de los elementos que constituyen las verdaderas obsesiones, es decir, el afecto, marcado por el temor u horror que sentía de que algo malo sucediera. Asimismo, cabe señalar, que para lo

que el Hombre de las Ratas era el temor de que a su padre le ocurriera algo malo como la muerte, en realidad este hecho representaba el deseo de que el muriera. Lo más seguro es que esta angustia provenga del deseo que algún día tuvo (por ejemplo en el complejo de Edipo) pero que se reprimió.

Otro de los grandes miedos que aterrorizaban al paciente durante estos tiempos infantiles era que sus padres descubrieran sus pensamientos eróticos, pues según él, los confesaría sin siquiera darse cuenta. Este temor para Sigmund Freud (1992, t. X) tomara más bien la forma de un delirio alucinatorio y que de acuerdo con él, significa una proyección hacia afuera de lo reprimido y es que en este caso y en general, el neurótico obsesivo llega a tener noticia de sus traumas y fantasías reprimidas en la medida en la que no los ha olvidado —tal es el caso de la histeria—, aunque a su vez no tiene noticia de ellos debido a que no logra entender su significado absurdo en apariencia debido a que les ha arrancado su efecto relacionado.

En cuanto a los pensamientos sobre la muerte del padre, estos ocuparían gran parte de su actividad psíquica desde la infancia generándole gran tristeza, pues para el hombre de las ratas, su padre —aunque muy idealizado—, representaba para él una persona noble, tierna, tolerante, su mejor amigo, etc. lo cual, le hacía preservar un gran amor hacia él, y digo preservar porque en el momento en el que se da la intervención, el padre figuraba ya muerto desde hacía varios años.

Este punto resulta interesante ya que a partir de aquí se da un primer acercamiento al descubrimiento inconsciente del deseo hostil homicida en contra de su padre, aunque desfigurado, por el supuesto temor a que eso realmente sucediera. Ante tal noticia, el hombre de las ratas no duda en desechar de inmediato tal posibilidad, pues “como todo buen hijo judío” debe de amar por sobre todo a su padre, sentimiento que de hecho si convivía dentro él, al grado de impedirle asumir un hecho tan sádico como el de su homicidio. Aquí, lo que se puede observar es que ese gran amor representaba una defensa que se erigía como formación reactiva en contra de este sentimiento en apariencia tan despreciable. Sin embargo, no se puede negar el hecho de que realmente amara a su padre, pues la evidencia indica que ambas partes cohabitaban en él, es decir un tipo de

ambivalencia entre el amor y el odio que dicho sea de paso no solo experimentaba para con su padre, sino también para la mujer con la que tenía prohibido casarse.

Esta ambivalencia amor/odio se ve perfectamente reflejada en las acciones obsesivas del hombre de las ratas cuando quita una piedra del camino con la intención de que nada le ocurra en su trayecto a la mujer que ama, pues siguiendo su lógica si la amaba tenía por lo tanto que protegerla, sin embargo, unos segundos después volvía a colocar la piedra en su lugar ya que en apariencia consideraba este hecho como algo absurdo, aunque en realidad no lo era, ya que su fantasía inconsciente era devolverla al mismo lugar para que algo malo le sucediese a esa mujer. ¿Pero, porque le desearía algo así, si él la amaba? Bien, pues porque ya había sido rechazado por ella en alguna ocasión, y además parecía no tener ningún interés hacia él, lo cual hizo que se generara en nuestro hombre de las ratas, hostilidad, odio y resentimiento en contra de ella. De esta forma (anulación retroactiva/acciones obsesivas de dos tiempos o quitar y poner la piedra), el hombre de las ratas satisface a la vez, los dos sentimientos que en él convergen; amor y odio, es decir primero satisface a uno y después al otro.

Regresando al tema del padre quien ostenta el título de excelentísimo padre y un ser tan amado por el hombre de las ratas, en realidad conlleva otro lado que el hombre de las ratas prefiere mantener reprimido, pues representa para él, un padre que goza de una imagen de crueldad, sadismo y corrupción, así como de una imagen de fracaso y que en su conjunto nos revelan la fuente de este odio acrecentado. No obstante, también representaba la imagen de un soldado retirado, por lo que preservaba aun detalles como la rudeza, la disciplina, el orden, etc. En cuanto a la imagen de sadismo y crueldad, adquirirían su forma para el hombre de las ratas, luego de que su padre le propinara una golpiza aun siendo este aun pequeño, tras haber mordido a una persona que pudo haber sido quizás su niñera.

Este hecho lo llevaría a sentir una ira de tremenda magnitud en su contra, lo cual, dejaría en él una fijación traumática para todos los tiempos, que sumado, al temor de que descubran sus pensamientos eróticos, más la prohibición de casarse con la mujer que él quiere, el resultado que nos da es la verdadera imagen que el hombre de las ratas conserva de su padre, es decir la de *perturbador* de su goce sexual. Por ende, la hostilidad y odio contra su padre adquiere un grado de indestructibilidad y fijeza irreductible en sus diversas

representaciones y acciones obsesivas ya que son secuelas del retorno de lo reprimido, pero, ¿qué es lo reprimido?, pues el odio en contra de su padre y de su amada.

Si retomamos también parte de la teoría del complejo de Edipo, deduciremos parte del odio del hombre de las ratas hacia su padre, pues como es sabido, su padre al igual que en estas situaciones, figura como un perturbador de su goce de su omnipotencia inaugural de sus primeros años junto su gran amor; en este caso la madre, claro estas son meras deducciones apoyadas en una teoría del Edipo normal o positivo, ya que en el caso no aparecen datos relacionados con esta información, pero no por ello podemos perder el lujo de suponerlo. Asimismo, podemos entender gran parte del odio en una identificación hacia su padre, pues de otra forma el hombre de las ratas estaría velando más hacia una posición pasiva de identificación con la madre, lo cual supondría siendo este el caso una inclinación homosexual. Tan es así, que podemos constatar la identificación con el padre en el momento en el que el hombre de las ratas adquiere el mandato del pago de la deuda de los lentes.

En efecto, se mencionaba también que el padre representa una imagen de corrupción, esto porque el hombre de las ratas sabía que su padre en sus tiempos juveniles había contraído una deuda que jamás pago jugando a las cartas, lo cual, para él, significaba un acto sumamente vergonzoso, ya que “como una figura tan carismática y decente habría podido cometer tales faltas en su juventud”, siendo precisamente esta deuda, la que ahora el hombre de las ratas se vería obligado a pagar, imaginando fantaseando toda una travesía para poder saldarla.

Por lo tanto, la deuda no representa más que la interpretación de una identificación con el padre (se encuentra en una situación similar a la de él) tratando de salvaguardar su imagen y su posición como hombre, y por el otro, una deuda que el hombre de las ratas tiene con su padre, devenida del complejo de Edipo luego de la herida narcisista dejada, tras constatar el hecho de la castración de la madre, lo cual deja como huella un idealización en la figura paterna con la intención de revindicar al padre luego de haber sentido tanto odio hacia él.

Recordemos que en el complejo de Edipo la primera investidura hostil es en contra del padre, pero cuando descubre posteriormente que su madre esta castrada, vuelca todos

sus sentimientos hostiles hacia ella. Por ello, el neurótico obsesivo se siente en deuda con su padre, y se manifiesta también como el gran temor hacia la homosexualidad. No obstante la deuda también puede ejemplificar la dificultad de deslindarse de sus orígenes y de su padre, pues ello conllevaría hacerse responsable de sus deseos.

De lo anterior surge también otro aspecto relevante, es decir el hombre de las ratas mostraba según Freud rasgos de una personalidad desorganizada; una de tipo inconsciente (mala, perversa y violenta), una normal en la que se mostraba como bondadoso, alegre, reflexivo y una tercera preconsciente que rendía culto a la superstición. No obstante esta explicación sería brindada en un primer momento por el mismo hombre de las ratas, pues solo de esta forma se explicaba la oposición entre la persona ética y el mal que lo invadían conforme se iban develando sus secretos.

El caso del hombre de las ratas adquiere su peculiar nombre precisamente del gran temor del paciente por un castigo que le escucho a un teniente —de apellido cruel, que se ostenta como un subrogado del padre cruel— mientras realizaba su servicio militar. El castigo versa sobre un sujeto al que amarraban y lo empinaban mientras le depositaban ratas en el trasero, las cuales, entraban por el ano del castigado mientras lo carcomían. Esta representación lo asaltaría de inmediato, pues la imagino no sobre de él ni aplicada por él, sino aplicada por una persona cualquiera a su padre y a la mujer a la que amaba.

Sin embargo, lo importante de este relato es que dará las pistas a Freud para develar los secretos ocultos de este sujeto, pues mientras lo narraba, su rostro que dibuja horror, en realidad mostraba un placer ignorado. Estas representaciones perturbaban realmente a este sujeto, valga decir, una de las características de las representaciones obsesivas (son hostiles) junto a su fijeza irreductible. Pero, ¿por qué se dice que existía un placer ignorado durante su relato? El placer oculto reside precisamente en el castigo aplicado a su padre y a la mujer amada ya que como hemos visto, tiene a su vez sentimientos hostiles en su contra; uno, por ser el perturbador de su goce sexual, la otra, por haberlo rechazado. No obstante, parte de su goce o satisfacción oculta, recae también sobre el erotismo anal, pues el suplicio de las ratas conlleva gran contenido relacionado con el ano, simbolizado por ejemplo en el carácter de la retención del dinero, identificado cuando intenta regatear los honorarios con Freud.

Asimismo, la rata adquiere estatuto de representación desplazada de su contenido original, siendo como ya dijimos uno de ellos, el dinero, aunque también la rata representara hijos, pues luego de haber mantenido en secreto casi hasta la última instancia, el hombre de las ratas se revelaba que la mujer a la que tanto amaba se hallaba condenada a no tener hijos, lo cual significaba para él la razón principal de su duda (casarse con la que no puede tener hijos y además le está prohibida o con su prima adinerada), ya que además él decía amar tremendamente a los niños.

Por otra parte, también la rata es un animal roñoso que se alimenta de excremento y vive en cloacas, que roe y muerde con sus afilados dientes. Ahora bien y como él lo ha aprendido, la rata no es mordedora, y roñosa sin castigo, sino que, es cruelmente perseguida por los hombres y aplastada sin piedad. ¿Qué significa esto? recordemos que él había sufrido una tremenda paliza por parte de su padre luego de haber mordido a su niñera, por lo tanto siguiendo su lógica, el mismo es un tipo roñoso y asqueroso que en la ira puede morder a los demás y por ello ser terriblemente castigado, por lo que incluso menciono haberse vuelto cobarde a raíz de ese castigo. De esta forma, tenemos entonces que el encuentra en la rata la viva imagen de sí mismo.

Esta situación nos lleva a pensar que si bien él es la rata, entonces el mismo sería el castigador de su padre y la mujer a la que amaba, ya que su supuesto temor era que tal castigo les ocurriese a ambos. Hecho que también conlleva ambivalencia de los sentimientos amor/odio, pues así como fantasea castigando mordiendo, del otro lado masoquistamente se le puede ver gozando, pues si él es la rata y muerde debe por ello ser castigado.

Se mencionaba también al principio de este apartado, un segundo deseo desconocido del hombre de las ratas. El primero era el de asesinato al padre, cuyo motor que lo impulsaba era el deseo de ver y poseer el cuerpo de la mujer y el segundo es entonces el de ser poseído (penetrado) y sodomizado por el padre. Sin embargo, Freud no consigue articular la relación entre el deseo de asesinar al padre y el deseo de ser poseído por él. No obstante deduciendo tal situación podemos decir que este aspecto se refiera tal vez a la situación que el niño vivencia durante el complejo de Edipo, es decir, en el momento en el que ve a la madre manteniendo relaciones con su padre, hecho que

inconscientemente le genero placer luego de ver la cara de satisfacción de su madre, que sin embargo conscientemente el interpretaba como un daño que le hacían a su madre.

Finalmente, las fantasías también tienen un papel protagónico en el malestar experimentado por el hombre de las ratas y muchas de ellas se relacionaban con la muerte, el más allá y la venganza, mismas que denotan claramente una posición de desvalimiento por parte de este sujeto así como intensas erotizaciones.

Estas fantasías se harían presentes en él desde los primeros años, pues según relata a la edad de 12 años, encontrándose enamorado de una niña de su edad la cual no le hacía caso tal y como él quería, se le ocurrió un día para solucionar esta situación, en la muerte de su padre, ya que según él, de esta forma, la niña le mostraría amor si a él le pasaba algo malo. Pero además, mataba de continuo en su fantasía a sus conocidos para poder exteriorizar a los supervivientes su cordial condolencia, para que de esta forma vieran en él a una persona empática y comprensiva; vaya pues un buen chico.

Las visitas de su padre del “más allá” también eran constantes en este personaje, que en este contexto figuraban como intensas erotizaciones producto del estado de cadáver y fantasma en las que se presentaba el padre, pues solo de esta forma lo suponía un objeto indefenso. También, de acuerdo con Marinov (2003) la muerte en el hombre de las ratas puede representar un tipo de identificación fundamentada en la pulsión de muerte, es decir con la pulsión que tiende a devolver el organismo a un estado orgánico más primitivo como el del cadáver, ya que ello le recuerda un estado anterior de satisfacción luego del nacimiento.

Pero también tenía fantasías de venganza que se encaminaban hacia la mujer que amaba. Por ejemplo, como él creía que ella atribuiría gran valor a la posición social de un hombre, fantaseaba que ella se había casado con un alto funcionario, pero según él, entraba a la misma oficina a trabajar que el esposo y conseguía ascender allí mucho más rápido que el, mientras que el esposo pasaba a ser ahora subordinado suyo. Otras fantasías llevaban impreso el contenido de hacerle un gran favor a la mujer, sin que esta supiese que sería el, quien haría tal favor. De esta forma el paciente trataba de demostrar ternura, sin apreciar que el origen y tendencia de su compasión era el reprimir su manía de venganza (formación reactiva). Cabe señalar que el hombre de las ratas se hallaba constantemente bajo impulsos

muy conscientes de hacerle daño a esta mujer siempre y cuando ella no estuviese presente, es decir se ocultaban en su presencia.

2.5 Los mecanismos de defensa

Si bien es cierto que algunos de ellos se han ido mencionando a lo largo de nuestra investigación, se hace importante retomarlos por separado y conjuntarlos en este agregado con la finalidad de puntualizar en cada uno de ellos para de esta forma precisar y ubicar de mejor manera su papel dentro de esta estructura. Por tal motivo, comenzaremos con el mecanismo de la represión, que si bien, es un mecanismo psíquico universal, juega un papel determinante en la constitución y en la formación de síntomas psiconeuróticos y por ende, de la neurosis obsesiva que siendo este el caso, figura como el primer mecanismo que defiende al sujeto frente a representaciones hostiles e intolerables.

La represión

El primer mecanismo psíquico que postuló Sigmund Freud fue el de la represión, mecanismo que es propio de las neurosis. El término represión aparece desde sus trabajos sobre la histeria, y se le considera como la pieza más antigua de la terminología psicoanalítica, ya que este mecanismo es el que inaugura el descubrimiento de lo inconsciente para dicha teoría.

En el capítulo anterior ya habíamos mencionado que Freud en un principio utilizaba sin distinción los términos represión y defensa, logrando hasta 1915 distinguirlos, argumentando para el caso de la represión que “su esencia consiste exclusivamente en rechazar y mantener alejados de lo consciente a determinados elementos susceptibles de provocar un displacer, cuya condición indispensable para que se dé la represión es que la fuerza motivacional de displacer adquiera un poder superior al del placer” (Freud,1992, t. XIV, pág. 142).

De esta forma, el mecanismo de la represión en la neurosis contribuye a inaugurar el inconsciente, pues opera alejando del sujeto una representación bochornosa que es discordante con lo que él desea. En todo caso, el recuerdo de aquella representación

bochornosa será movido al inconsciente, dejando en el sistema consciente e incluso preconsciente la carga libidinal denominada también afecto de la representación. Ya posteriormente lo reprimido se opondrá a permanecer de esta forma, consiguiendo salir a través de una satisfacción sustitutiva, es decir el síntoma, que para el caso de la neurosis obsesiva tal y como lo hemos visto se nos revela de formas muy variadas.

Por otro parte, existen para Freud dos momentos lógicos de la represión: la represión primordial y la represión secundaria (Freud, 1992, t. XIV). La represión primordial, es una primera fase de la represión que consiste en que la agencia representante psíquica de la pulsión se le deniega la admisión al sistema consciente. Así, se establece una fijación; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión ligada a ella. Del otro lado, la represión secundaria recae sobre retoños psíquicos de la agencia representante reprimida o sobre unos itinerarios de pensamiento que, procedentes de alguna otra parte han entrado en algún vínculo asociativa con ella.

De esta forma la represión no es otra cosa más que la forma en la que un sujeto mantiene al margen de la satisfacción sexual pulsional o al hecho de la castración —hecho tan doloroso, pérdida de la omnipotencia inaugural— En la represión, la experiencia de castración se hará presente desde el inconsciente en múltiples formas a través del síntoma, en función del modo de operar de la neurosis; obsesión e histeria.

En efecto, luego del complejo de castración el sujeto vera sacrificada su satisfacción, cuyo objeto imaginario (el falo) se verá apartado de su satisfacción. En lo que respecta al neurótico obsesivo, luego de la castración, este sujeto reprimirá en un primer momento la tendencia hostil en contra de su padre. Recordemos el caso del hombre de las ratas, quien padecía en extremo los síntomas propios de la neurosis obsesiva debido al odio inconsciente que sentía en contra de este, que si bien en el momento que dio lugar a su tratamiento ya se había constituido propiamente la represión del odio, se puede deducir que anterior a ello (en la situación edípica) la represión primordial tuvo efecto sobre la misma dirección.

Bien es sabido ya que el trabajo de la represión conducirá a un éxito inicial debido a que logra apartar la representación, y el afecto concomitante tiende a desaparecer, pero que luego del retorno de lo reprimido aparecerá deformada y como una formación sustitutiva no

reconocida, ofreciendo de esta forma, mayor resistencia a la defensa; angustia social o moral, un intenso reproche, acciones obsesivas, etc. Valga decir aquí, que la represión en si no es responsable de la formación de síntomas, sino el producto del retorno de lo reprimido, es decir, del fracaso de la represión. De tal modo que, por motivos de una tendencia a restablecer la misma representación reprimida, la represión en la neurosis obsesiva figurara siempre como una inagotable lucha. Por lo tanto, los síntomas neuróticos en cualquier caso no son otra cosa más es el resultado del fracaso de la reprimido.

Ello se debe a que en la neurosis, la represión no impide a la representación indeseable seguir existiendo en el inconsciente, por lo tanto no se logra sofocar del todo el monto pulsional, por lo tanto, la representación seguirá construyendo cadenas asociativas con otras representaciones para de esta forma poder llegar a la conciencia. Así, la represión solo perturba el vínculo con un sistema psíquico: el consciente.

Otro aspecto que es sustancial para comprender los efectos de la represión en las neurosis, es el hecho de que la representación reprimida se logra desarrollar con mayor fuerza y menores obstáculos, toda vez que la represión la ha sustraído del influjo consciente. Se desarrolla o se expande por decirlo de alguna manera, en las sombras, y encuentra formas extremas de expresión, las cuales si le son traducidas y presentadas al neurótico, este no solo las encontrara ajenas, sino que lo aterrorizaran, provocándole el espejismo de que poseen una intensidad peligrosa (Freud, 1992, t. XIV). Esta ilusoria intensidad es el resultado de un despliegue desinhibido en la fantasía.

Finalmente, cabe precisar que en la neurosis obsesiva, no se produce por medio de la amnesia u olvido, sino por la destrucción de las relaciones causales mediante el desprendimiento de los afectos en la representación, es decir, la desafectivización. Por ello, encontraremos al obsesivo como un ser acartonado, frio y distante en todo lo que se refiere a sus emociones.

Regresión

La idea fundamental de Freud en cuanto a la regresión en la neurosis obsesiva, es que la fuerza pulsional junto a la fijación a la fase sádico-anal crean los factores para un retorno libidinal en el momento en el que las exigencias y la frustración se hacen presentes

en el sujeto. Ya mencionábamos que estas exigencias o frustraciones aparecen en un primer momento cuando el niño asiste al reconocimiento de los sexos, a la autoridad paterna y más en específico ante el complejo de castración durante la situación edípica.

Por otro lado Hikal (2005) nos menciona que la regresión consiste en la adopción por parte de los sujetos de comportamientos, actitudes y representaciones psíquicas propias de fases infantiles anteriores, que en apariencia habían sido ya superadas o elaboradas adecuadamente pero que ante tales exigencias durante la vida, estos vuelven a pautas de relación menos adultas dejando de lado o negando con ello pautas de comportamiento, emociones y conflictos más difíciles de soportar por el hecho de ser más intensos y complejos.

Con la regresión entonces quedan resguardados modos primitivos de gratificación, satisfacción y evitación del dolor y el conflicto, y en el caso del obsesivo la regresión se da a la fase en la que experimento el erotismo sádico-anal, cuya satisfacción y fantasías ligadas a esta fase hacen referencia a la retención sádica y control posesivo del objeto, así como a valores simbólicos de las heces fecales como “don” o “regalo”.

De acuerdo con Navarro (2004) la regresión reviste una importancia clínica significativa para la neurosis obsesiva, por el hecho de tener como resultado una naturaleza hostil en esta categoría. Según nos menciona, de la represión producto del complejo de Edipo se lleva a cabo una regresión de la libido hacia el erotismo anal, donde el sadismo experimentado durante esas épocas se transforma en masoquismo como consecuencia de los sentimientos de culpa por los deseos incestuosos y de odio, y que desde ahí, el sujeto podrá ver expresado el goce pero también el castigo por tales deseos incestuosos y hostiles.

El resultado que se obtiene de estas transformaciones incitadas por la regresión, es que los deseos incestuosos se han transformado ahora en investiduras hostiles, capaces de ser dirigidas hacia los objetos de la realidad o procesados psíquicamente por medio de una identificación hostil. De este modo, nos sugiere que la hostilidad puede corresponder a un intento de la salida de la posición masoquista ante el padre, lo cual se llega a hacer notorio en la clínica en cuadros en los que los reproches violentos no hacen sino más que encubrir un intento por mantener al padre como ideal (Navarro, 2004).

Así mismo se puede identificar en los obsesivos un tipo de regresión de los actos a los pensamientos. Es decir el pensamiento reemplaza a la acción, erotizando con ello toda su actividad psíquica, cuyo resultado por ejemplo, se da en los actos obsesivos cuya aproximación tiende a relacionarse con los actos sexuales infantiles semejantes a la masturbación por ejemplo la repetición. Por último, cabe señalar que la regresión adquirirá o más bien Freud (1992, t. XX) le adjudicara el proceso de desmezcla pulsional de las pulsiones de vida y de muerte durante la parte final de sus teorizaciones, enfatizando con ello la relevancia que desempeña su papel en el neurótico obsesivo, donde la sitúa incluso más relevante que la represión.

El desplazamiento

El desplazamiento consiste en que el afecto, el acento, interés o intensidad de una representación, se ve desplazado hacia otras representaciones por lo general poco intensas, encontrándose a pesar de ello íntimamente ligadas a la representación original a través de una cadena que las relaciona. Según Hikal (2005) este fenómeno está presente en todas las formaciones del inconsciente, manifestándose particularmente durante el sueño y en la formación de síntomas psiconeuróticos.

El mecanismo del desplazamiento no solo se hace presente en la categoría neurótica obsesiva, sin embargo se halla estrechamente ligada a ella por diferentes aspectos, siendo el principal, la constatación en los obsesivos de una independencia relativa entre el afecto y la representación (Cohen de Lara, 2003). Así mismo, este mecanismo en la neurosis obsesiva es identificado a través de los propios síntomas, es decir por un desplazamiento del conflicto hacia los pequeños detalles que en apariencia resultan ser insignificantes pero que progresivamente van adquiriendo importancia, al grado de provocar conductas o acciones obsesivas desmesuradas con respecto a la realidad. Para mejor ejemplo basta el caso del hombre de las ratas, donde efectivamente en la rata se ven desplazados algunos contenidos inconscientes de este sujeto; el dinero, los hijos, el pene, el castigo e incluso el mismo.

La anulación retroactiva

Es un mecanismo psicológico con el cual, el sujeto obsesivo se esfuerza en hacer como si sus pensamientos, palabras, gestos o actos pasados no hubiesen ocurrido, para ello utiliza un tipo de pensamientos o comportamientos dotados de significación opuesta, tratándose de acuerdo con Freud (1992, t. XX) de una compulsión de tipo “mágico negativa”.

Freud la describe perfectamente en el caso del hombre de las ratas cuando analiza los actos compulsivos de su paciente en dos tiempos, logrando identificar como un primer acto es anulado por un segundo acto, por ejemplo en el momento en el que el hombre de las ratas retira una piedra del camino para que la mujer a la que el ama no le suceda nada, aunque enseguida se ve obligado a dejarla en el mismo lugar de donde la retiró tras considerar que se trataba de algo absurdo.

Cabe señalar que estos actos representan el conflicto de dos movimientos opuestos y de intensidad casi idéntica, es decir a la ambivalencia amor-odio. Estas acciones obsesivas reclaman un interés teórico y clínico particular porque permiten discernir un nuevo tipo de la formación de síntomas, donde los dos opuestos amor/odio son satisfechos por separado; primero uno y después el otro. Siguiendo a Freud (1992, t. XIII) esta técnica es muy antigua, pues proviene de la actitud animista que se tiene sobre el mundo circundante reflejado en los rituales de conjuro y en las conductas compulsivas ya que tiende a suprimir por medio del simbolismo de la acción no solo la consecuencia de un acto sino inclusive el suceso mismo. Por ejemplo, la compulsión de lavarse repetida y constantemente, con la finalidad de anular con este acto lo sucio.

Este mecanismo al igual que el de aislamiento, son subrogados de la represión, y representa una prueba de su fracaso. De acuerdo con Navarro (2004) este mecanismo no actúa directamente sobre un deseo como en la represión, ni tampoco produce una alteración del Yo como en el caso de la formación reactiva, más bien actúa sobre un acontecimiento generado por un tipo de sentimiento o pensamiento hostil, al que posteriormente se aplica una acción motriz que implica una igualación entre acción y pensamiento, lográndose “mágicamente” anular lo acontecido.

Por lo tanto, todos los ceremoniales y actos obsesivos tienen este carácter, que como lo mencionábamos implica un severo fracaso del resto de los mecanismos defensivos, pero que a su vez representa también un triunfo del Superyó, pues de esta forma ha logrado someter al Yo a continuas expiaciones.

Formaciones reactivas

Aparecen definidas por Freud (1992, t. VII) en *Tres ensayos* como poderes anímicos que se edifican durante la fase de latencia (diques), cuya actividad será poner un freno o inhibición en el camino de la pulsión. Aparentemente son las manifestaciones que se presentan en los inicios de la neurosis; asco, moral, vergüenza, reproches éticos y moral como resultado de la educación. Su fuerza de contrainvestidura, la extraen de la pulsión misma pero ahora asumida por el yo. Este proceso adquiere un carácter normativo durante la infancia y va a tener como primeros objetivos la lucha contra las mociones del complejo de Edipo, convirtiéndose en ayudantes del superyó.

Sin embargo, cuando este se ha tornado muy riguroso (el superyó) —como lo es en el caso de la neurosis obsesiva—, el yo por mandato del superyó se ve obligado defensivamente hacia la regresión hasta la fase sádico anal secundaria, y a una participación activa en la defensa, cuyo papel tendrá como resultado una alteración del yo por formaciones reactivas de opuestos, en particular de aquellas ligadas a la moral en los orígenes edípicos (Navarro, 2004).

La formación reactiva es un mecanismo diferente al de la represión, y según Freud son exageraciones normales del carácter a consecuencia de la educación durante la fase de latencia, en donde no se producen sustituciones, desplazamientos, condensaciones, etc. pero que en su lugar ocurre una transformación en el carácter del yo de naturaleza del opuesto de la pulsional, por ejemplo, si es odio su formación reactiva será el amor, ante el sadismo la compasión, ante la suciedad la limpieza y ante lo pecaminoso la híper-moralidad.

Lo anterior se halla descrito en términos económicos y dinámicos, sin embargo hay otro nivel significativo en donde por ejemplo, el ser puntual, ordenado y legal forma parte de una postura ante sí y ante los demás revestida de fantasías, pensamientos y acciones que en su conjunto ayudan a recubrir, a racionalizarse y a elaborarse como rasgos estables y

valiosos culturalmente cuya equivalencia correspondería a aquello que en los niños es considerado como ser un “buen chico” o un “buen alumno”.

Cabe precisar que las formaciones reactivas no producen síntomas obsesivos, más bien, son la consecuencia de luchas defensivas tempranas, provocando en su lugar una alteración en el yo, cuyo resultado de esta defensa temprana dejara rasgos duraderos de carácter que actúan como contrainvestiduras internas, siendo a su vez el lugar donde aparecerá el retorno de lo reprimido, poniendo en descubierto el sadismo y el erotismo anal contra los que originalmente se luchó.

Por otras parte es muy frecuente, según Navarro (2004) el reforzamiento de una de las mociones pulsionales o sentimientos en pugna, mientras que la otra desaparece. Este reforzamiento, este carácter desmesurado y compulsivo denuncia una alerta permanente para mantener la moción o sentimiento reprimido. Por ejemplo, el gran amor que sentía el hombre de las ratas hacia su padre, no era otra cosa más que una formación reactiva en contra del gran odio y hostilidad que sentía en su contra.

El aislamiento

Es también una estrategia defensiva motriz de contenido “mágico” pero con la que se intenta interrumpir los vínculos asociativos entre representaciones, vivencias, acontecimientos, etc. Entre los procedimientos de aislamiento se pueden encontrar las pausas en el curso del pensamiento, formulas, rituales y, de un modo general todas aquellas medidas que permiten establecer una ruptura en la sucesión temporal de pensamiento o de actos. Freud (1992, t. XX) la describe de la siguiente forma:

“Tras un suceso desagradable, así como tras una actividad significativa por el enfermo, se inserta una pausa, en la que no está permitido que acontezca nada, no se hace ninguna percepción ni se ejecuta acción alguna”... (pág. 115).

Por medio de esta parálisis de la acción o pausa, a su vez se verá posibilitado un desplazamiento a nivel psíquico que desarticulara los nexos o des-significando la representación del afecto. El resultado será algo muy similar al de la represión, aunque en realidad resulta ser un mecanismo más superficial, pues actúa ahí donde precisamente ha fallado la represión. En efecto, con el desplazamiento ocurre una sustracción del afecto, de

tal suerte que como característica fundamental de este mecanismo, quedara mantenida una representación desvinculada de sus nexos, aislada sin posibilidad alguna de reproducirse en la actividad del pensamiento.

Por lo tanto, la característica insoportable del afecto será lo que motorice esta defensa, no la naturaleza de la idea o representación en juego. Este mecanismo junto a la racionalización excesiva y la intelectualización serán los obstáculos más significativos presentes en el obsesivo, así como el acartonamiento de los afectos debido al distanciamiento de ellos, es por ello que se puede llegar a explicar en ellos cierta frialdad de los gestos y una ausencia manifiesta de emotividad (Navarro, 2004).

Finalmente, de acuerdo con base a lo que nos menciona Cohen de Lara (2003), Freud vinculaba el aislamiento como un modo arcaico de defensa contra la pulsión, al procurar evitar las asociaciones y conexiones del pensamiento. De esta forma el yo de los sujetos obsesivos particularmente, no hace sino seguir uno de los antiguos y fundamentales mandamientos de la neurosis obsesiva, es decir el *tabú de contacto*. Y es que según Freud el tocar y el contacto físico constituyen el fin más próximo de la carga de objeto tanto en su forma agresiva como amorosa (Cohen de Lara, 2003). Dando cuenta de ello el por qué evitar el contacto, o la contaminación por ejemplo.

Deformación por elipsis o desfiguración por omisión

Esta técnica es presentada por Freud en 1909 en el caso del hombre de las ratas, y es descrita como ocurrencia frecuente en la neurosis obsesiva, en la medida en que con ella también se logra conseguir la desfiguración de los pensamientos obsesivos, a través de un método muy simple. La deformación por elipsis opera como un tipo de aislamiento sobre una idea, pensamiento o frase que debe mantenerse inconsciente debido a su vinculación con lo reprimido. Esto lo hace el sujeto a través de esta técnica que desarticula nexos de causalidad y mantiene suprimido el fragmento (de la idea, pensamiento o frase) que la complete de sentido. Es decir, suprime el contenido esencial de una idea argumentándola simplemente a medias.

Por ejemplo, una de las ideas obsesivas más antiguas del hombre de las ratas (equivalente a una advertencia) era: *si me caso con la mujer a la que amo, le sucederá a mi*

padre una desgracia (en el más allá, puesto que ya había muerto). En este caso, los elementos omitidos y revelados por Freud en el análisis correspondían en realidad a lo siguiente: “si mi padre viviera, el deseo de casarme con esa mujer le haría enojar tanto, como aquella ocasión infantil en la que me golpeo, de manera que yo también me enojaría nuevamente contra él y le desearía terribles males” (Freud, 1992, t. X, pág. 147)

Aquí otro caso de elaboración elíptica del hombre de las ratas. Este sujeto tenía una sobrina pequeña a la cual quería mucho, pero un día surgió en él la idea siguiente: “si me permito una vez más mantener relaciones sexuales, le sucederá algo a mi sobrina (ella morirá)”. Y nuevamente luego del análisis, la interpretación de aquella idea deformada es la siguiente: “en cualquier relación sexual incluida con la de su esposa, no tendrá jamás esto por consecuencia el nacimiento de un hijo (recuérdese que la mujer amada no podía tener hijos) esto es algo tan doloroso que envidiaría a su hermana por su pequeña, y esa envidia a su vez provocaría la muerte de la niña” (Freud, 1992, t. X, pág. 154).

Para finalizar, cabe señalar que la desfiguración por elipsis u omisión resulta un excelente ejemplo de la complejidad que adquiere el pensamiento obsesivo en cuanto a producción privilegiada al servicio de la defensa, ya que al mismo tiempo muestra las diferentes cadenas de presentación de material en la conciencia a partir de los diversos estadios del pensamiento inconsciente.

2.6 Las últimas aportaciones de Freud

Después de casi treinta años desde sus primeros escritos, el pensamiento freudiano experimenta nuevamente un cambio en la parte final de su obra y en la culminación de sus elaboraciones teóricas. Sin embargo, dado que no es objetivo de este trabajo dar cuenta de cada uno de los giros teóricos y problemas epistemológicos a los que Freud fue arribando durante su labor científica, aquí se presentaran únicamente las cuestiones que atañen a la neurosis obsesiva durante estos momentos en el pensamiento freudiano, y solo, de manera muy general se pueden enumerar algunos de los cambios más relevantes que se produjeron a partir de este nuevo giro que data a partir del año 1920. Estos cambios los enumero a continuación: 1) la imposición de un límite al sentido sexual del síntoma gracias a la conceptualización del superyó dentro del marco de una nueva tópica; ello, yo y superyó, 2)

la elaboración de una nueva teoría pulsional; pulsión de vida y pulsión de muerte, 3) la teoría de la angustia y 4) una parte importante en torno al complejo de Edipo, castración y falo.

En lo que respecta a la neurosis obsesiva, esta categoría clínica encontrara algunas modificaciones que se pueden contrastar pero también complementar con las anteriores postulaciones freudianas. En este sentido, una de las modificaciones que sentará las bases para posteriores teorizaciones como las de *El yo y el ello e Inhibición, síntoma y angustia* será la de la pulsión de vida y pulsión de muerte. Con ellas, Freud intenta dar un carácter universal a las pulsiones, cuya expresión provendrá en este caso de la naturaleza conservadora del ser vivo. Es decir, estas últimas (pulsión de muerte) tendrán como finalidad reconducir al ser vivo orgánico a un estado inerte, mientras que las primeras (pulsión de vida) que agrupan pulsiones de auto conservación y sexuales, Freud les atribuye la meta de complicar la vida mediante la reunión o síntesis de la sustancia viva dispersada en partículas, ello, con la finalidad de conservar y preservar a la vida misma (Cotabarren y Esteba, 2012).

Cabe señalar que ambas pulsiones actuaran fusionadas desde el inicio de la vida, comportándose de manera estrictamente conservadora, debido a que su aspiración es lograr restablecer un estado perturbado luego de la génesis de la vida (Marinov, 2003). Pero ¿qué tiene que ver la pulsión de vida y pulsión de muerte con la neurosis obsesiva? Para responder a esta pregunta cabe señalar en primer lugar que es la pulsión de muerte en particular la que se haya relacionada con la neurosis obsesiva debido a que ella conlleva un repunte o sobresale durante el desarrollo del sujeto, en comparación con la organización de la pulsión de vida. Posteriormente, habrá que recurrir nuevamente al mecanismo de la regresión a la fase libidinal sádico anal para comprender mejor esta situación.

Como ya es sabido el mecanismo de la regresión se encarga de hacer frente defensivamente a los conflictos que eventualmente podrían llevar a la neurosis. No obstante en este nuevo giro teórico que nos encontramos analizando, Freud (1992, t. XX) explicara la regresión en términos metapsicológicos como una *desmezcla pulsional* que conlleva una separación de los componentes eróticos, los cuales al comienzo de la fase genital se habían

sumado a las investiduras destructivas de la fase sádica. Es decir, cuando la fase fálica ya se ha alcanzado aunque con cierta fragilidad debido a fijaciones pasadas.

Ahora bien, cuando sobreviene el periodo de latencia (el cual impone prohibiciones, como las de la masturbación por ejemplo) el yo, abrumado por las exigencias pulsionales, pone en marcha defensas en contra de ellas, de tal forma que el primer éxito que se propone como meta es rechazar en todo o en parte la organización genital (de la fase fálica) hacia un fase libidinal anterior: sádico anal (Freud, 1992, t. XX).

Algo que no se mencionó en torno a la pulsión de vida y pulsión de muerte y que resulta fundamental para comprender la desmezcla pulsional, es que cada una de estas pulsiones (de vida y muerte), son concebidas como unidas entre sí. No obstante es tarea de las pulsiones de vida, alcanzar el dominio de las pulsiones de muerte y esa tarea solo es posible gracias a la mezcla pulsional, la cual, a través de la musculatura logra desviar las pulsiones de destrucción del yo hacia el mundo exterior (Marinov, 2003). Un ejemplo que nos propone este autor acerca de la mezcla pulsional es la de los componentes sádicos de la pulsión sexual tan necesarios para la ejecución del acto sexual, y que sin tal organización no sería posible esta función en el hombre.

De esta forma, tenemos entonces que la desmezcla o desunión de pulsiones será la contracara de dicho proceso. Por ello, Freud (1992, t. XX) menciona que muchas de las neurosis graves incluida la de obsesiones, merecen ser revisitadas a la luz de la desmezcla de pulsiones, la cual como hemos visto, conlleva un gran repunte de la pulsión de muerte, que no es sino un tipo de regresión a estadios pasados de menor complejidad para el ser humano en su totalidad. El motivo que se conoce para llevar a efecto esta regresión, es precisamente el origen de la vida misma, pues el sujeto desde que nace se enfrenta a un mundo hostil cuya tal impresión no cesara de reafirmarse a lo largo de su desarrollo. Y es que el hecho de regresar a estadios inferiores le asegurara sustraerse de complejidades, frustraciones, y pérdida de satisfacciones en el mundo. De esta forma el ser humano se resguarda en estadios en los que anteriormente extraía cierto tipo de placer.

Por otra parte, una de las consecuencias que esta degradación regresiva de la libido favorece, es sin lugar a dudas la constitución de un superyó híper-severo que tomaría su crueldad precisamente de la pulsión de muerte liberada, debido a que el superyó no puede

deslindarse de tal regresión debido a que proviene del ello (Cotabarren y Esteba, 2012). Y es que el superyó se caracteriza por su inclinación a la vigilancia y al castigo, aunque en cierta medida también al resguardo narcisista.

Sin embargo, un superyó así de cruel (como el que acontece en la neurosis obsesiva) es reconocido también en la melancolía, aunque existen algunas diferencias entre ambas, por ejemplo, el neurótico obsesivo nunca llega a darse muerte, siendo pues lo propio en la neurosis obsesiva que tras la regresión, la desmezcla pulsional provoca que los impulsos de amor se transpongan en impulsos de agresión hacia el objeto, a diferencia de la melancolía, en la cual la agresión es volcada hacia el yo por la identificación con el objeto (Cotabarren y Esteba, 2012).

Además en el obsesivo, la pulsión de destrucción queda liberada y lo único que ella quiere y reclama es poder destruir, de tal forma el yo buscara defenderse de estas tendencias pertenecientes al ello por medio de acrecentadas formaciones reactivas y medidas precautorias (Cotabarren y Esteba, 2012). Por otra parte cabe señalar que el yo no logra esconder estos deseos ante el superyó, para quien no existe diferencia alguna entre el simple hecho de la intención y la ejecución, juzgando por lo tanto culpable al yo por tener estas tendencias destructivas.

De tal forma que podemos identificar aquí la raíz de tan aterradores reproches y sentimientos de culpa inconscientes en el neurótico obsesivo, ya que son producto de la conciencia moral (superyó) de este sujeto, que cuanto más se empeña en asfixiar su agresión hacia el exterior, de igual magnitud que sus intentos se intensifica la severidad de su superyó. Por lo tanto el sentimiento de culpa en la neurosis obsesiva proviene de estos impulsos reprimidos que ahora el yo desconoce, aunque en algunos casos pueden ser conscientes. No obstante el yo no podrá hallar una justificación coherente ante ellos o más bien se sentirá inocente y asumirá una responsabilidad de culpa que ni siquiera el yo puede explicarse (Freud, 1992, t. XIX).

Ahora bien, ya adentrados en las cuestiones del superyó trataremos de seguir explicando algunas de sus peculiaridades y el papel que juega en esta neurosis obsesiva, ya que sin lugar a dudas el cambio más relevante en el repensar la neurosis obsesiva dentro de este marco se da precisamente con la introducción de dicha noción.

En 1923, Freud realiza la construcción teórica del yo, el ello y el superyó suscrito en su obra bajo el mismo nombre. Estas instancias psíquicas vendrán a reemplazar su anterior modelo de estructuración psíquica, es decir la que partía del inconsciente, consciente y preconscious. En este nuevo cuadro estructural de la psique, el yo se eleva a la categoría de una instancia psíquica que interviene desde el punto de vista dinámico en el conflicto neurótico representando el aspecto defensivo, asimismo, congrega algunas funciones que anteriormente eran reconocidas al sistema preconscious (Volta, Erbetta, Zanassi y Lozano, 2013). En general, se puede decir que esta instancia tiene a su cargo el control de la movilidad y el acceso a la conciencia, se encuentra regido por el principio de realidad y es gobernado por las leyes del proceso secundario. Freud (1992, t. XX) además destaca su organización basada en el intercambio recíproco entre todos sus componentes, la tendencia a la síntesis de sus contenidos, su aspiración a la unificación, etc.

Por su parte, el ello vendrá a ocuparse del polo pulsional de la personalidad, su parte oscura e inaccesible, es decir el contenido inconsciente. El ello se encontrará regido por el principio del placer y por las leyes del proceso primario, por lo tanto, es una instancia amorale que no conoce organización alguna. Asimismo, otra importante propiedad del ello es su atemporalidad, lo cual significa que el tiempo no gobierna y mucho menos alterara lo reprimido (Freud, 1992, t. XIX).

Finalmente hemos llegado a la noción del superyó, nuestro protagonista estelar al menos para esta neurosis de obsesiones. A esta instancia psíquica se le reconoce dentro de la literatura como el heredero del complejo de Edipo, debido a que tiene su origen en los mandatos parentales de dicho complejo, los cuales, una vez asimilados por el sujeto durante el periodo de latencia, quedaran establecidas las barreras éticas, morales y estéticas en el interior del yo, y que en el caso del neurótico obsesivo, estos procesos rebasan por mucho su intensidad; híper-moral, limpieza, compasión, culpa.

En efecto al ser superado el complejo de Edipo el yo, en el mejor de los casos, introduce la autoridad del padre, la cual no es otra más de que la de la prohibición ante el incesto, formándose de este modo el núcleo del superyó, levantándose en el interior del yo como un obstáculo en contra de las investiduras libidinosas ante el objeto (la madre). Para cumplir esta función el superyó tomara la fuerza del padre y establecerá no solo el mandato

¡así como el padre debes ser!, sino también una prohibición *¡así como el padre no debes de ser!* (Valenciana, 2013).

Recordemos que durante el complejo de Edipo, la influencia de los padres gobierna al niño en su infancia con el otorgamiento de pruebas de cariño así como con la amenaza de castigos que le significan al niño pérdida de cariño o bien familiarizándonos con términos psicoanalíticos de narcisismo satisfecho. Este poder exterior será en principio el antecedente del superyó y que durante esta situación infantil será el generador de angustia real y que solo posteriormente se tornara en angustia de conciencia o sentimientos de culpa una vez que se haya instaurado el superyó. Es decir, si en un principio el niño se regulaba conforme a los mandatos exteriores de sus padres, con la apropiación e interiorización de estos mandatos en el niño se crea la instancia que se encargara de regular sus acciones una vez que sus padres lo dejen de hacer. De tal forma que poco a poco este superyó se ira conformando a partir de la identificaciones con los propios padres aunque también a la postre con otras identificaciones exteriores (Capellá, 1996).

Sin embargo cabe señalar que el superyó del niño no es construido conforme al modelo de los padres, si no al del superyó parental. Es decir, el superyó es una instancia que se ha de transmitir de generación en generación bajo la forma de la culpa (Valenciana, 2013). Así, el superyó aparece en esta segunda tópica soportando dos estructuras de suma importancia para el desarrollo del yo, así como para el desarrollo del conflicto psíquico, por un lado las prohibiciones y por el otro el *Ideal del Yo* (Capellá, 1996). En cuanto a las prohibiciones, el papel que le corresponde al superyó como instancia psíquica, es la de operar como un crítico moral, ya que se abocara a puntualizar las acciones del individuo toda vez que se han internalizado las prohibiciones parentales así como las expectativas que según él sus padres tienen de él. Es por ello, que a lo largo de la vida de un sujeto el superyó desempeñara el papel de vigilar las acciones del sujeto, censurando aquellas que no se apeguen a las normas y valores socialmente convencionales, ya que es por decirlo de alguna manera, la mirada interna del sujeto o bien como lo apuntábamos anteriormente, el mandato que dicta *¡así no debes de ser!* Y veremos en el caso de la neurosis obsesiva como esta conciencia moral del sujeto ante las intermitencias del ello puede volverse en cualquier momento severo y cruel hacia el yo.

La otra instancia o función que alberga el superyó es la del Ideal del Yo, que como su nombre lo indica se trata del yo pero en forma de ideales. Al respecto Freud se refiere a esta parte del superyó como la instancia que reúne todo a aquello a lo que el yo aspira alcanzar en cuestiones de perfección y satisfacción (Visbal y Ayala, 2006). Y es que ante este Ideal, el yo se medirá constantemente tratando de alcanzar esa perfección que le permitió alguna vez experimentar satisfacciones y placer cuando él lo era todo para su madre y que se desvanecieron luego de la instauración del complejo de Edipo, dejando en el sujeto sentimientos de incompletud y deseos de querer caer siempre bajo la forma de un *Yo ideal* (precisamente cuando él lo era todo para la madre). Por ello Freud (1992, t. XX) afirma que él querer ser como en la infancia es la dicha a la que aspiramos todos los hombres y a la cual es imposible de acceder.

Es decir esta dinámica existente dentro del sujeto, implica que constantemente este buscando el mandato de perfección que impone el Ideal del yo, lo cual si no se logra, el superyó comienza a reclamar severamente por algo que no se ha alcanzado y por ende castiga al yo por no estar a la altura del mismo. Y será debido precisamente a esta incapacidad del yo por no lograr lo que anhela, que la conciencia moral puede actuar dura y despiadadamente en contra de él cada vez que se tenga la oportunidad, y entre más sean las virtudes del yo, mayor será la presión ejercida sobre él (Valenciana, 2013).

Por lo anterior, es decir, por la incapacidad del yo en no poder ser como lo demanda el superyó, en el sujeto surgirá una paradoja relacionada con el sentimiento de culpa y el sentimiento de inferioridad que se despliegan por parte del superyó. En cuanto al sentimiento de culpa, este tiene dos orígenes; el primero que ya lo habíamos mencionado y que sin embargo se relaciona con el miedo a la autoridad, y el segundo, al temor del superyó o a castigo. Es decir, el primer sentimiento de culpa obliga a renunciar a la satisfacción de los instintos, y el segundo, impulsa además al castigo, dado que no se le puede ocultar al superyó la persistencia de los deseos prohibidos de carácter incestuoso (Visbal y Ayala, 2006).

Por su parte el sentimiento de inferioridad hace referencia a cuando el sujeto advierte que no es amado, y este sentimiento proviene de la relación del yo con el superyó, en donde este último, hace sentir inferior al yo, cuando el yo no logra alcanzar las

aspiraciones de perfección, ya que el superyó es el soporte del Ideal del Yo, instancia ante la cual el yo se compara y aspira, y cuya demanda de perfección siempre se es creciente. Es ahí cuando el superyó se vuelve generador de angustia, de inhibiciones y de síntomas, ya que el sujeto sufre por no poder ser lo que quiere ni lo que debe ser y por ello teme perder el amor del superyó (Freud, 1992, t. XX)

Sin embargo, de acuerdo con Valenciana (2013) aunque las exigencias sean inalcanzables, el sujeto siempre tiende a la búsqueda de alcanzar ese ideal, creándose así en él la idea del castigo necesario cuando los objetivos no son cumplidos. En este caso nos referimos al masoquismo moral, en donde el padecer como tal es lo que importa, pues no importa que lo inflija el superyó o no, ya que el sujeto inconscientemente se cree merecedor de dicho acto, por lo tanto el mismo sujeto se las arreglará para mantenerse dentro de esta dinámica de autocastigo.

Acorde con esto último y ya para finalizar, cabría mencionar que Freud en estas últimas teorizaciones nos presenta a un yo en realidad no tan ajeno a lo inconsciente tal y como aparece en la primera tópica y tal y como se creía en la comunidad científica de aquellos tiempos, pues según refiere hay sectores del yo que también son inconscientes (Freud, 1992, t. XIX). Algunas de las pruebas o evidencias que Freud puso sobre la mesa para defender esta postura era el hecho las resistencias de los sujetos durante los análisis que efectuaba así como el sentimiento inconsciente de culpa que los albergaba.

Por lo tanto culminaría sus teorizaciones señalando que el yo ha de ser una instancia que ni siquiera goce de autonomía y que se encuentra más bien desdeñado, desvalido y envuelto en una relación de sumisión con respecto a las otras instancias en juego; el ello y el superyó. Así, desde esta posición de súbdito y desvalimiento, el yo se verá constantemente amenazado por tres clases de peligros que convergen en suma en tres variedades de angustia, es decir: 1) angustia de su fragilidad frente al mundo exterior; 2) angustia ante la intensidad de las pasiones y deseos surgidas en el interior del ello y 3) angustia frente a la conciencia moral. De ahí que se desprenderá además una aportación importante para la teoría de la angustia, la cual se refiere a que la angustia es una reacción del yo frente al peligro (Freud, 1992, t. XX).

De tal forma y aunado a lo anterior, el yo será el semillero de la angustia frente a las exigencias desmesuradas tanto de la realidad externa, como del ello y del superyó así, como el escenario en el que se presenten los síntomas, ya que estando tan extremadamente limitado se ve obligado a que solo de esta forma (el síntoma) encuentre sus satisfacciones haciéndolos parte de su organización.

Por tal motivo y a la luz de estas consideraciones Freud (1992, t. XX) propone un reordenamiento de los síntomas de lo que hasta el momento había sido el desarrollo clínico de la obsesión.

Nos menciona entonces que los síntomas de la neurosis obsesiva han de ser el resultado de dos géneros de tendencia opuesta. Por una parte, son prohibiciones, medidas precautorias, penitencias o lo que se reconocería como síntomas de carácter negativo. Y por otra parte, satisfacciones sustitutivas disfrazadas casi siempre con un gran contenido simbólico y que nos son otra cosa más que aspiraciones pulsionales y libidinales del complejo de Edipo reprimidos. De estos dos grupos, el más antiguo es el negativo, pues son castigadores que rechazan aquellas tendencias provenientes del ello, sin embargo, cuando la intensidad de la neurosis se intensifica o se prolonga, aquello que predominara serán las satisfacciones sustitutivas, las cuales han burlado ya toda clase de defensa.

Pero lo tanto aquello que constituye realmente un triunfo de la formación de síntomas en la neurosis obsesiva, se da cuando las prohibiciones se logran conjuntar con las satisfacciones, de tal suerte que el mandato o la prohibición originalmente rechazada adquiere el valor también de una satisfacción lograda (Freud, 1992, t. XX). En efecto, en casos extremos el neurótico obsesivo lograra conseguir que la mayoría de sus síntomas agreguen a su significado originario el de su opuesto directo, cuya evidencia se nos revela por medio del poder de la ambivalencia que sin lugar a dudas desempeña un papel importantísimo en la neurosis obsesiva por medio de los síntomas o actos de dos tiempos, que como ya se ha analizado aquí, son aquellas acciones que se ejecuta el sujeto luego de un mandato, pero que inmediatamente le sigue una segunda que se encargara de cancelar o deshacer a la primera.

Además, cabe señalar otro tipo de síntomas que caracterizan al neurótico obsesivo, me refiero en este caso a las inhibiciones, las cuales representan un tipo de renuncia a

ciertas funciones (por ejemplo la función sexual, de alimentación, la locomotora y la profesional) ya que a raíz de su ejercicio en el caso de que se efectuar el sujeto se vería inundado de angustia. El yo en este caso se ve precisado a renunciar a estas funciones que le competen a fin de no verse obligado a emprender nuevamente una represión, evitando de esta forma un conflicto con el ello.

Otras inhibiciones, pueden producirse manifestando al servicio del auto-castigo, es decir el yo no tiene permitido hacer esas cosas porque le proporcionarían provecho o éxito, algo que el superyó híper severo le ha negado, de tal suerte que el yo temeroso termina renunciando a esas operaciones a fin de no entrar en conflicto con el superyó, mismo del que teme perder su amor.

De esta forma hemos llegado al final de este capítulo, y a manera de conclusión no nos queda más que reafirmar en primer lugar lo ya mencionado por Freud en 1926, es decir el hecho de que la neurosis obsesiva abarca una gran diversidad no solo de síntomas sino también de fenómenos psíquicos que la rodean, derivados, de esa enorme instancia denominada subjetividad humana.

Asimismo, durante esta parte de la investigación asistimos prácticamente a retomar dos aspectos esenciales; la descripción y explicación del síntoma obsesivo freudiano y las características del sujeto obsesivo a partir del análisis del caso del hombre de las ratas. También se logró identificar como Freud durante sus primeros escritos y bajo la luz de la primera tópica intenta responder claramente a la principal interrogante que se plantea en torno a la formación de síntomas, siendo pues la comprensión y formalización de la lógica que dirige las formaciones del inconsciente, la primera labor del médico vienes durante estas primeras puntualizaciones.

Vimos como la neurosis obsesiva desde un inicio nos confronta con la gran variedad de sus formas de presentación clínica, es decir, no solo se trataba de la mera representación obsesiva sino de pensamientos, afectos o desafectos en algunos casos, rasgos de carácter, conductas, rituales, prohibiciones, delirios, fantasías, mandatos, etc. Por lo tanto el recorrido que emprende Freud en relación a la neurosis obsesiva, nos lleva a comprender que en lo absoluto se trató de un recorrido lineal o lógico sino uno más bien con obstáculos

procedentes de su práctica clínica y de sus diversas interrogantes en torno siempre a la formación del síntoma y su abordaje mediante el modelo psicoanalítico.

Asistimos también evidentemente al tema de la sexualidad, con la cual Freud intentaba conceptualizar la etiología de la neurosis, que si bien desde un inicio dejó ver su afinidad con el tema para relacionarla con los padecimientos de sus pacientes, lograría considerarla al nivel de organizadora del nivel psicológico del individuo. Posteriormente, ya en la culminación de sus estudios en el contexto de la segunda tópica, esta nueva estructuración de la psique impondría ciertos límites a la sexualidad en relación a la formación de síntomas aunque se logra mantener la idea del complejo de Edipo, la cual se logra ampliar a mi parecer de manera muy grata con los conceptos de identificación, Ideal del Yo y pos supuesto el superyó.

Sin lugar a dudas muchas interrogantes aún quedan abiertas en relación a esta compleja categoría clínica, que en lo personal corresponden particularmente a los temas relacionados con su abordaje terapéutico y que en algún momento espero puedan llegar a ser motivo para otro tipo de investigación.

2.7 Breves anotaciones sobre el complejo paterno y su vinculación con la culpa y la deuda en la neurosis obsesiva

Freud al encontrarse frente a sus nuevos descubrimientos clínicos tales como el sentimiento de culpabilidad inconsciente, la melancolía y su recalcitrante interés por la significación de la deuda en el caso del hombre de las ratas, se ve convencido en adjudicar un lugar especial al superyó. Cabe destacar que desde aquí es posible concebir el carácter sensor y represor del superyó, y no perder de vista que desde los primeros escritos de Freud sobre la segunda tópica del aparato psíquico, esta instancia diversa del yo, auspiciada en sus orígenes por la conciencia moral, es la responsable del surgimiento de las ideas de culpa, los reproches, los mandatos, las prohibiciones y las autocríticas.

Entonces, descrita en el marco de la segunda tópica del aparato psíquico, esta instancia singular de la personalidad se remonta al periodo de la desaparición del complejo de Edipo, llega como una interdicción a la realización del deseo incestuoso que los padres

imponen al niño, quedando el yo del niño bajo un conjunto de exigencias morales, que en adelante el sujeto se impondrá así mismo.

En este sentido cabe señalar por tanto que en la teoría psicoanalítica se le denomina superyó a esa autoridad parental internalizada en el momento de la salida del Edipo. Por lo que, dentro del campo psicoanalítico la noción de padre está cargada de una connotación muy particular debido a que constituye el núcleo fundamental en la estructuración psíquica del sujeto; y ello, aunque solo sea porque la identidad sexual de cada uno de nosotros no tiene más salida que experimentar en ella su propia inscripción subjetiva (Dor, 1989). No obstante, el padre al que nos referimos permanece sustraído en ciertos aspectos de la acepción común en la que se le reconoce generalmente, esto es, la de él agente que encarna empíricamente la paternidad ordinaria.

Y es que en lo que atañe al campo conceptual del psicoanálisis, la noción del padre interviene más bien como un *operador simbólico* a-histórico en la constitución subjetiva del sujeto, entendido esto, como un referente que presenta la particularidad esencial de no ser asignable a una historia o por lo menos no en el sentido de una ordenación cronológica común. Sin embargo, aun estando el padre fuera de toda historia, igual se halla paradójicamente inscrito en el punto de origen de toda historia, siendo quizá la única historia que podamos suponerle lógica, aquella que reviste su particularidad para el psicoanálisis a partir del denominado mito del padre tirano de la horda primitiva descrito por Freud en *Tótem y tabú* en 1913.

Precisamente el padre dentro de este modelo adquiere tanto valor, porque en él se halla referida toda Ley de prohibición del incesto, ley que prevalece sobre todas las reglas concretas que legalizan las relaciones e intercambios entre los sujetos de la llamada civilización. Pues el hombre, participa en la cultura debido a su inscripción insoslayable en la dinámica del Edipo, dinámica ordenada fundamentalmente por la dialéctica del deseo frente a la diferencia de sexos, donde posteriormente tiene lugar la ley de la prohibición del incesto, ley capaz de establecer por lo demás, cierto límite entre el aspecto natural en el hombre y lo cultural, siendo la cultura en este caso para Dor (1989) la verdadera naturaleza del hombre. Naturaleza concebida precisamente a partir de la prohibición del incesto.

La prohibición del incesto y la figura del padre tienen en las suposiciones de Freud un origen, que según el mito freudiano se remite al padre de la horda primitiva. El mito freudiano del padre primitivo se asienta principalmente en la concepción de Darwin de *un padre violento*, celoso, que guarda para sí a todas las hembras y expulsa a sus hijos a medida que crecen (Freud, 1992, t. XIII). En este sentido el mito hace referencia a una banda de hermanos sometida a una tiranía sexual forzada, que, una vez excluidos, acaban constituyendo una fuerza suficiente para oponerse al despotismo paterno y, como señalara Freud, su unión les permitirá realizar lo que cada uno de ellos, en el plano individual, hubiese sido incapaz de hacer (Freud, 1992, t. XIII pág. 143). Esta banda de hermanos afirmados en su seguridad deciden entonces dar muerte al tirano; lo matan y luego lo consumen en una comida canibalística, a lo que Freud apunta que:

“Nada tiene de asombroso el que comiesen el cadáver de su padre, puesto que se trataba de primitivos caníbales. Pero cabe señalar que el antepasado violento era ciertamente el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de esta asociación fraterna. Y ahora mediante el acto de la absorción realizaban su identificación con él apropiándose cada uno, con una parte de su fuerza” (Freud 1992, t. XIII, págs. 143-144).

Pero Freud se extiende largamente sobre el carácter de lo ambivalente de esta fiesta entre caníbales.

“(…) Basta admitir que la banda fraterna, en estado de rebelión abrigaba hacia el padre sentimientos de contradictorios que por lo que sabemos, forman el contenido ambivalente del complejo paterno en cada uno de nuestros niños y de nuestros neuróticos. Odiaban al padre que se oponía con tamaña violencia a su necesidad de poder y a sus exigencias sexuales, pero, sin dejar de odiarlo, lo amaban y lo admiraban. Después de eliminarlo después de haber satisfecho su odio y realizado su identificación con él, debieron de abandonarse a manifestaciones afectivas de exagerada ternura. Lo hicieron en la forma del arrepentimiento; experimentaron un sentimiento de culpabilidad que se confunde con el arrepentimiento comúnmente experimentado. El muerto adquirió un poder mucho mayor del que había poseído en vida.

Lo que el padre había impedido en tiempos lejanos por el solo hecho de su existencia, los hijos se lo prohibían ahora en la situación psíquica en la “obediencia de efecto retardado” característica de una situación psíquica que el psicoanálisis nos ha tornado familiar. Revocaron su hazaña declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a recoger los frutos de esos actos negándose a tener relaciones sexuales con las mujeres que habían sido liberadas (...)” (Freud, 1992, t. XIII, pág. 144)

Así desde la conciencia de culpa del hijo varón, ellos crearon los dos tabúes fundamentales del totemismo, que por eso mismo necesariamente coincidieron con los dos deseos reprimidos del complejo de Edipo: el incesto con la madre y el odio hacia el padre.

Freud justifica de este modo uno de los componentes esenciales del complejo de Edipo. Se trata del *sentimiento de culpabilidad* que engendran originariamente estas dos prohibiciones reaparece ejerciéndose en la situación edípica a través de dos deseos fundamentales y desplazados hacia el inconsciente: el asesinato del padre y los deseos incestuosos para con la madre. Pero el mito freudiano se prolonga entonces de la siguiente manera:

“La necesidad sexual, lejos de unir a los hombres, los divide. Los hermanos, que mantenían su alianza mientras se trataba de suprimir al padre, se transformaban en rivales, toda vez que era cuestión de apoderarse de las mujeres. Cada cual hubiese querido, a ejemplo del padre, tenerlas a todas para él, y la lucha general que esto hubiese desembocado habría conducido a la ruina de su sociedad. Ya no habría hombre que, superando en potencia a todos los demás, pudiese asumir el papel de padre. Así, los hermanos si querían vivir juntos, podían tomar un solo partido, tras superar tal vez graves discordias, instituir la interdicción del incesto por lo cual renunciaban todos a la posesión de las mujeres codiciadas, siendo que la razón principal por la que habían matado al padre fue el asegurarse de esa posesión. De esta forma lograron salvar la organización que los había logrado hacer fuertes y que en adelante descansaba sobre sentimientos y quehaceres homosexuales, tal vez establecidos entre ellos en la época del destierro” (Freud, 1992, t. XIII, pág. 146)

Al término de esta presentación sinóptica del tema freudiano de la horda primitiva y la culpa, cabe señalar que todas las implicaciones de este mito necesario, prueban ser argumentos susceptibles de dilucidar la noción del padre y de la culpa tan arraigada en el obsesivo, toda vez que permiten apreciar su papel dentro del campo de investigación de lo inconsciente.

Como bien se mencionaba, el padre, dentro del modelo psicoanalítico brinda la posibilidad de la identidad sexual en el hijo. Para ello, es fundamental que su imagen sea un modelo al cual poder imitar o seguir (Ideal del yo) toda vez que el hijo pueda encontrar en ella determinado tipo de atribuciones que lo orienten hacia ese camino. Es decir, que en la figura del padre, él hijo encuentra la completud u omnipotencia que el anhela, puesto que en principio posee a la mujer que tanto desea: la madre.

Pero la fuente de esta identificación tiene que ser situada en la lógica misma que anima el desarrollo del mito de la horda primitiva. Freud señala en distintas ocasiones la naturaleza de los sentimientos contradictorios expresados por la banda fraterna respecto del padre tirano; ambivalencia que encontrara vestigios en los sujetos neuróticos pero particularmente en los obsesivos, y que el especificara bajo la acepción de *complejo paterno*.

El amor y el odio movilizados frente al déspota, frente al tirano (que sin dejar de odiarlo, al mismo tiempo lo amaban y lo admiraban) resuenan de nuevo en el momento de la comida canibalística, en la cual, tras la manifestación de odio asesino, Freud hace la hipótesis de un desborde de manifestaciones afectivas. Recordemos por lo tanto, que justamente a propósito de dicho desborde introduce la idea de un arrepentimiento asociado a un sentimiento de culpa. Así, con tales indicaciones respecto de la culpa podremos entrar además al terreno de una *deuda* alimentada respecto del tirano, deuda que se hallara inscrita para siempre y que nada ni nadie podrá borrar por completo, salvo quizás, en la manera en la que lo formula Freud: honrándolo desde ahora *simbólicamente* pero ello al precio de una prohibición a la que consagrara el culto de una *obediencia de efecto retardado* u *obediencia retrospectiva* para evitar el castigo y el dolor (Freud, 1992, t. XIII).

Ahora bien, precisamente en relación con esta deuda retrospectiva, el padre muerto adquirirá un poder mucho mayor del que había poseído en vida. En efecto, mucho mayor

poder como lo atestigua la continuación del mito, por lo mismo de que es el *padre muerto* el que impone retrospectivamente la *institución de la prohibición del incesto*. Sobre la base de estos pequeños señalamientos tratemos de comprender mejor ahora bajo qué condiciones precisas se instituye la *edificación simbólica* del padre es decir el Ideal del yo y el superyó, a sabiendas del padre mítico de la horda primitiva. Edificación simbólica que dentro de la teoría de Lacan constituye la piedra angular de la *función paterna*, situada incluso más allá de cualquier padre de la realidad. En efecto, en Lacan no es indispensable el padre empírico o real, sino que basta simplemente cualquier figura capaz de instituir la función simbólica de la Ley del incesto.

Nos encontramos entonces por un lado, con las condiciones precisas que gobiernan la edificación simbólica heredera del completo de Edipo, cuyo prototipo, se nos revela como el paso hacia la identificación con la identidad sexual y su correlativa asimilación de la prohibición del incesto facilitadora del acceso al orden de la cultura. Pero además, tenemos que dentro de estas condiciones precisas, dos de ellas aparecen como fundamentales entorno al saber del sujeto obsesivo, es decir, el sentimiento de culpa marcado por la ambivalencia amor/odio al padre y la deuda, alimentada respecto del padre tirano, misma quedara inscrita en el sujeto extendiéndose de por vida y donde nada podrá ser capaz de borrarla, salvo tratando honrando simbólicamente en vida al padre mediante la obediencia retrospectiva, es decir, prohibiciones, mandatos, rituales, etc. Que en algunos casos, refiriéndonos en el caso particular de los obsesivos, pueden llegar a ser sumamente severos. Y es que con el simbolismo como subrogado del padre muerto se hace el intento de calmar el ardiente sentimiento de culpa, es decir, se trata de conseguir una suerte de reconciliación con el padre, luego del arrepentimiento por sentir tan feroz odio en contra de él.

Así, el mito freudiano de la horda primitiva aparece como indispensable para comprender el devenir no solo del sujeto en general, sino también del obsesivo en particular, partiendo de la hipótesis de que existió un hombre que poseía a todas las mujeres y que protegía celosamente esta posesión apartando a sus descendientes a medida que crecían. Y es que la omnipotencia atribuida a este padre primitivo, no suscita más que cierta ambivalencia a una banda de hermanos. En efecto, la banda de aquellos hermanos rivales que dará curso a inevitables sentimientos de amor y odio y anhelos de muerte respecto de

ese padre tirano, pues les es imposible no *envidiarlo* a causa de sus atributos que le permiten poseer a todas las mujeres.

Pero, para poseer a todas las mujeres codiciadas hay que procurarse, pues, los atributos del tirano. Así que los hermanos expulsados (sus hijos) acuerdan darle muerte, a fin de apropiarse de las marcas de su omnipotencia y ocupar su lugar. Entonces matan al tirano y acto seguido lo devoran. En este momento es fundamental la mediación de la comida canibalística evocada por Freud. Pues al procurar apropiarse de los atributos omnipotentes del tirano, la banda de excluidos realiza una identificación; y el proceso de esta investigación será descrito por Freud en 1921 en *Psicología de las masas y análisis del yo*. Se trata del primer tipo de identificación llamado *identificación por incorporación*:

“El chiquillo observa que el padre representa un obstáculo en la relación con la madre; su identificación con el padre adopta ahora una totalidad hostil y se vuelve ahora idéntica al deseo de reemplazar al padre junto a la madre. Por lo demás, la identificación es ambivalente desde el principio y tanto puede orientarse hacia la expresión de la ternura como hacia el deseo de desplazarlo. Se conduce como un retoño de la primera fase oral de la organización libidinal en la que, al comer el objeto codiciado y apreciado, uno se lo incorpora, aniquilándolo así en cuanto tal” (Freud, 1992, t. XVIII, pág. 99).

El mito de la comida totémica suministra muy retrospectivamente la explicación simbólica de esa comida canibalística, y Freud no vacila en calificar aquel rito de “reproducción y fiesta conmemorativa de ese acto memorable y criminal que sirvió de punto de partida a tantas cosas” Esperando no caer en exageración, demorémonos un poco más en este comentario freudiano:

“En una ocasión solmene, el clan mata cruelmente a su animal totémico y lo consume crudo (...). Los miembros del clan se han vestido como para asemejarse al tótem e imitan sus sonidos y movimientos como si quisieran resaltar su identidad con él. Saben que están cumpliendo una acción prohibida para cada uno individualmente, pero que se justifica desde el instante en que todos participan en ella: además, nadie tiene derecho a sustraérsele. Realizada la acción, lloran y lamentan al animal muerto. Las quejas suscitadas por esta muerte están dictadas e

impuestas por el temor a un castigo y su fin principal es sustraer al clan a la responsabilidad del asesinato realizado.

Pero a ese duelo le sigue la fiesta más bulliciosa y alegre con desenfreno de todos los instintos y aceptación de todas las satisfacciones (...). Pero ¿qué significa el duelo experimentado a consecuencia del asesinato del animal totémico y que sirve de introducción a esta fiesta tan alborozada? Si el asesinato del tótem produce un contento, siendo un acto ordinariamente prohibido, ¿por qué también se lo llora? Sabemos que los miembros del clan se santifican mediante la absorción del tótem y refuerzan así la identidad que existe entre ellos y su identidad con él. La disposición gozosa y todo lo que ella deriva podría explicarse por el hecho de que los hombres han absorbido la vida sagrada cuya sustancia tenía en el tótem su encarnación o, más bien su vehículo” (Freud, 1992, t. XIII, pág. 149).

Y Freud concluirá así:

“El psicoanálisis nos reveló que el animal totémico servía en realidad de sustituto del padre, y esto nos explica la contradicción: por un lado, la prohibición de matar al animal, por el otro, la fiesta que sigue a su muerte, precedida de una exacerbación de tristeza. La actitud afectiva ambivalente que aun hoy caracteriza el complejo paterno en nuestros niños y lo prolonga a veces hasta la vida adulta, se extiende igualmente al caníbal totémico que sirve de sustituto al padre” (Freud, 1992, t. XIII, pág. 149).

De este comentario freudiano se desprende una consecuencia capital: solo la muerte, celebrada y llorada, a la vez, instituye al difunto devorado como Padre. De hecho, al término de la celebración canibalística el hombre que tenía a todas las mujeres ya no aparece como el tirano a eliminar. Porque el arrepentimiento y culpabilidad que hacen cortejo al duelo instauran al difunto en lugar único donde de ahora en adelante deberá de llevarse a cabo un culto. Este culto tendrá por objeto edificar simbólicamente el hombre que tenía a todas las mujeres cual si fuese un Dios digno de amor y al cual, cada quien alimentara una deuda sin fin. Por ello, solo la razón del muerto adquiere entonces un “poder mucho mayor del que había poseído en vida”

La deuda será honrada, de aquí en adelante transgeneracionalmente a través del culto retrospectivo ofrecido a la institución simbólica de la prohibición del incesto, por la cual, todos los hombres renunciaran a las mujeres cuya posesión sería de un solo hombre, reconocido entonces simbólicamente en el lugar de Padre. Dicho en otros términos, el hombre que tenía a todas las mujeres no adviene jamás como Padre sino desde el momento en que está muerto en cuanto hombre.

Es por lo anterior que en el obsesivo podremos constatar tan tremendos sentimientos de culpa que lo acechan, pero es más, no solo sentimientos de culpa, sino mandatos, exigencias, prohibiciones (obediencia retrospectiva) que encuentran su significación en torno a una deuda que se debe cumplir aunque paradójicamente no, una deuda que nos remite según el mito freudiano a un sentimiento de culpa por parte del obsesivo, no por haber matado en realidad a su padre por la envidia sentida por él, sino por simple hecho de haberlo matado en su fantasía no sabiéndolo conforme él lo quería, tal y como lo refiere Safouan (1981) puesto que el crimen o el deseo criminal se abriga en el inconsciente. Así, mediante una obediencia retrospectiva, muchas veces híper severa, el sujeto obsesivo se obliga a saldar una deuda imaginaria a fin de: 1) resarcir el hecho del crimen perpetrado inconscientemente 2) mantener al padre como ideal en lo que se refiere a la identidad sexual y 3) por la necesidad de asumir aunque sea consternadamente la ley de la prohibición del incesto.

De esta forma culmino este capítulo en lo referente a la obra de Freud, para pasar ahora a revisar las aportaciones de Jaques Lacan que como es sabido desempeña un papel importante en lo que se refiere a rescatar o reivindicar por decirlo de alguna manera al modelo psicoanalítico luego de que estuviese expuesto quizá a perder la esencia de lo que en algún momento Freud planteaba. Y es que precisamente como lo sugieren algunos autores (Žižek, 2008; Laurent- Assoun, 2004; Navarro 2004). Lacan lo que hace es volver a los escritos freudianos y repensarlos desde una nueva perspectiva. Por lo tanto, vale la pena echar una mirada a lo que este autor nos presenta con la finalidad de ampliar también nuestra propia perspectiva. Por ello, el siguiente capítulo pretende mostrar algunas particularidades relacionadas con la teoría de Lacan pero por obvias razones en particular de la neurosis obsesiva.

3. LAS APORTACIONES DE LACAN PARA LA NEUROSIS OBSESIVA

A pesar de que la noción de sujeto en psicoanálisis se remonta a la teoría freudiana, dicha noción carece de una definición formal en ella, puesto que solamente es insinuada en las entrelineas de los textos que Freud logro elaborar a partir de sus hallazgos. Sin embargo, no podemos negar que en Freud la noción de sujeto es totalmente subversiva debido a la oposición que ejerce sobre la noción cartesiana del yo, donde lo que prima es la razón e indivisibilidad como el centro de su funcionamiento y de su existir. Con sus elaboraciones Freud logro explicar algo que sobrepasa a la noción de individuo centrado en la razón, es decir, la noción subjetiva a partir del descubrimiento del inconsciente, demostrando, como el mismo (el inconsciente) obedece a su propia lógica. Es por lo anterior que algunos autores como Freitas (2012) refieren que *inconsciente*, bien puede ser tomado como uno de los nombres para el sujeto que logro edificar Freud a pesar de su no reconocimiento como tal dentro de su obra.

No es hasta en Lacan posteriormente, que la noción de sujeto tomada de aquellas entrelineas freudianas pasa paulatinamente al estatuto de concepto, al grado de ser la teoría del sujeto escindido uno de los legados más sobresalientes que nos hereda la filosofía y la psicología para el presente siglo, pues Lacan a través del apoyo conceptual y metodológico de la lingüística de Ferdinand de Saussure, pasando por la antropología estructural de Claude Lévi-Strauss, hasta la teoría matemática de los conjuntos y la filosofía de Platón, Kant, Hegel y Heidegger entre otros, logró no solo transformar al psicoanálisis, sino reivindicarlo hacia la esencia que dio pauta a su origen, es decir, la esencia del inconsciente con base a lo que el mismo denomino como su retorno a Freud, utilizando términos importados de dichas disciplinas como herramientas para distinguir elementos que yacían implícitos dentro de su obra (Lacan, 1987).

De esta forma, los descubrimientos de Freud examinados a través de Lacan, se nos revelaran en su auténtica dimensión, puesto que Lacan nunca lo concibió en realidad como un retorno a lo que Freud dijo, sino más bien lo considero como un retorno al núcleo de la revolución freudiana, es decir la del descubrimiento del inconsciente, revolución de la que incluso el mismo Freud no fue tan del todo consciente (Žižek, 2008).

Es por ello que el presente capítulo tiene la intención de mostrar brevemente algunas de las ideas que dan sostén a la teoría lacaniana del sujeto, tan fuertemente sustentada en el psicoanálisis freudiano, para de esta forma, abrir paso al reconocimiento de la estructura neurótica obsesiva a sabiendas de Lacan. Así, un primer apartado nos llevara a reconocer algunos de los postulados que hacen del sujeto lacaniano un concepto a considerar dentro de la teoría psicoanalítica en su conjunto y posteriormente abordar temas como los tiempos del Edipo, la estructura clínica y la neurosis obsesiva.

3.1 Sobre la teoría del sujeto en Lacan

La enseñanza de Lacan se inicia en 1953 y se extiende hasta 1981. Él comienza a trabajar detalladamente en el psicoanálisis en un momento en el que la teoría freudiana sufría una apropiación por parte de los post-freudianos, quienes se interesaban más en la comprensión del yo y en un funcionamiento clínico que buscaba su fortalecimiento. Esta posición, cabe señalar, era indiscutiblemente opuesta al descubrimiento primario de Freud: el inconsciente. Con estos antecedentes y con la intención de hacer frente a ese camino errado, Lacan formulara su teoría tratando de devolverle al inconsciente un lugar central dentro de las teorizaciones psicoanalíticas, para de esta forma posicionarlo nuevamente hacia su esencia original (Freitas, 2012).

En este sentido y de acuerdo con Estrach (2004), Lacan parte de las investigaciones de Freud sobre las construcciones del inconsciente que intervienen en la formación del sujeto, sustentadas particularmente en tres instancias; el ello (la parte inconsciente de la personalidad regida por el proceso primario), el yo (entidad encargada del acceso a la consciencia y con fronteras claras ante la realidad) y el superyó (un yo que ha interiorizado los estatutos culturales, éticos y morales). También parte de los dos principios fundamentales que establece Freud en la formación de la psique humana; el principio de placer y el principio de realidad.

El principio de placer, es un modo de nombrar el placer, de satisfacción de los deseos, entendidos estos como la necesidad de cubrir las faltas que provocan la tensión física. Se trata de una satisfacción alucinatoria, de un sentimiento de totalidad que aparece por primera vez en los inicios de la vida del sujeto, momento en el que él lo es todo para la

madre, situación, por la que cree poder satisfacer en cualquier momento sus tensiones pulsionales de autoconservación.

Por otra parte, el principio de la realidad se encarga de estar consciente de lo otro, de la amenaza exterior, cuya consecuencia es el reconocimiento de la fragilidad y de los límites que se le imponen al yo a partir de la realidad. El principio de la realidad aparece inicialmente con los primeros intercambios entre la madre y el niño, en relación a la lactancia, es decir, cuando el deseo de lactancia produce la tensión del hambre y la condicionalidad de placer hace que el infante por primera vez se perciba como limitado y a expensas de un Otro para satisfacer sus necesidades y deseos. Asimismo, el principio de realidad se consolidara como el opresor del principio del placer, provocando paulatinamente la sublimación de los deseos, propiciando una descentralización del yo a favor de un inconsciente dominante causante de malestares manifestados en el yo a consecuencia de aquel inconsciente dominante, cuya mera finalidad es la del goce (Lacan, 1987).

En lo que respecta al malestar y al goce, Nasio (2004) nos menciona que los síntomas serán aquella expresión de malestar que mientras para el yo significan padecer, sufrir, sentir dolor, etc. para el inconsciente en cambio, significaran goce. En este sentido la teoría del goce propuesta por Lacan, es una construcción compleja que distingue tres modos de gozar, cuyo término (gozar) no evoca la idea del orgasmo sexual, sino al dinamismo de lo que en Freud se reconoce como la energía psíquica del sujeto, siendo pues el goce, la energía del inconsciente.

Para aprehender mejor la teoría del goce en Lacan, es necesario recordar que Freud, argumentaba que el ser humano se haya atravesado por la aspiración constante y jamás realizada de alcanzar un fin imposible; el de la felicidad absoluta, la cual, reviste diversas figuras entre las que destaca un hipotético placer sexual absoluto experimentado durante el incesto, o bien, aquellos deseos e intentos del sujeto por volver a los orígenes, fusionarse con la madre como cuando nada faltaba en el útero materno. Esta aspiración denominada deseo, está impulsada por las zonas erógenas del cuerpo y genera un estado penoso de tensión psíquica, la cual, se puede ver agravada en tanto que el impulso del deseo es refrenado por la defensa de la represión.

Así, ante el muro de la represión, el empuje del deseo se ve obligado a tomar simultáneamente dos vías opuestas; la vía de la descarga, a través de la cual la energía se libera y se disipa, y la vía de la retención, en la que la energía se conserva y se acumula como una energía residual. Por ello, una parte logra cruzar el muro de la represión y se descarga en el exterior bajo la forma de gasto energético que acompaña a cada una de las manifestaciones del inconsciente: sueños, lapsus o síntoma, siendo justamente esta descarga parcial aquella que procure el alivio o goce en aquello que corresponde al síntoma.

La otra parte de energía que no logra cruzar el muro de la represión y permanece por el contrario conservada en el interior del sistema psíquico, es un exceso de energía que, en cambio, sobreexcita las zonas erógenas y reactiva constantemente el nivel de la tensión interna, lo cual, equivale a decir que la zona erógena está permanentemente excitada. No obstante aún más allá de estas dos posibilidades, se encuentra un tercer destino de la energía psíquica, una posibilidad hipotética e ideal, puesto que en realidad jamás se verá realizada por el deseo. Se trata de una descarga total de la energía realizada sin el freno de la represión ni de ningún otro límite, tal es el caso del incesto, volver a los orígenes de la vida, al que se refiere Freud (1992, t. XX). De tal forma que la energía psíquica con sus tres destinos, en la teoría de Lacan corresponde a lo que el designa con el término goce con sus tres estados respectivos: 1) el goce fálico, 2) el plus de goce y 3) el goce del otro (Nasio, 2004).

El goce fálico (síntoma) corresponde a la energía disipada en el momento de la descarga parcial y tiene como efecto un alivio relativo en relación a la tensión inconsciente. Se le denomina fálico puesto que es el significante que permitirá abrir y cerrar el acceso a la descarga del goce al exterior. El Plus de goce (fantasma) corresponde al goce que en cambio, permanece retenido en el sistema psíquico y al cual el falo le impide salir. El adverbio plus indica que la parte de la energía no descargada, es un exceso que incrementa constantemente la intensidad de la tensión interna. De esta forma el goce residual permanece profundamente anclado en las zonas con orificio y erógenas del cuerpo; ano, boca, vagina, etc. El empuje de deseo se origina por tanto en estas zonas y a cambio, el plus de goce estimula constantemente estas zonas y las mantiene en un estado erótico permanente.

Finalmente el goce del Otro (gocce ilimitado) corresponde a un estado hipotético ideal en el cual la tensión habría sido descargada sin ningún tipo de límite. Este tipo de goce es el que el sujeto supone al Otro, siendo también el Otro un ser supuesto. Este estado ideal conllevaría a un supuesto horizonte de felicidad absoluta e imposible, adoptando diferentes formas de acuerdo al ángulo con que se le mire: neurosis, perversión y psicosis. Por ejemplo en la neurosis obsesiva el horizonte fuera de alcance pero siempre presente en la fantasía, es la muerte, mientras que un neurótico histérico, el mismo horizonte se presenta como el océano inconmensurable de la locura (Nasio, 2004).

Pero sin lugar a dudas en la situación edípica del niño encontraremos el ejemplo prototípico, es decir, el acto incestuoso con la madre, momento placentero en el que nada le faltaba, ya que representa el goce supremo, considerado, como la realización más acaba del deseo. Sin embargo, ya sea que idealmente el deseo se realice por una cesación total de la tensión, a través de la fantasía de la muerte o por el contrario, por una intensificación máxima de la misma tensión como sería el goce perfecto del acto incestuoso, no deja de ser cierto que estas figuras absolutas y excesivas en realidad son figuras de ficción, ya que difícilmente se puede acceder al goce del Otro, por lo tanto se tratan más bien de espejismos cautivantes y engañosos que alimentan el deseo, es decir, el fantasma (Lacan, 2010, libro 5).

Es por lo anterior, que el goce sea cual sea su forma, sigue siendo siempre un goce sexual, pero no en el sentido genital, sino en el sentido de que está marcado por el destino ficticio de deber consumarse en el acto incestuoso —de ser el goce experimentado por el Otro, puesto que la madre también lo goza— bajo la forma de un placer sexual absoluto, donde el Otro puede adquirir el papel de cualquier personaje mítico; Dios, madre, o inclusive el propio sujeto en un fantasma de omnipotencia.

Sin embargo, se nos presenta una contradicción, ya que en realidad el goce máximo en teoría es inalcanzable (Nasio, 2004). Por ello, y a pesar de ser imposible y a la vez tanpreciado (el goce del Otro), el neurótico en este caso en particular, suele realizar parcialmente el deseo y gozar aunque sea parcialmente mediante el síntoma (gocce fálico) y la fantasía (plus de goce), ya que solo de esta forma evita experimentar un goce máximo mortuorio. Es decir, el neurótico encuentra todo tipo de obstáculos representados por el

lenguaje, los significantes y en particular el falo, para interrumpir el camino ideal hacia la plena realización del deseo, es decir, hacia el goce ilimitado, pues acceder a él le aniquilaría.

En este aspecto es importante precisar, que el goce a diferencia del placer en términos económicos, resulta ser un estado que se vive en circunstancias límites de mantenimiento o incremento de tensión, situado en el orden del desafío en el que se ponen a prueba los propios límites (Nasio, 2004). Asimismo, el deseo se posiciona como una defensa contra el goce, ya que indudablemente, para contraponerse al goce ilimitado jamás se debe dejar de desear, pues al satisfacerse de modo limitado y parcial con síntomas y fantasmas se asegura el no encontrar jamás el pleno goce máximo, el del Otro.

Ahora bien, a propósito del falo, este concepto dentro de la teoría no designa precisamente el órgano genital masculino, es más bien el nombre que recibe un significante particular. De acuerdo con Bleichmar (1984) una primera definición del falo corresponde a la de ser el significante de una falta, mientras que una segunda definición nos menciona que el falo es el significante de un deseo. Esto quiere decir que en el falo se halla inscrita una falta o un deseo perteneciente a otro orden y que desde la subjetividad del sujeto aparece como una ilusión de que nada falta y que se está completo, o bien, que algo se tiene o que se es completo pero que en cualquier puede llegar a perderse: falo imaginario. Tal es el caso del niño durante la situación edípica en la que él cree ser todo para la madre.

Dentro de la teoría lacaniana también encontraremos el concepto de falo simbólico. Este concepto puede entenderse no como la ausencia/presencia del pene (órgano genital) sino como una ausencia que pueda ser sustituida por otra cosa que lo represente, es decir, es la ausencia sobre la base de una supuesta presencia.

De lo anterior cabría preguntarnos entonces ¿qué es eso que se hace falta, que es eso que si se tiene completa, y que es lo que se tiene pero se puede perder? La respuesta a esta pregunta gira en este caso en torno a la satisfacción del narcicismo del sujeto, en función de un saberse perfecto/hermoso y ocupar de esta forma el lugar de preferencia ante los ojos del deseo del Otro: la madre. Y no precisamente con otra intención, más que la de poder llevar a cabo la satisfacción del goce máximo: el goce del Otro. Por lo tanto un falo imaginario le

permitirá al sujeto mantener la ilusión de que nada falta y de que se es perfecto para tales fines.

Cabe señalar que este falo imaginario puede ser en realidad cualquier cosa que en el registro de lo imaginario logre mantener tal ilusión. Por ello, no se tratara solamente del pene, sino de todo aquello que produzca la sensación de completud: la imagen de una perfecta coordinación motriz anticipada a los propios logros (estadio del espejo) durante la infancia, y solo posteriormente otras cualidades como lo son el dinero, el auto, la inteligencia, un hijo, las heces, un buen empleo, ser delgado, etc. Algo, que le signifique al sujeto una máxima valoración frente a los ojos del Otro.

Así, cuando el falo como significante de una falta queda imaginado en términos de un objeto concreto, entonces todas esas cosas pueden ser versiones del falo imaginario, en la medida que en la subjetividad lo que hace es completar una falta u objeto perdido, por ejemplo, el pecho materno. Por lo tanto, si un sujeto tiene determinado atributo, tiene el máximo valor narcisista y ocupa un lugar de preferencia ante los ojos de la madre, es decir algo que se conoce en la segunda tópica freudiana como la identificación con el Yo Ideal.

Por otro lado, si es en relación al deseo del Otro que el deseo del sujeto se configura, entonces en estos momentos la intención es considerar esta afirmación teórica para pensar sus vicisitudes en el posicionamiento subjetivo del sujeto, ya que desde el psicoanálisis el deseo es un concepto nuclear de toda consideración posible de sujeto. Y es que los sueños, las fantasías, ilusiones, etc. como ejemplos de producción psíquica se hayan motorizados por el deseo que se realiza en la reproducción alucinatoria de las percepciones placenteras pasadas (huellas mnémicas), y que ahora se han convertido en signos de esta satisfacción (Barrionuevo y Sánchez, 2013). Sin embargo, para especificar la peculiaridad del deseo desde el psicoanálisis, se tiene que comenzar diferenciando necesidad, demanda y deseo.

Es cuando el niño llora por la necesidad del hambre, que la madre interpreta dicho llanto como una demanda, y responde a ella en el mejor de los casos. En este caso el llanto supone para la madre una demanda del niño, por lo cual, dicha demanda tiene significación en el lenguaje (el llanto) y esa interpretación ha sido transmitida hacia su hijo. Así, la madre

introduce al niño en el campo de la palabra y la demanda, puesto que ella también está a la expectativa de ser demandada a causa de su deseo (Barrionuevo y Sánchez, 2013).

Dentro de la concepción lacaniana el elemento externo; la madre, es por un lado el Otro; lugar del código que dota al sujeto de lenguaje, de necesidades, que aporta el deseo, la identidad. Pero además es el Otro, la imagen con la cual el niño va a identificarse. Cabe decir, se trata de una situación intersubjetiva caracterizada por la posición de alguien frente al deseo del Otro; *¡quiere comer, quiere la teta!* supone la madre al escuchar el llanto del niño (ha sido demandada) pero a su vez desea la madre que le pida el hijo *¡pídeme la teta!*

Así, lo que está en juego dentro de este devenir, no es precisamente la necesidad de alimento del niño a pesar de que con ello se inicia, pues a partir de ahí accede el niño al deseo propiamente dicho, toda vez que su madre a significado su llanto. Solo posteriormente tendrá lugar el deseo, en el momento en el que el pecho es retirado de él, es decir, cuando la madre da lugar a la falta toda vez que se ha cumplido la satisfacción de la demanda (se satisface la necesidad del hambre con el alimento).

Por lo tanto, el deseo advendrá más allá de la demanda, es decir como falta de un objeto que no es precisamente el alimento ni el pecho materno, sino una falta que en adelante quedara inscripta en el lenguaje y que por ende podrá tomar cualquier valor, o mejor dicho, cualquier significante. Esto es lo que en la teoría de Lacan se le reconoce como objeto α , donde α hace referencia a un significante desconocido que bien puede adquirir cualquier dimensión (Lacan, 2012, libro 4). No está demás precisar, que el objeto α es lo que mantendrá unido al Otro y al sujeto —es el punto en el que se intersectan— pues representa el deseo de la madre y el deseo del niño.

Es por lo anterior que Lacan (1988) sostiene que el deseo del hombre es siempre el deseo del Otro, lo cual, se entiende como que el sujeto quiere ser objeto del deseo y reconocimiento del Otro, puesto que es un deseo que desde el momento en el que surge, no se puede olvidar porque es esencialmente insatisfecho y su surgimiento está motorizado precisamente por la pérdida. Además, que el deseo surja en el inconsciente y en función del campo del Otro lleva a considerar la condición de producto social que tiene el deseo, puesto que se constituye en relación dialéctica con los deseos que se supone tienen otros.

De esta forma el niño queda pegado al deseo del Otro materno, y posteriormente con la articulación de este deseo con la ley a través de la metáfora paterna, será que el niño pueda quedar liberado del goce del Otro, cuya operación, de acuerdo con Lacan (2007, libro 1) lleva el nombre de alienación/separación, con lo que sostiene que el sujeto quedara constituido precisamente a partir de la misma. De esta forma comienza lo específicamente humano, donde el sujeto debido a su desamparo inicial, deberá someterse a Otro, a su palabra y a sus deseos para poder sobrevivir en el mundo. En efecto, es en el encuentro con ese Otro quien inviste al pequeño como objeto de su deseo a partir del primer momento en el que lo nombra, que espera su llegada ansioso, el que al momento del nacimiento le aporta palabras a sus reacciones significándolas, el momento en el que el pequeño comienza su inserción en el mundo simbólico de la cultura, desprendiéndose de tal forma de lo biológico, de la autoconservación, de lo primitivo.

3.1.1 El inconsciente estructurado como un lenguaje

Otra hipótesis fuerte e incluso fundamental en toda la elaboración teórica lacaniana, es la que sostiene que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, o bien que la ley del hombre es la ley del lenguaje (Lacan, 1987). Esto no quiere decir para Lacan que hay un lenguaje inconsciente o que el inconsciente es un lenguaje, sino que las leyes que rigen el funcionamiento inconsciente son similares a las leyes que rigen el funcionamiento del lenguaje, o al menos en analogía con la concepción lingüística específica de Ferdinand de Saussure, la cual, sostiene entre otras cosas, que el lenguaje ha de comprenderse sobre una base diacrónica (su historia y transformaciones en el tiempo) y sincrónica (su uso en un momento determinado de la historia); así, como determinado estudio sobre el signo lingüístico, cuya entidad alberga dos nociones a considerar: significante y significado, además en el estudio de dos ejes de funcionamiento del lenguaje, es decir: condensación/combinación de significantes (metonimia) y el desplazamiento/sustitución de un significante por otro partiendo de una significación desconocida (metáfora).

En este sentido, podemos decir de acuerdo con Dor (2000) que el lenguaje es un sistema de signos. El signo está formado por la combinación del concepto y la imagen acústica, es decir, significado y significante respectivamente. El vínculo entre ambos es a

modo arbitrario, esto es, que el significante se elige libremente con respecto a la idea que él representa. Aunque también es inmutable, puesto que el sujeto hablante se halla sometido a cierto tipo de lenguaje por algún tipo de consenso o tradición.

No obstante Lacan (1987) introduce un corte en esa unidad y sitúa la línea significante como dimensión esencial para el psicoanálisis, y que tal y como se había enunciado anteriormente pero con relación al falo, el significante aparece aquí como una huella acústica, una imagen visual, etc. algo que en el orden de lo sensible actúa como un medio en el cual pueda quedar inscripto algo perteneciente a otro orden. Además el significante, cabe señalar tiene leyes de funcionamiento que son la metáfora y la metonimia. En este caso la metáfora consiste en que el significante puede ser sustituido por otro, mientras que la metonimia consiste en que un significante puede ser seguido de otro u otros significantes, dando lugar de esta forma a toda una cadena asociativa.

Así, tenemos que el inconsciente tiene una estructura de lenguaje y sus efectos se manifestaran particularmente en el terreno de la lengua, es decir, en el lenguaje hablado, donde cada una de las manifestaciones ha de ser catalogada como un significante que en el fondo no sabemos cuál es la lógica que esconde (Lacan, 1987). Cabe señalar que cuando me refiere a la lengua hablada, de ninguna manera quedan excluidas las otras formas de lenguaje, simplemente se hace énfasis en ella por ser digámoslo en términos coloquiales más próxima a nuestro entendimiento y análisis, sin descartar por supuesto el lenguaje de los gestos, el síntoma, movimientos, el silencio cuya realidad impregna también contenido inconsciente.

3.1.2 Los tres registros de la realidad humana

En 1953 Lacan pronuncia una conferencia denominada *Lo simbólico, lo imaginario y lo real (SIR)*, en ella expone por primera vez los tres registros de lo simbólico, lo real y lo imaginario (SIR), los cuales, figuran a lo largo de su obra como uno más de los pilares que dan sostén al compendio lacaniano en su totalidad. La importancia de los tres registros en la obra de Lacan, radica en el hecho de que vienen a dar cuenta de la constitución del sujeto, particularmente su estructuración psíquica y su experiencia subjetiva. En este sentido,

Lacan (s.f.) argumenta que estos tres registros yacían en Freud pero dispersos y sin reconocérseles como tal.

Veamos. Con base a la exhaustiva relectura de la obra freudiana, Lacan logra reconocer estas nociones particularmente dentro la realidad psíquica denominada el complejo de Edipo, puesto que la interacción de estos registros (SIR) se revelan estructuralmente entorno a la dialéctica edípica acorde a la manera en la que Lacan especificó su dinámica. Esto es estadio del espejo y la función fálica (I), complejo de castración (R) y la metáfora del Nombre del Padre (S).

Para Naranjo (2005) estos tres registros de suma importancia para el compendio psicoanalítico lacaniano, le sirvieron a él y ahora nos sirven a nosotros para comprender el estatuto de sujeto en psicoanálisis en tanto se configuran como el contexto lógico en el que hace posible presentar la constitución del sujeto determinado por el orden del lenguaje y de la cultura. Por lo tanto, a continuación se presenta brevemente algunas de las particularidades de dichos registros esenciales de la realidad humana. Así, con base a la génesis del sujeto, en un primer momento partiremos del registro de lo imaginario, puesto al descubierto al comienzo de la vida, para posteriormente hacer referencia al registro de lo simbólico y por último a lo real. No obstante, cabe señalar que en la forma topológica acabada, lo Real aparecerá a la cabeza.

Lo imaginario

De los tres registros lacanianos, lo imaginario, es el que procede de la constitución de la imagen del cuerpo. Es decir, lo imaginario debe entenderse a partir de la imagen, pues tal y como lo refiere su nombre es el registro de la imaginación y de la identificación. Esto es, en un principio dentro de la relación intersubjetiva (el complejo de Edipo) el pequeño asimila algo ficticio que es su proyección imaginaria sobre la simple pantalla que deviene del Otro, o bien, aquello que en Lacan se reconoce como el estadio del espejo.

Esta teoría versa sobre la función del yo, la cual, según Lacan (1987) es producida a partir de la identificación con el Otro. En efecto, el estadio del espejo es el escenario perfecto para entender el registro imaginario, ya que durante esta fase que va de los 6 a los 18 meses, la criatura humana pese a su condición prematura a nivel motriz va al encuentro

con su imagen fragmentada en el espejo, se vive como si estuviese completo. No obstante, es importante aclarar que el espejo físico, en realidad no es tan necesario, pues el niño llevado por su madre a través de la significación de sus reacciones que ella le brinda (miradas, gestos, palabras, etc.), lograra reconocer su imagen como acabada y perfecta, lo cual, le produce diversas reacciones de júbilo ante lo acontecido. Así, producto de un recubrimiento imaginario sobre lo real, el niño se asume sin descoordinación motriz y no estando desvalido, valga decir, su imagen se le aparece completa y perfecta, lo cual supone para nosotros una anticipación psíquica de su unidad.

De este modo, el estadio del espejo resulta ser entonces una matriz imaginaria donde el yo se dibuja de manera distinta a lo que realmente es, y que esto en Freud suele reconocerse como el Yo Ideal. No obstante, lo impórtate a considerar de este registro es que se trata de una ficción irreductible que especifica el advenimiento del narcisismo primario. Tal es así, que la clave para la formación del yo se da a partir de esa primera identificación ante el espejo (su madre), pues es literalmente originaria y fundadora de la serie de identificaciones que seguirán a la postre y que irán constituyendo el yo del ser humano. Siguiendo a Lacan (2007, libro 1) podemos asegurar que el yo en su aspecto más esencial, es el resultado de una función imaginaria. En efecto, la estructura fundamental, central, de toda nuestra experiencia pertenece cabalmente al orden de lo imaginario.

Esto quiere decir que la imagen del yo —por el solo hecho de ser imagen, el yo se vuelve yo ideal— resume toda la relación imaginaria en el hombre por el solo hecho de producirse en un momento en el que las funciones no están aun plenamente desarrolladas y adquiere un valor saludable puesto que la exaltación jubilosa de mirarse ante el espejo resulta suficiente. Sin embargo ello no deja de estar en relacionado con lo prematuro de todas las funciones motrices teniendo como consecuencia un déficit originario, un hueco, a la que su estructura queda ligada. Esta imagen de si, el sujeto volverá a encontrarla constantemente como marco de sus categorías, de su aprehensión del mundo como objeto, y esto, teniendo como intermediario al otro, pues es en el otro siempre donde volverá encontrara su yo ideal, cuya instancia resulta ser importantísima puesto que a partir de allí desarrollara toda la dialéctica de sus relaciones con el otro. Cabe señalar que si el otro colma esa imagen, se convertirá entonces en objeto de una carga narcisista. Por el contrario,

si el otro aparece frustrando al sujeto en su ideal y en su propia imagen, generara tensión destructiva máxima (Lacan, 2007, libro 1).

Lo simbólico

Lo simbólico siguiendo a Palacios (2008), es empleado por Lacan para designar el sistema de representación basado en el lenguaje, es decir, los signos y particularmente los significantes que determinan consciente o inconscientemente al sujeto a través de la facultad de la simbolización.

Es importante mencionar que la estructura de lenguaje preexiste a la entrada del sujeto a esta vertiente (simbólica), ante la cual, el ser humano deberá someterse para dar pauta a toda posibilidad de sujeto. Por ello, cabe señalar que lo fundamental de este orden es que lo simbólico hace del hombre un ser regido por el lenguaje, ya que crea el primer conjunto de reglas que gobiernan el comportamiento, y muy en particular la prohibición del incesto y su correlato, es decir el imperativo exogámico. De tal forma, ha de reconocerse que lo simbólico se manifieste bajo la doble forma de la prohibición y de la deuda, lo cual, significa que el sujeto esta apresado en un orden de intercambios que condicionan su ser.

Por otro lado, es en la metáfora del Nombre del Padre donde según Assoun (2004) tendremos que ubicar el sostén de la función simbólica que, desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley. Este Nombre del Padre y la función relacionada con la del padre simbólico tienen su precursor en el padre muerto del mito freudiano, es decir, el del asesinato del padre originario de Tótem y tabú, del cual, ya hicimos referencia en el capítulo anterior.

Lo real

Siguiendo a Paul Laurent Assoun (2004) una primera definición de lo real sobre la base del contexto en el que Lacan lo elaboro, es la de ser aquello que vuelve siempre al mismo lugar, un lugar donde el sujeto en tanto que piensa o razona no lo encuentra. Es decir, lo real resulta ser un retorno, una reiteración hacia lo indiferente ante toda posición subjetiva. Sin embargo, para tratar de aclarar de mejor manera este punto, por cierto hartó

complejo, tendríamos que decir que el registro de lo real no ha de tratarse de aquella realidad ordenada por lo simbólico y nombrada por la filosofía “representación del mundo exterior”, sino más bien tratemos de entender en lo real aquello intangible, no perteneciente a este mundo, algo, que no puede ser simbolizado puesto que no hay posibilidad alguna de alcanzar lo real por medio de la representación debido a que lo real está excluido de lo simbólico, es por ello que también se le reconoce como el registro de lo imposible, puesto que no puede ser simbolizado ni en la palabra ni en la escritura. Finalmente lo real, por decirlo de algún modo y en términos coloquiales resulta ser la amalgama entre lo simbólico y lo imaginario.

Lacan (1953) a propósito de lo mencionado, planteara la equivalencia de estos tres registros y su interdependencia, pues cada uno de ellos es necesario para que los otros dos se mantengan anudados. La manera en la que Lacan representa esta articulación es por medio del famoso nudo borromeo, con el cual, evidencia la importancia de su articulación y el hecho de que si uno se llegara a deshacer los otros dos también lo harían, anulándose con ello toda posibilidad de sujeto perteneciente al universo de lo humano.

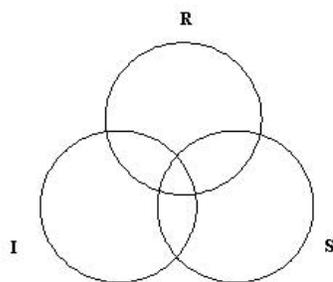


Figura 1. Nudo Borromeo. Esta traza ejemplifica la articulación de los tres registros de la realidad humana: real, simbólico e imaginario. Sin ellas no habría relación interhumana.

3.2 El Edipo en Lacan

A lo largo de este trabajo de investigación hemos venido reiterando que si bien Freud es el padre del compendio psicoanalítico, es Lacan quien lo reinterpreta luego de que dicha teoría estuviese a punto de perder su cauce. En este sentido, hemos argumentado ya

brevemente algunas de las aportaciones que elaboro Lacan a partir de su retorno al núcleo freudiano, aunque aún nos falta echar un vistazo a la teoría del Edipo, la cual, no escapo a los ojos de Lacan en aras de esta labor reivindicativa.

El complejo de Edipo tal y como lo hemos mencionado, es el lugar histórico en donde se llevan a cabo unas vivencias muy particulares entre la madre, el hijo y el padre, lugar, del que se desprenden cierto tipo de consecuencias relevantes para la subjetividad del sujeto en cuestión. En las entrelineas de Freud entorno al Edipo descubrimos una situación psicológica que solo le ocurre al niño, sin embargo, en Lacan encontraremos la descripción no solo de lo ocurre al niño sino todo lo que ocurre en una situación dentro de la que el niño está incluido. Por ello, de acuerdo con Bleichmar (1984) se puede considerar la conceptualización del Edipo lacaniano como estructural en comparación con la de Freud, pues Lacan nos detalla una estructura y los efectos de representación que dicha estructura va a producir entre todos los integrantes que la conforman: madre, padre e hijo.

Otras de las diferencias que podremos encontrar entre el Edipo Freudiano y el lacaniano, es que el primero se centra particularmente en lo que acontece en el niño y su satisfacción pulsional. Mientras que en el segundo, la explicación gira entorno a la satisfacción del narcisismo y no en la no ausencia/presencia de pene o vagina (fase fálica) sino de algo que pueda ser sustituido por otra cosa que lo represente: falo.

Al igual que en Freud, el falo en Lacan se convierte en la elucidación central de esta teoría aunque de manera más extendida y entendida de otra manera, pues el falo, aquí circulara dentro de la estructura intersubjetiva (el Edipo) y el tenerlo, llenaría de completud a quien lo posea. Asimismo, determinara la función dentro de la estructura a quien lo posea.

Tal y como lo habíamos mencionado en un apartado anterior, la definición de falo se deriva de otro concepto a saber; el de significante, el cual ya sabemos que es cualquier traza material capaz de convertirse en perceptible y que además a través de este va a quedar inscripto en el psiquismo del niño algo que es de otro orden o bien algo que se transpone, principalmente el deseo o la ausencia (castración). Es decir el significante inscribe algo que es una ausencia, así el significante material aparece como una representación en que queda registrada una falta (ausencia), por ello se produce la ilusión de que si está este significante entonces nada falta.

3.2.1 Los tres tiempos del Edipo

En efecto de acuerdo con Bleichmar (1984) son tres los momentos en los que se da el Edipo, cada uno caracterizado por el papel que desempeñan ciertos personajes.

Primer tiempo del Edipo

En el primer momento del Edipo aparecen tres personajes en la escena; la madre, el hijo y el falo. En este tiempo el niño será presa del deseo de la madre, el niño será todo lo que la madre quiera y la madre será para el niño el Otro, su código de referencia. Así, por un lado el niño no solo se conforma con las caricias y mimos de la madre, sino que aspira ser el objeto total del deseo de la madre, aquello que complete y colme a su madre: el falo. Para ello el niño se convierte, o más bien se identifica con el falo que supone colma a su madre, es decir supone que es por el que su madre es feliz. No obstante la madre lo coloca simplemente en posición de falo, pues ella lo que busca es la completud narcisista, por lo tanto la madre simboliza al niño de distintas formas: es hermoso, inteligente, etc.

Aquí claramente se puede observar lo que hace un momento mencionábamos sobre el falo imaginario y falo simbólico. En primer lugar el niño se identifica con un objeto imaginario que satisface a su madre, mientras que la madre está simbolizando con él, una forma específica para ella y no a él como tal; el hermoso, inteligente, etc. Entonces el niño es aquello que para la madre es el falo (en el queda inscripto el deseo de la madre, su falta) que la completa, mientras que para el niño es suficiente la obtención del amor de la madre. Además el falo como se puede apreciar aparece por un lado como una falta, pero a su vez es algo que completa.

Aunado a lo anterior, durante este primer momento la madre en esta relación primordial aparece como el Otro que aporta el discurso al niño, con el cual moldea sus necesidades, pues es la misma madre la que se las construye, es decir las necesidades, le moldea, le aporta el deseo, la identidad, etc. pero también el niño puede leer la satisfacción de sus necesidades en los movimientos realizados por su madre (Bleichmar, 1984).

Del lado de la madre en este primer momento del Edipo, podemos decir que es una madre fálica y ahora explicaremos porque. La madre siente su carencia de ser, se siente

incompleta, se reconoce como castrada, faltándole algo: el falo. Este sentir se debe a que ella misma ha pasado por su Edipo, es decir reconoció su castración y por ello busca algo que la haga perfecta, lo cual, hace con el niño al simbolizarlo en el falo. Desde la perspectiva del niño, este es quien la hace feliz, en este sentido la madre y el hijo forman una unidad narcisista en que cada uno posibilita la ilusión del otro en su perfección y se produce narcisismo satisfecho, así lo que le ocurra a ella como precioso o terrible, lo será para el hijo. No obstante cabe preguntarnos ¿dónde queda el padre dentro de esta fórmula? Pues bien, en realidad puede aparecer realizando la función materna que ya mencionábamos o bien sencillamente puede no figurar.

Segundo tiempo del Edipo

El segundo momento se distingue por la puesta en escena del padre, pero antes de continuar habrá que decir que en la teoría lacaniana los nombres de padre o madre se entienden en el sentido de la función que ejerce o el lugar que ocupa en la estructura, así por ejemplo un padre real puede ocupar el lugar de la madre fálica.

Luego de este paréntesis y continuando con el segundo tiempo, mencionábamos que aparece la figura del padre, este padre (simbólico) va a intervenir con la función de prohibir, entendida esta última en una doble vertiente: 1) priva al niño del objeto de su deseo, por lo cual el niño deja de ser el falo de la madre y 2) priva a la madre del objeto fálico, es decir el hijo.

Ante este hecho se pueden diferenciar dos situaciones en el niño: 1) colapso narcisista y 2) castración simbólica. La primera hace referencia a la pérdida de la identificación con el objeto fálico —ya no se considera como aquello que llena de regocijo a su madre—. En cambio la castración simbólica se da cuando el niño reconoce que a la madre le falta algo pero que debe buscar en otra parte. Este momento es de gran relevancia pues el niño deja de ser el falo y esta representación pasa a ser para él una entidad independiente a un personaje, pues el niño así descubre que su madre no es un ser completo, que es un ser en falta y por lo tanto deseante. Es por ello que el falo quedara establecido en el orden cultural como una entidad desde la cual todos quedan ubicados como castrados simbólicamente (Bleichmar, 1984).

El padre se va a manifestar aquí como un “otro”, no en tanto ley sino como un semejante simbólico con el cual el niño rivaliza, sin embargo tiene el atributo de dictar la ley del incesto, de la interdicción *¡tienes que separarte de tu madre!* y el término simbólico hace referencia en la estructura edípica a cualquier otro que logre ejercer la función de la castración simbólica. Por lo tanto el padre simbólico está en función de su capacidad para lograr la castración simbólica. Por otra parte el prototipo de ley en el discurso psicoanalítico tanto freudiano como lacaniano es la de la prohibición del incesto, es una ley de la cultura que regula los intercambios sexuales, ley que posee la cualidad de pertenecer al orden de lo simbólico, por tanto un sujeto podrá actuar en representación de la ley, pero jamás deberá ser la ley misma.

Finalmente, en la subjetividad del niño el remplazo del deseo absoluto del deseo de la madre por el de la ley como instancia exterior a toda persona, se produce con aquello que Lacan (2010, libro 2) denomina metáfora del Nombre del Padre, es decir, el significante que instaaura el lugar de la ley.

Cabe señalar que si el padre no se halla a la altura de la función que se le demanda en la situación edípica, la madre puede encontrar en cualquier otro elemento real o imaginario al padre simbólico, aunque también, el padre puede ser burlado o ignorado de su función toda vez que la madre se niegue en aceptar el hecho de la privación de su objeto fálico que la completa y regocija de sobremanera, lo cual, dicho sea de paso traerá consecuencias para el niño.

Tercer tiempo del Edipo

Ahora bien, como ya lo adelantábamos en este tiempo en particular aparecerá la llamada metáfora del Nombre del Padre, pero antes de continuar se hace necesario abrir un pequeño paréntesis para argumentar que es una metáfora en la teoría lacaniana.

Según Dor (2000) la metáfora es cuando un significante sustituye o desplaza a otro, produciéndose con ello una significación que anteriormente no existía, esto claro está en los términos de la estructuración del inconsciente. En este sentido, la metáfora del Nombre del Padre se da en el momento en el que el padre simbólico lleva a cabo la castración simbólica, y en el psiquismo del niño queda impregnado algo que pondrá límite al poder de

la madre. De este modo, la metáfora paterna da a lugar a los siguientes efectos: 1) reemplaza el poder de la madre sobre el hijo por el de la ley; 2) dictamina que el niño tiene que dejar de ser el falo para la madre y 3) en el momento en el que el niño deja de identificarse con el falo, este pasa a ser algo que se da, algo que se tiene y algo que se recibe pero jamás serlo, es decir, se da lugar al falo simbólico toda vez que se ha ubicado fuera de la estructura edípica.

Así, durante el tercer momento del Edipo con la introducción de la metáfora Nombre del Padre, tiene lugar la sustitución del significado deseo de la madre en el niño por el de la significación de la ley o bien Nombre del Padre, refiriéndose con esto a la prohibición del incesto, prohibición de volver a los orígenes, es decir, el goce del Otro donde nada faltaba y en contraparte se gozaba y se disfrutaba sin límites. Por tanto la función paterna en complicidad con la madre —en el mejor de los casos— va a permitir que el hijo deje de ser el falo para la madre, mientras que del lado de la madre por medio de la metáfora dejara de ser la ley omnipotente que regula al niño en lo que se refiere al cumplimiento de su deseo narcisista. De tal forma quedara instaurada la ley del incesto (metáfora Nombre del padre) y el falo posicionado como una instancia alejada de cualquier personaje. En este sentido, es de resaltar la función paterna, puesto que es la que brinda al sujeto la posibilidad del deseo, en la medida en la que lo hace ser menos temerosos de este deseo, es decir, menos golpeado por una castración que de no ocurrida lo anularía como sujeto deseante (Masotta, 2000).

Finalmente, una vez instaurada la ley en el niño surgirán una serie de consecuencias por la pérdida de identificación con el Yo Ideal (imagen de perfección narcisista) lo cual le abre camino para identificarse con el Ideal del yo, o bien, pasar a identificarse ahora con alguien debido a los atributos que este posea toda vez que se sabe castrado. De tal suerte que con la instauración de las normas de intercambio sexual, se asume la identidad sexual acorde o no a la naturaleza anatómica correspondiente (Bleichmar, 1984). Finalmente, el reconocimiento del niño de que no es el falo que colma a la madre, dará cuenta del hecho en el niño, el haber aceptado pasar por el yugo de la castración y saberse por tanto en falta. Claro, esto, como una de las opciones posibles.

3.2.2 La estructuración del sujeto obsesivo

Uno de los aspectos centrales que permiten dar cuenta de la estructuración del sujeto obsesivo es la función paterna, llevada a cabo precisamente dentro de este universo denominado el Complejo de Edipo, donde adquiere un papel protagónico en su constitución. Acorde con Dor (1989) existen indicios dentro de la clínica que hacen pensar en que el sujeto obsesivo se habría sentido excesivamente amado por su madre. Sin embargo, posteriormente llega una transformación promovida por la función paterna que el pequeño ya presiente como inevitable. Así, el sujeto neurótico obsesivo será víctima una y otra vez de lamentaciones pasivas toda vez que augura una invasión paterna ante el amor intenso que despliega al lado de su madre.

Y es que clamando sobre su estatuto de objeto privilegiado del deseo de la madre, el obsesivo da testimonio, sin saberlo, de la investidura fálica que opera sobre él. En las apuestas del deseo movilizadas por la lógica fálica, este privilegio no deja de despertar en el niño una investidura libidinal precoz. Se encierra así, de buen grado en una creencia psíquica que lo consigna en un lugar de objeto ante el cual, la madre sería susceptible de hallar aquello que se supone no obtiene por parte del padre.

No obstante, en estos momentos se logra identificar la articulación decisiva del paso del *ser* falo al *tener* falo, donde la madre debe significarse dependiente del padre como aquel que le hace la ley, desde el punto de vista de su deseo. Solo la significación de esta dependencia, moviliza al niño hacia la dimensión de tener. Cabe precisar que a modo de consecuencia, toda ambigüedad del discurso materno puede favorecer la instalación imaginaria del niño en un dispositivo de suplencia para la satisfacción del deseo de la madre. Es en esta lógica de suplencia donde la organización obsesiva toma apoyo, pero impone una precisión.

En este caso no se trata de una suplencia al objeto de deseo de la madre —situación que nos pondría en presencia de determinadas estructuraciones perversas y hasta psicóticas— sino que el niño es llamado solo imaginariamente a suplir la satisfacción del deseo materno en la medida en que esta satisfacción le es significada a la madre como desfalleciente, quien sin saberlo, liquida de este modo su adhesión equivocada a la función paterna. Si bien el niño percibe la dependencia deseante de la madre respecto al padre, de

todos modos retiene el mensaje de una insatisfacción materna en cuanto a lo que se supone que ella espera de él (padre). Se trata pues de una vacancia parcial de la satisfacción del deseo materno, que reclama en el niño la necesidad de suplirla.

Es por ello, que el obsesivo contendrá una nostalgia de un retorno al ser (ser el falo de la madre) toda vez que la madre ha hecho referencia a la investidura del padre simbólico, convocándolo para la asunción de la castración de aquella investidura resultante. Sin embargo, lo que posibilita también ese anhelo es la satisfacción desfalleciente de ese deseo materno, el cual, de alguna u otra manera constituye una licitación regresiva para el sostenimiento de la identificación fálica del niño.

Así, tenemos que mediante la inscripción singular respecto de la función paterna, el niño negocia su transacción psíquica entre el ser y el tener. No obstante, resultara de ello una problemática específica del obsesivo frente a su acceso al universo del deseo y la Ley, cuyos vestigios más notables no cesaran de ejercerse según el modo de goce pasivo o en la rebeldía competitiva respecto de cualquier figura de autoridad que reactive la imagen paterna.

Por otra parte si seguimos el trayecto típico mediante el cual el deseo separa la necesidad para entrar en el proceso de la demanda, tendremos que en el obsesivo esto no sucede así, pues en vez de chocar con la falta (retiro del pecho por ejemplo) y deslizarse hacia la espera de la demanda, el deseo queda averiado por la madre insatisfecha, quien encuentra en el hijo un objeto de suplencia. Por lo tanto, tal asunción permite comprender el carácter particular del deseo del obsesivo, siempre portador de la marca exigente e imperativa de la necesidad, cuyo resultado nos arroja una deficiencia por el lado de la demanda, deficiencia que lo inscribe en esa pasividad masoquista que le impone tener que adivinar y articular por el otro, lo que el mismo no logra demandar.

De manera más general esta deficiencia estructural se traduce en la servidumbre voluntaria del obsesivo, que lo obliga tener que asumir todas las consecuencias de su actitud pasiva, y se complace en ocupar de buen grado el lugar de objeto de goce del Otro que lo reenvía constantemente al estatuto fálico infantil donde se encontró precozmente encerrado como hijo privilegiado por la madre. Por lo que la culpabilidad pasa a ser la expresión más directa de aquel privilegio casi incestuoso del niño respecto de la castración.

Tenemos pues que la metáfora paterna se halla omnipresente en el obsesivo, la cual dicho sea de paso alimenta y sustenta la dimensión de la rivalidad y de la competencia en estos sujetos, toda vez que se hallan fijados eróticamente a la madre y preocupados por el temor de la castración. En este caso, el obsesivo no cesa de desplegar una actividad continua dirigida a sustituir al padre mediante la identificación y a sus representantes para de esta forma ocupar un lugar junto a la madre y los anhelos de muerte inconscientes más arcaicos resurgen de modo constante contra cualquier imagen paterna o de autoridad, cuyo lugar abre camino a todas las luchas de prestigio, en las cuales paradójicamente el obsesivo no pierde ocasión de confrontarse con su temor, la castración.

Ahora bien después de haber presentado algunos conceptos o nociones importantes sobre el complejo de Edipo en Lacan y la estructuración del obsesivo, a continuación se expondrá brevemente el tipo de estructuras que propone para entender la clínica que se organizan en el seno del complejo de Edipo. En este sentido, cabe señalar, acorde con Assoun (2004), que la referencia a la estructura clínica representa para Lacan, poder prescindir de una teoría de la personalidad.

3.3 Las estructuras clínicas de Lacan

Tal y como lo hemos visto hasta el momento, nos puede quedar claro que para el psicoanálisis la construcción del sujeto se da desde la infancia y hasta el encuentro de este con la realidad simbólica del lenguaje, lo cual, significa que la criatura humana deviene solo como sujeto hasta el momento de su encuentro con el significante proveniente del Otro.

En efecto, cuando aún el niño se halla inmerso dentro de la estructura intersubjetiva del Edipo, aun no podemos hablar de él como sujeto, sino de un proyecto que podrá verse realizado solo a partir de su salida del Edipo. Esto implicara en el mejor de los casos, una asimilación por sustitución del pequeño de la metáfora Nombre del Padre por el de deseo de la madre y su correlativa identificación con el padre. Esta identificación resultara determinante si se piensa por ejemplo en la forma en la que ha quedado organizada la sexualidad de nuestro sujeto.

No obstante todo lo acontecido durante la situación edípica resultara ser distinto para cada sujeto, ya que el Edipo lograra ser resuelto de distintas maneras en función las formas en las que se hayan dado las relaciones desde el inicio de la vida del pequeño, lo cual, desde la perspectiva de Lacan significara el advenimiento de un sujeto con alguna de las estructuras de subjetivación posibles para cualquier ser humano.

En este sentido, las estructuras clínicas de Lacan se emplean para designar el funcionamiento psíquico del sujeto, permitiéndole al psicólogo clínico y/o al psicoanalista, comprender gran variedad de comportamientos que reflejan la posición subjetiva de cada sujeto para con el mundo, es decir en sus relaciones con la realidad: trabajo, semejantes y en general con todo aquello que le rodea. De esta forma el psicólogo o el analista podrá determinar qué posición tomar respecto a la transferencia y la forma de intervención para cada sujeto.

Como lo es toda la obra de Lacan, las estructuras planteadas están basadas en el análisis de la obra freudiana en el esfuerzo por continuar y precisar las diferencias estructurales de las entidades clínicas estudiadas por Freud. A partir de allí, Lacan postulo tres estructuras fundamentales que se configuran desde la experiencia del saber de la castración, deseo, demanda, goce, etc. Estas estructuras en lo que respecta serán irreversibles, lo cual sugiere que durante el transcurso de la vida ningún sujeto podrá brincar de una estructura a otra (Fink, 2007).

Así mismo Lacan retoma tres conceptos fundamentales en Freud en aras de la articulación de este proyecto. Estos conceptos hacen referencia a tres mecanismos esenciales que según Freud, diferenciaran las entidades clínicas en su nivel más profundo y determinarían la adopción de alguna de estas tres categorías. Así, los tres mecanismos fundamentales ante el saber de la castración propuestos por el padre del psicoanálisis son la represión en la neurosis, el rechazo en la psicosis y la renegación para la perversión (Manrique y Londoño, 2012).

Las tres estructuras planteadas por Lacan, diferentes la una de la otra en relación a su forma de operar frente a la castración, deseo, goce, etc. a su vez quedaran también divididas en distintas modalidades, referidas también a diferentes posiciones subjetivas. En este sentido, acorde con Bernal (2009) se presenta el siguiente esquema que lo ejemplifica.

ESTRUCTURA	MODALIDAD
<p>Neurosis</p> <p><i>Sujeto de la duda</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> • Histeria • Obsesión
<p>Psicosis</p> <p><i>Sujeto de la certeza</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> • Esquizofrenia • Paranoia
<p>Perversión</p> <p><i>Sujeto con la certeza sobre su goce sexual</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> • Fetichismo

Tabla 1. Estructuras clínicas y sus diferentes modalidades.

Por otro lado, como preámbulo para detallar la neurosis obsesiva en Lacan, a continuación describiremos brevemente las diferentes estructuras con la intención de conocer fugazmente sus características, evitando con ello profundizar en cada una de ellas toda vez que el objetivo de esta investigación escapa para tales fines.

Neurosis

Lo que fundamentalmente caracterizara al sujeto neurótico es que se trata de un sujeto de la duda; es el sujeto que se hace preguntas sobre su ser, la muerte, el más allá, su existencia y su deseo ("qué quiero, de dónde vengo, para dónde voy, quién me ama, a quien amo, etc."), pues la duda como hemos visto, es el mecanismo empleado por el neurótico para sustraerse y no enfrentarse a la realidad, la cual dicho sea de paso resulta ser frustrante debido a las exigencias y carencias de satisfacciones que impone al hombre (Lacan, 2004, libro 4).

Así en el sujeto con estructura neurótica encontraremos acorde con Nasio (2004), a un sujeto caracterizado por hacer todo lo necesario para no gozar en lo absoluto, siendo una manera de no gozar en lo absoluto saciar parcialmente su deseo con la firme intención de evitar experimentar un goce máximo (goce del Otro) que de sucedido le aniquilaría. En este caso, dos serán las formas en las que el sujeto neurótico vera satisfecho parcialmente su

deseo: 1) el síntoma (goce fálico) que bien puede ser una representación obsesiva, compulsiones, mandatos, o un síntoma que es vivido a nivel somático y 2) el fantasma (plus de goce).

De esta forma tendremos que el síntoma y el fantasma serán los dos recursos del neurótico para oponerse al goce sin medida y refrenarlo. En este sentido y en relación a la histeria, el síntoma privilegiara al cuerpo como su lugar de su inscripción, mientras que en la neurosis obsesiva los síntomas privilegiaran al pensamiento como el lugar de su aparición. En lo que atañe a la fantasía o mejor dicho fantasma, el neurótico empleara este mecanismo para crear enteramente una realidad, su propia realidad, en la cual, su goce más soñado se le sustraerá sin cesar (Nasio, 2004).

Sin embargo existe una distinción entre la estructura del fantasma en la histeria y en la obsesión puesto que será radicalmente distinta. En términos generales, el fantasma del obsesivo implica una relación con un objeto (pecho materno causante de su deseo = objeto a) que se rehúsa a reconocer como factible en el Otro. Por el contrario en el fantasma de la histeria la separación del objeto es subsanada en la medida en que el sujeto se constituye no en relación con el objeto erótico (pecho materno causante de su deseo) que ha perdido, sino como el objeto que le falta al Otro. Así, en lugar de tomar el objeto para sí, como lo hace el obsesivo, en la histeria se trata de adivinar el deseo del Otro para de esta forma convertirse en el objeto particular que, cuando falte, haga desear al Otro (Fink, 2007).

De esta forma la histeria demuestra la captura del deseo del Otro, o bien, el deseo de tener un deseo, por cierto insatisfecho, mientras que la neurosis obsesiva certificara una dependencia incesante con relación al deseo del Otro, siendo a su vez, un querer destruir a ese Otro. Como veremos más adelante, este sujeto se sentirá como ajeno a su deseo, de ahí, la figura del deseo imposible, sostenido por la prohibición (Lacan, 2010, Libro 5). Además el neurótico en general se va a caracterizar por ser un sujeto siempre insatisfecho, quejoso y dubitativo sobre los ámbitos de su vida, es decir, la neurosis se tratara de cobardía para con el deseo propio.

Psicosis

Por otra parte, la estructura psicótica contiene a la esquizofrenia, donde existe una percepción de fragmentación en el cuerpo y paranoia, que se da a través de la construcción de tres tipos de delirio: persecución, erotomanía y celos, los cuales utilizan como mecanismos a la proyección. En la psicosis no se hace consideración de síntomas como en la neurosis, sino de fenómenos elementales; las alucinaciones y la construcción de neologismos acompañados de un sentimiento de realidad (Manrique y Londoño, 2014).

Asimismo, el psicótico tiende a perder contacto con la realidad y en su lugar recrea una realidad incluida en su delirio. He ahí el motivo de las alucinaciones, entendidas como representaciones psíquicas que irrumpen desde el exterior y se imponen como percepción. Esto debido a que el mecanismo de defensa en la psicosis (rechazo) ha impedido que la representación de la castración tenga acceso hacia el aparato psíquico.

Sin embargo en Lacan (2012, libro 3) el término que se emplea para referir el fenómeno psicótico no es el de rechazo sino el de forclusión, el cual, aparecerá aquí con relación a lo simbólico, puesto que es en un accidente de este registro (simbólico) y de lo que en él se cumple: la forclusión del Nombre del Padre en el lugar del Otro, que deviene el fracaso de la metáfora paterna, que como hemos visto lleva la enmienda de introducir al sujeto al mundo de la cultura mediante la instauración de la Ley del incesto. En este sentido, para que la psicosis se desencadene es fundamental que la metáfora Nombre del Padre este forcluida, es decir, que nunca haya llegado al lugar del Otro (Lacan, 2012, libro 3). Hecho en el que veremos el efecto que da a la psicosis su condición esencial.

Perversión

Por su parte, la estructura perversa tiene como paradigma al sujeto fetichista, el cual, subsiste como emblema del triunfo sobre la amenaza de la castración y como salvaguarda de esta. Que el sujeto perverso tenga un fetiche, significa que este necesita de un objeto para alcanzar la satisfacción sexual. Sin embargo, cabe señalar dos divisiones de las perversiones: 1) aquellas en las que el perverso centra su acción y pulsión libidinal en un fin tal es el caso del fetichismo, voyerismo, exhibicionismo, sadismo o masoquismo y 2)

en las que el sujeto desencadena su goce en un objeto: pedofilia, gerontofilia, zoofilia y en algunos casos homosexualidad.

En términos generales se considera al perverso como un sujeto que tiende a gozar y a disfrutar con el sexo ya sea viendo, exhibiéndose o con algún fetiche, etc. En algunos casos el sujeto perverso tiende a imprimir ciertos actos de crueldad física o moral, vandalismo o provocación, etc. conductas que en suma intentan transgredir la norma o los estatutos morales en diferentes niveles de proporción, aunque hay que tener en cuenta que esta no es una condición única y exclusiva del sujeto perverso, puesto que también podemos encontrarla en el resto de las estructuras (Manrique y Londoño, 2012).

3.3.1 Descripción de la estructura obsesiva

Luego de haber revisado algunos de los conceptos que a nuestro modo de ver resultan ser claves o básicos para comprender la estructura neurótica obsesiva, toca turno de revisar ahora aquello que Lacan nos ofrece en cuanto al saber del neurótico obsesivo. Cabe señalar que muchas ideas, conceptos y formulaciones en torno a esta estructura distan de ser revisados a profundidad en este trabajo, debido a la complejidad de la teoría, pues abarcar en este espacio todos los momentos en los que Lacan se ocupa de la neurosis obsesiva resulta ser una labor que por ahora escapa de nuestra atención. No obstante, se podrá encontrar aquí la esencia e ideas primordiales acorde a la manera en la que Lacan y los autores que han contribuido a difundir su obra, nos la plantean.

Siendo así, partamos entonces con la idea de que el deseo del neurótico obsesivo lo encontraremos anudado, es decir, quiere algo pero está inhibido de salir a buscarlo debido a un deseo o una fuerza contrapuesta, por ejemplo, una prohibición de sus padres, hermanos, pareja, etc. misma que no quiere transgredir (Lacan, 2010, libro 5). Esta problemática apuntala hacia lo que sería la esencia de la posición obsesiva, que es precisamente la del diferimiento, procrastinación del deseo, o algo así como el hacer de su vida una eterna espera. En este sentido, se puede decir que el neurótico obsesivo disfruta (inconscientemente) de obedecer las demandas de cualquier Otro, impidiendo con ello, el hacerse responsable de su propia vida, de sus propias decisiones, de sus propios deseos. Cuestión que no es específica al obsesivo, sino afín al conjunto de las neurosis. En

cualquier caso, cada vez que el neurótico lo intente se sentirá como inhibido, tímido, pero aún más, culpable.

Es por lo anterior y acorde con Torres (2004) que frecuentemente podremos encontrar al obsesivo en una posición de constante demanda, pidiendo permiso para todo, hecho, que no es una mera formalidad sino por el contrario una cuestión que trasciende a fondo puesto que lleva implícito un deseo de situarse ante el Otro en el lugar de una dependencia absoluta. Este intento repetido de los obsesivos se debe en gran medida en su afán por adoptar el Ideal del Yo del Otro, puesto que quedan fijados a la demanda de su primer Otro. A saber, los padres.

Lo que el obsesivo en este caso desea, es no reconocer que el deseo no es algo que se tiene sino algo que no se tiene, que surge de la falta puesto que en suma nadie puede decir lo que realmente quiere, pues tal y como lo hemos visto, el deseo no tiene objeto único y puede ser significado de cualquier manera. En cambio, una demanda si lo tiene, pues representa un anhelo específico, no una cercanía vaga y difusa en cuanto a lo que se quiere o se desea. Es decir, lo que el neurótico no puede soportar es la carencia en el Otro, o bien como dice Lacan (2012, libro 4) la falta en el Otro, la incompletud del Otro.

En este sentido, podríamos afirmar que de la carencia, el neurótico huye como de una plaga. Asimismo, siguiendo con Lacan (2010, libro 5) en lo que se refiere a la demanda, está ha de significar en todos casos una demanda de amor por sobre todas las cosas. Y, si prestamos la debida atención podemos escuchar lo que el obsesivo desea en realidad en cada una de sus demandas: *¡dime que hacer, que hago para que me ames, para que me aceptes!* hecho que incluso podemos constatar en el caso del hombre de las ratas, pues en todo momento el muchacho aunque odiaba al padre, esperaba siempre de él su mandato.

Asimismo, las fantasías en torno a la muerte rondan permanente al obsesivo debido a que mediante esta proeza logra escabullirse de la posición de sujeto de deseo, lo cual, en la mayoría de las veces facilita su distanciamiento. El obsesivo parece estar dando permanentemente pruebas para verificar que está vivo frente a las fantasías de ser un muerto, fantasías que lo llevan a la parálisis, a la procrastinación, a su acartonamiento

emocional. Pues solo de esta forma, logra dar una imagen para sí mismo y para los demás: ¡mírenme estoy muerto, por lo tanto, no deseo! (Lacan, 2010, libro 5).

Por otro parte, el aspecto esencial en la teoría de Lacan que nos permite dar cuenta de la posición obsesiva, es sin lugar a dudas la del fantasma. En este sentido Lacan (1988) sugiere que hay un solo fantasma, un fantasma inconsciente para la mayoría de nosotros que es absolutamente fundamental. Esta noción esta relaciona con la teoría de Freud de una escena primaria, cuya escena desempeña un papel fundamental en la constitución de la sexualidad y la vida en general.

Que mejor manera de ejemplificar lo dicho que con el fantasma del hombre de las ratas, el cual como se haya consagrado a un comportamiento provocador, esperando con ello recibir un trato duro por parte de su padre. En efecto, el hombre de las ratas incita provocativamente el supuesto deseo del padre por golpearlo, siendo quizá una de las únicas maneras en que el hombre de las ratas podría atraer su atención, o algo de amor, pues como es sabido, este padre es un padre fallido, autoritario, disciplinado, rígido. De este fabuloso ejemplo que logra enriquecer el material entorno a lo obsesivo, podemos argüir además que la causa del deseo del hombre de las ratas queda configurado como el deseo del Otro, y que en suma, representa el modelo prototípico a seguir para la estructura obsesiva.

Sin intención de desviarnos del tema, retomamos que la noción de fantasma en Lacan comprende dos facetas complejas de la teoría de Freud. Por un lado, tiene sus raíces en un primer acercamiento basado en la sobreexcitación sexual en el origen de la neurosis y por el otro, el énfasis posterior sobre la pérdida de placer sexual (Lacan, 1988). En este sentido y acorde con lo anterior, la pérdida de gratificación auto erótica o aleo erótica (que involucra a otra persona como la madre) aquello que Lacan denominara en adelante como castración. Concepto que para Lacan revestirá muchísimo más interés que el propio Edipo.

Esta pérdida de satisfacción o goce, que Lacan denomina castración, es aceptada en cierta medida por los neuróticos en general, luego de que en el transcurso de la educación de un niño, los padres, maestros, etc. le imponen muchos sacrificios. Por ejemplo, la gratificación de la necesidad de comer y excretar es permitida o castigada, y la conducta auto erótica es desalentada e incluso castigada; permitida quizá al bebe, pero prohibida ya al niño en edad escolar. En cualquier caso, el niño no parecen haber tenido muchas

opciones al respecto, pero su aceptación o resignación a dicha pérdida constituye una solución a un problema que les presentan sus padres, maestros y otros actores del orden social (Fink, 2007).

Ahora bien, el placer resignado aparece en adelante como más valioso toda vez que está perdido, pues el placer cuando es prohibido por los padres, adquiere otra significación, una significación que involucra a los padres y al deseo de los padres (del Otro) (Lacan, 2010, libro 5). Así, el deseo que se expresa y se sostiene en el fantasma fundamental, queda determinado y condicionado por la satisfacción que ha sido prohibida y a la que se ha renunciado. Por lo tanto, la prohibición es importante para el deseo, puesto que lo condiciona al fijarlo en aquello que está prohibido (Massota, 2000).

En lo que atañe a la neurosis obsesiva, tomemos en primer lugar que su fantasma fundamental implica una relación con un objeto (objeto α), pero que el obsesivo se rehúsa a reconocer como factible o en relación con el Otro, a pesar de que el objeto surge siempre, según Lacan (2012, libro 4), como aquello que cae o se pierde en el momento en el que el sujeto se separa del Otro. Sin embargo, el obsesivo se rehúsa tajantemente a reconocer cualquier afinidad entre el objeto perdido (causa de deseo =objeto α) y el Otro.

Para ejemplificar esto de mejor manera, retomemos el ejemplo freudiano y lacaniano más simple en relación a lo anterior: el pecho materno. El pecho materno es inicialmente la fuente primaria de satisfacción del niño, el cual, considera al principio como no separado de sí, sino como parte de él. El niño no consideraba que su pecho perteneciese a otra persona (de hecho el concepto de pertenencia posesión le es aún desconocido), pero en el transcurso del destete —en términos generales una forma de separación— siente que le es arrancado que lo pierde. En este caso no es tanto a la madre a quien el niño pierde en la separación, sino al objeto erótico, el objeto que tanto placer le aportaba. El niño no sufre esta pérdida de forma pasiva, sino que de algún modo trata de recompensar la pérdida.

Es en el fantasma del obsesivo (refiriéndonos en masculino, puesto que la mayoría de los hombres somos obsesivos), la separación es remediada o compensada en la medida en que el sujeto se constituye en relación con el pecho, que funciona como la causa de su deseo; la unidad o totalidad le es restaurada mediante la adición del objeto. Es decir, el obsesivo tal y como lo venimos sugiriendo, se rehúsa a reconocer que el pecho es parte de

la madre o que proviene de ella, incluso, posteriormente en edad adulta se rehúsa a creer que también guarda alguna relación con la mujer real convertida ahora en su compañera sentimental (sexual).

El obsesivo toma entonces el objeto (causa de su deseo) para sí mismo y se rehúsa a reconocer la existencia del Otro, y más aún anula toda posibilidad de deseo del Otro, motivo por el cual, podemos insinuar que el obsesivo lo que busca es neutralizar o aniquilar al Otro (Lacan, 2010, libro 2). Es por ello, que cuando en una relación por ejemplo la pareja del obsesivo manifiesta abiertamente el deseo de entablar una relación sexual con él, este dimite inmediatamente de su satisfacción, puesto que el obsesivo lo que desea es aniquilar al Otro en tanto sujeto de deseo.

Aunado a lo anterior, el obsesivo suele idealizar a ciertas mujeres en sus pensamientos conscientes, mientras que en sus sueños o fantasías, las viola y las reduce a objetos pasivos, inertes y desprovistos de deseo. De ahí, que se mencione la presencia de rasgos perversos casi invariablemente en las fantasías de los neuróticos obsesivos (Fink, 2007). Acorde con este mismo autor, se trata esta de una clásica división obsesiva en la que este sujeto para situar a su mujer ideal, sigue un esquema obsesivo habitual: la mujer idealizada tiene que ser la mujer de otro hombre. Y es que su madre había sido idealizada a una edad temprana, en la medida en que era la mujer del Otro (su padre) y por ende inaccesible para él. De ahí que el obsesivo llegue a idealizar a las mujeres de su entorno que comprometidas o involucradas con hombres que él considera exitosos, fuertes, competitivos, pues le son imposibles, es decir una vive una fantasía de imposibilidad que le recuerda en todo a su madre.

Siendo este el caso, pueden incluso llegar a surgir dificultades de impotencia, o simplemente mientras esta con su pareja en el acto sexual puede llegar a pensar en otra o en otras mujeres quizá menos idealizadas para él. Siendo por lo general mujeres catalogadas por el sin demasiadas cualidades éticas, morales o en cierto modo, desvalidas. Por ejemplo, una prostituta, una mujerzuela, etc. Alguien, a quien él obsesivo no ha idealizado al grado de su madre.

Por otra parte, la pregunta fundamental que configura el pensar y sentir del obsesivo se reduce a ¿estoy vivo o estoy muerto? Y es que el obsesivo adquiere un convencimiento

de su ser, de su existencia, solo cuando piensa consciente o racionalmente. Si se deja llevar por la fantasía o el ensimismamiento, o si deja de pensar por completo, por ejemplo, durante el orgasmo, puede perder toda convicción acerca de su ser. Por lo tanto, en su intento de cobrar existencia o continuar teniendo un ser, se ve llevado a ser un sujeto consciente, pensante —el yo en su máxima expresión— y en contraparte se rehúsa a creer en la idea del inconsciente, aquella parte que lo tacha como sujeto, dueña de sus pensamientos y deseos más profundos, actuando en como si no existiera pese a todas las pruebas en su contra (Torres, 2004).

Por ello, es que es meticuloso, el calcula, evalúa y planifica todo, que nada se le salga de control para evitar caer al lado oscuro, él nunca se equivoca. En cualquier caso, si algo le toma por imprevisto, se angustia se paraliza. Esto, de alguna manera nos lleva a pensar que se rehúsa a aceptar su dependencia del Otro, e intenta mantener una relación fantasmática con una causa del deseo que no dependa de nadie. Aunque, paradójicamente tal y como lo hemos visto su deseo reside forzosamente en el deseo del Otro.

Si bien en su pensar consciente se rehúsa a aceptar los mandatos de sus padres o de la sociedad, muy en su interior hace todo lo posible por cumplir los estándares que le han sido impuestos. Por ello, podemos aunar que es por este intento de conciencia plena de si, que el obsesivo se nos revela como un ser solitario, aislado, que privilegia la masturbación puesto que ahí no participa ninguna otra persona y todo lo reduce a sus fantasías. Él está completo consigo mismo, o al menos, así se visualiza. (Fink, 2007).

De este lado surge nuevamente la idea del deseo imposible en el obsesivo, porque cuanto más cerca se haya de realizar su deseo (es decir, de tener sexo con alguien), mayor preeminencia toma el Otro respecto del el mismo, tachándolo como sujeto. Es decir, la presencia del Otro amenaza al obsesivo, situación que se conoce en Lacan (2010, libro 5) como *afanisis*, o desaparición como sujeto Para evitar esa presencia, una estrategia típica del obsesivo es enamorarse de alguien que resulta total y completamente inaccesible, o bien poner requisitos tan estrictos a sus potenciales amantes para que nadie pueda estar a su altura. Por ello, se suele sugerir de manera cómica a las mujeres, que opten en no ceder de inmediato ante los hombres (en su mayoría obsesivos) ya que en cuanto suceda, tan pronto

estos quedaran desinteresados de ellas, puesto que los obsesivos elevan el deseo hasta lo imposible.

¿Qué hay de la posición del obsesivo con respecto al goce del Otro? Si bien, tenemos por un lado que ante el Otro el obsesivo se niega a desaparecer como sujeto pensante, Lacan (2010, libro 5) irónicamente nos sugiere que en el fantasma fundamental del neurótico este toma la postura de asumir la función trascendental de asegurar el goce del Otro. Recuperemos para ello nuestro ejemplo del hombre de las ratas, donde su fantasma intenta cumplir a cabalidad el deseo de su padre, colocándose para ello en una posición masoquista y hasta cierto punto homosexual.

En efecto, la posición del sujeto en este caso bien puede ser rehusamiento, pero el fantasma fundamental en cambio se constituye en respuesta al Otro, mismo que lo ha puesto en la cadena de la Ley, es decir, es respuesta al padre simbólico o superyó (Dor, 1989). En este sentido Lacan (2010, libro 5) nos menciona que deseamos de acuerdo con la Ley, toda vez que la prohibición es lo que erotiza y lo que conduce a la constitución del fantasma.

Es por lo anterior el obsesivo vive de alguna manera póstumamente, sacrificando todo, toda la satisfacción en el aquí y en el ahora en pos de su nombre para que perdure. Ese nombre que es el Nombre del Padre, es en cierto sentido el Otro que sanciona la Ley y cuyo goce es asegurado mediante la acumulación de títulos, dinero, propiedades, mujeres y demás acciones que realiza el obsesivo, aunque a veces de manera extremada. Situación por la cual, podemos hablar de un superyó híper severo, de una deuda o de una culpa que persigue. Es decir, cada vez que nos esforzamos en cumplir nuestros ideales a expensas de nuestra propia satisfacción, de una u otra manera lo que estamos haciendo es asegurar el goce del Otro, o bien, dicho en otras palabras, tratando de pagar una deuda que el padre no logro saldar. De esta forma se puede definir al Nombre del Padre como una función coordinadora del deseo y al superyó como una función coordinadora del goce (Fink, 2007).

Con lo anterior, nos acercamos a un punto al que Lacan (2010, libro 2) da un lugar muy importante dentro de la neurosis obsesiva, es decir, lo referente a lo escópico. En la neurosis obsesiva, lo escópico pertenece a la misma fase narcisista que lo anal (Godoy y Schejtman, 2010). Su origen se remonta a los primeros años de vida, durante control de

esfínteres y la puesta en juego del objeto anal (heces) situación que rebela la relación del sujeto que cede una parte de su cuerpo (su regalo) porque el Otro así lo exige, obteniendo con ello su reconocimiento amoroso y una ganancia narcisista. Cuantas veces no oímos decir por ejemplo a una madre a su bebe ¡mi hermoso miren su popo hermosa!, mientras lo erotiza y le habla.

De este acontecimiento lo que el obsesivo entiende por un lado es que uno ama cierta imagen de él, y por el otro lado que esta imagen él la da al otro, al punto de imaginar que si esa imagen llegase a faltar, el otro ya no sabría de que agarrarse, valga decir, estaría incompleto. Por ello, en algunos casos a los sujetos obsesivos les dará por estar a tono, otros sentirán más afinidad por la limpieza o en otras áreas de la vida tienden a ser muy escrupulosos, como puede ser en el estudio y cuidar su vestimenta.

De esta forma, según Godoy y Schejtman (2010) lo que el sujeto obsesivo busca es observarse desde el lugar del Otro, se instala allí, trata de ver qué imagen le da al Otro y es así que queda atrapado en la misma, esclavo de un amo que supone lo mira, desconociendo incluso su propia instalación en ese punto. Se trata de una mirada que debe apaciguar el obsesivo complaciéndola, demostrándole una y otra vez sus buenas intenciones en un trabajo esforzado, así como en el empeño que revelan sus proezas para sostener una imagen narcisista que atempere su exigencia.

Si bien, dicha posición que asume el obsesivo es la de un esclavo, no obstante este espera largamente la muerte de ese amo para comenzar a vivir. Es decir en el pensamiento del obsesivo existe la supuesta ilusión de que cuando el amo muere todo empezara, comenzara a vivir, a disfrutar, a gozar. Y es en esta forma de pensamiento, como lograremos encontrar muchas de formas características de esta estructura (Lacan, 2010, libro 2)

Pero valga decir el amo aquel que dicta la ley está en una relación mucho más abrupta con la muerte. El amo en estado puro está en una posición desesperada: nada tiene que esperar sino su propia muerte, pues nada puede esperar de la muerte del esclavo, excepto ciertos inconvenientes. En cambio el esclavo tiene mucho que esperar de la muerte del amo, incluso más allá de la muerte del amo, será preciso que afronte la muerte como todo ser plenamente realizado, y que asuma, en el sentido heideggeriano, su ser para la

muerte. Precisamente el obsesivo no asume su ser para la muerte, está en suspenso. Esto es lo que hay que mostrarle, a pesar de que se muestro satisfecho en ser esclavo como todo el mundo (Lacan, 2010, libro 2).

Esta espera interminable característica del obsesivo, nos remite a su vez a un rasgo esencial de entre todas las peculiaridades de este sujeto, es decir, la de la procrastinación, que nos revela también, aquella identificación con el Otro que introduce esta mortificación imaginaria.

En suma el neurótico obsesivo, es un actor que desempeña su papel y cumple cierto número de actos como si estuviera muerto. El juego al que es entrega es una forma de ponerse al resguardo de la muerte. Se trata de un juego viviente que consiste en mostrarse invulnerable. Con ese fin se consagra a una dominación que condiciona todos sus contactos con los demás. Se le ve en una especie de exhibición con la que trata de demostrar hasta dónde puede llegar en ese ejercicio, que tiene todas las características de un juego, incluyendo sus características ilusorias, es decir, hasta dónde puede llegar con los demás, el otro con minúscula, que es solo su *alter ego*, su propio doble. Así, su juego se desarrolla delante de otro que asiste al espectáculo (Lacan, 2012, libro 3).

Es por ello que muchos obsesivos tenderán a luchar por un “único camino verdadero”, “la mujer perfecta”, “la vida perfecta”, “el trabajo perfecto” y demás. Sin embargo sus ideales en ocasiones serán tan elevados que resultaran irrealizables, al nivel incluso de que ningún esfuerzo humanamente posible parezca ser lo suficiente como para constituir un paso en dirección a ese Ideal, y que en ocasiones en lugar de alcanzar tal Ideal, el obsesivo terminan haciendo nada. Y es que el neurótico obsesivo ha internalizado tan profundamente los ideales de los padres y de la cultura (el Otro simbólico), que en gran medida se desvivirá por cumplirlos con la firme intención de presentar esa imagen al Otro, aunque según Godoy y Schejtman (2010) resulta ser poco probable que los sientan como propios, pues recordemos que el obsesivo vive para el Otro.

CONCLUSIONES

Luego de la presente investigación teórica, no podemos negar la relevancia de las aportaciones que el modelo psicoanalítico nos ofrece para comprender el devenir hombre, ya que indudablemente sus aportes son invaluable a la hora de entender parte de la naturaleza humana, a pesar de que su nacimiento, historia e incluso su presente, este marcado por la polémica y por el rechazo.

Dentro de las contribuciones más sobresalientes podemos mencionar, el cambio de paradigma que el psicoanálisis logro otorgar a los padecimientos, mediante la adopción subversiva y preponderante del tema de la sexualidad como causante del sufrimiento. Con este argumento, Freud pudo demostrar que en cuestiones de la sexualidad humana no hay nada escrito, pues se trata más bien de un constructo que anuda lo social y lo subjetivo, lo cual, implica que esté relacionada con más de uno de los aspectos que configuran el universo humano; biológico, psicológico, social e incluso espiritual.

Otras de las aportaciones que podemos encontrar en el modelo psicoanalítico, es la de haber brindado un esquema del aparato psíquico propicio para el estudio de diferentes fenómenos y mecanismos de la psique humana. Asimismo podemos hablar de una clínica original que le es propia y que a diferencia de otros abordajes pone el acento en el terreno de la subjetividad, en lugar de ir en busca de suprimir un síntoma, pues en cambio, pretende confrontar a los sujetos con la dimensión más radical de la existencia humana: los deseos inconscientes.

Es así que en este trabajo pudimos ver que la neurosis obsesiva figura como uno de las estructuras que organizan dicha clínica. En este sentido, es de resaltar la gran variedad de síntomas que acechan al obsesivo, lo cual, puede complicar o confundir el abordaje que se le dé a este tipo de neurosis, a pesar de que no conlleva un salto a lo somático como en el caso de la histeria, ni a delirios de la magnitud del tipo de la psicosis. Sin embargo, hay aspectos presentes en esta investigación que pueden contribuir de mejor forma para su entendimiento y para su abordaje clínico y/o terapéutico, los cuales a manera de conclusión resumimos a continuación.

Por un lado, vimos que en Freud existen tres momentos distintos en la elaboración teórica en torno a las obsesiones. El primero, corresponde a las explicaciones en torno a un enlace falso, donde el afecto de una representación discordante producto de un vivenciar sexual llámese enojo, remordimiento, ira, odio, etc. no es reprimido y desplazado hacia el espacio corporal como en el caso de la histeria, sino que en este caso permanece en el espacio psicológico buscando adherirse a otra representación no discordante con el sentir del sujeto. Este hecho es lo que propicia lo absurdo de las obsesiones en la mayoría de los casos, pues este afecto al momento de adherirse con una representación que no le corresponde genera un fenómeno burdo pero molesto a quien lo padece. Durante estos momentos, cabe señalar que la teoría se basa aun en la idea de la seducción por parte de un adulto, cuyo recuerdo ha sido reactivado en un momento actual en la vida del sujeto, mismo que favorece la puesta en marcha del mecanismo que genera las obsesiones.

Una nueva aportación se da cuando a los síntomas de las obsesiones se le adhieren las llamadas acciones obsesivas. En este caso se trata de poner sobre la mesa el hecho de que una representación no es solamente sustituida por otra representación, sino también por impulsos, acciones o rituales que sirven como alivios o procedimientos protectores. En los momentos de esta teorización, Freud propone como génesis de los síntomas obsesivos, unas vivencias sexuales durante la primera infancia y a propósito de la seducción, pero vividas por el sujeto en este caso con placer y acompañadas de una participación placentera. A la larga, estas vivencias serán el fundamento de las representaciones obsesivas, mismas que serán entendidas a la luz de reproches que el sujeto se ha adjudicado a partir de aquella participación que vivió placenteramente.

Otra línea de trabajo interesante que presento Freud, fue la de comparar las síntomas obsesivos de los sujetos neuróticos con las prácticas religiosas. Allí, pudo dar cuenta de similitudes y aportaciones sumamente interesantes. Por un lado hace de las obsesiones y de los rituales algo constitutivo, cotidiano y afín a cualquier persona, puesto que ha de tratarse de una manera particular de organizar la vida pulsional, valga decir, de ordenarla. Así, de acuerdo con Freud, se puede ver ejemplificado en nuestro modo de vivir que tiende a la repetición, hallándolo como parte de la vida cotidiana, y que sin lugar a dudas es algo que pertenece inminentemente al mundo simbólico de los humanos.

A propósito de las similitudes entre el ceremonial religioso y el ceremonial del obsesivo, Freud argumentara que en para el caso del primero se tratara de un hecho público y social, mientras que el obsesivo es privado y este puede estar presente cotidianamente en la vida del sujeto, permaneciendo incluso sin afección en la vida anímica y social del sujeto. No obstante en cualquier caso, ambos tendrán algún sentido simbólico oculto, el cual, podrá ser una medida expiatoria o purificadora, una medida preventiva, hasta llegar a cierto tipo de mandatos, castigos o exigencias, deslumbrándose en ellos algo denominado como conciencia de culpa. El hecho es que con el ceremonial, el sujeto intenta protegerse, primero de la tentación y posteriormente de la aparición de la angustia en forma de culpa. De esta forma, el ritual es, por decirlo en otros términos, una intención estrictamente defensiva.

Posteriormente con el abandono de la teoría de la seducción y el consecuente esbozo fundamental de la fantasía y la sexualidad infantil, Freud da un giro a sus explicaciones y sitúa a las obsesiones y a los rituales como un medio mediante el cual el neurótico va a ver satisfecho su contenido pulsional y donde va a ver elaboradas sus fantasías más entrañables. Así, en estos momentos de la teoría nos encontraremos con un sujeto que nace al escenario de lo social con un potencial pulsional constituido, el cual no corresponde a un instinto biológico, sino que este se constituye por la particular relación que el niño mantiene con su madre incluso desde el útero, con quien, en primer lugar establece una relación amorosa, es decir pulsional, mediada en gran medida porque ella lo desea, lo nombra aun sin conocerlo, le habla, lo alimenta, lo acaricia, lo libidiniza, etc.

Vimos entonces las fases libidinales que el sujeto atraviesa hacia una suerte de síntesis de su organización sexual genital, considerada en la teoría como la fase superior de madurez en todo sujeto, pero que en esta secuencia lógica a propósito del obsesivo, dicha organización sufrirá fijaciones y regresiones en la fase evolutiva sádico anal luego de experimentados diferentes traumas tales como los suscitados por el complejo de Edipo y castración, cuya teoría también fue revisada y analizada en las entrelineas de este trabajo. Como es sabido, esta teoría surge a partir de la tragedia del mito griego, y con ella, se intenta poner en evidencia y explicar la constitución del sujeto para el modelo psicoanalítico a partir de unas experiencias particulares de amor y odio hacia ambos progenitores. Amor hacia la madre y odio acrecentado hacia el padre, dibujado en la teoría

como un rival, toda vez que este desempeña un papel de obstaculizante ante el deseo incestuoso del hijo hacía con la madre.

Sin embargo, a pesar del odio y deseos de muerte que le confiere al padre, el pequeño tiene que buscar en él una imagen con la cual poder identificarse sexualmente principalmente, asistiendo con ello al cese de su satisfacción que experimentaba con la madre. De ahí, que cada sujeto quede estructurado subjetivamente acorde a la manera en la que vivencio este paso por el Edipo, es decir, con lo que sucedió en relación a su madre y a su padre, y que en el caso del obsesivo tal y como lo vimos, se trata de odio y venganza reprimida en contra del padre, aunque cabe decir que también en cierta medida a su madre. Eh ahí el gran secreto del obsesivo. De ahí, que el obsesivo se caracterice por tener una relación de objeto ambivalente: ama y odia al mismo tiempo, ambivalencia que procede de un conflicto en pugna, es decir llevar a cabo sus más profundos deseos y disfrutar con ello y la prohibición que ante ellos de levanta.

Sera entonces mediante los síntomas obsesivos, que el sujeto vera satisfecho su contenido pulsional coartado, y las fantasías el escenario en el que se lleven a cabo sus deseos más profundos. En este caso decimos que al estar fijado a la fase evolutiva sádico anal, el obsesivo se satisface con aspectos relacionados con esta parte del cuerpo y sus respectivas funciones fisiológicas. Sin embargo, al estar fuera de contexto en la vida adulta las funciones fisiológicas como tal, debido al advenimiento cultural, la satisfacción a la que se refiere el psicoanálisis obtiene más bien un significado simbólico, o si se prefiere sublimado de este fin. Así, en el obsesivo encontraremos esta satisfacción oculta en acciones como la retención de los objetos, la obstinación, la procrastinación o en formaciones reactivas que en realidad lo que intentan es ocultar las mociones hostiles que resguarda el obsesivo, es decir mediante la pulcritud, ser el buen chico, ser ordenado, el obsesivo se defiende de su agresividad, del odio, de la rivalidad, de la suciedad, etc.

No obstante, lo que parece ser aún más relevante para el caso de la neurosis obsesiva, nos es dado no por la característica sádico anal, sino por el papel del padre, el Ideal del Yo y el superyó híper severo, dentro de la segunda tópica formulada a partir de los años 20. Si bien es cierto que Freud no logra extraer en su totalidad la relevancia de estos aportes, más adelante Lacan vendrá a mostrar con sus ideas un papel más certero sobre el papel del

padre. En donde a partir del mito elaborado por Freud del padre tirano de la horda primitiva, logra puntualizar y extender aspectos de suma importancia en relación a la deuda, el padre imaginario, real y simbólico, etc.

En relación a Freud, veremos que el mito del padre primitivo le permite articular aspectos elaborados anteriormente a propósito del caso del hombre de las ratas, donde el padre muerto (simbolizado) va a adquirir un papel más preponderante en cuanto a la prohibición, los mandatos, las exigencias, etc. Asimismo es importante destacar el significado de la deuda, donde, veremos no solo en el caso de tótem y tabú el papel del hijo, que en el afán de asumir una sexualidad heterosexual, busca identificarse con un padre que en cualquier caso sin excepción alguna, resultara ser fallido ante sus ojos en distintos aspectos, en lo afectivo, en lo material, en lo moral, etc. y que a raíz de esta búsqueda, la obsesión quedara impregnada en gran medida por una deuda que se ha de pagar en pro de un padre ausente, carente en algún sentido. Ante ello, cabe precisar que no se trata en este caso de un padre carente físicamente como se pudiese llegar a pensar, sino más bien de un padre que no parece cubrir los ideales del hijo. Resultará interesante cuestionarnos entonces al respecto ¿Existe un padre ideal, perfecto? ¿Todos tenemos en cierta medida una deuda que saldar? Es un hecho que no existe un padre ideal, por lo demás parece ser que de alguna manera u otra tratamos de saldar ciertas carencias, aunque claro está en distinta medida.

A propósito del caso del hombre de las ratas publicado en 1909, es uno de los clásicos de la literatura psicoanalítica. Aporto material concreto capaz de demostrar la continuidad del influjo que la vida pulsional de los primeros años ejerce sobre la determinación del contenido y la naturaleza de la sintomatología en el adulto. En relación con los procesos de pensamiento de ese paciente, definió y elaboro la mayoría de los mecanismos que caracterizan a la neurosis obsesiva: formación reactiva, duda, aislamiento, anulación retroactiva, racionalización, pensamiento mágico, etc. Aunque señala explícitamente el contenido edípico del conflicto básico del paciente, también se ve que reconoce claramente las implicaciones sádico anales.

También se demuestra en forma convincente la reaparición regresiva de conflictos inconscientes no resueltos, tanto en la formación de síntomas como en el análisis que

emprendía con Freud; la muerte de su hermana, la golpiza que le propino su padre, sus primeros encuentros sexuales con sus niñeras etc. Así mismo, Freud se va a referir en sus líneas a los actos voyeristas o escotofílicos del hombre de las ratas, donde afirmara que el mirar era equivalente para él a tocar. Esta observación cobra todo su significado si recordamos la importancia del tacto: se le llegó a ubicar en el centro de la enfermedad obsesiva “locura de tacto” en este caso el tabú del contacto, según Freud constituye el corazón de la neurosis obsesiva, y que en Lacan, se verá ejemplificado de mejor forma con la idea del deseo imposible.

Finalmente en el capítulo dedicado a Lacan, vimos las características del obsesivo ordenadas a sabiendas del deseo, deseo del Otro, el goce, lo imaginario, lo simbólico y lo real. Donde no cabe duda que sus escritos, mas ahora en la actualidad son un fundamento solido al momento de defender la teoría psicoanalítica, puesto que no solo complementa los escritos freudianos sino que además refuerza ideas entorno al saber del inconsciente, toda vez que revela aquello que en Freud irónicamente permaneciese inconsciente.

Por lo tanto, podemos decir que los objetivos planteados para esta investigación fueron cubiertos luego de revisar la teoría de la neurosis obsesiva a sabiendas de la obra de Freud y de Lacan respectivamente, con el apoyo de textos de autores contemporáneos que contribuyen a difundir su obra. Con la descripción de la teoría del sujeto, a fin de comprender la estructuración neurótica obsesiva y, finalmente pudimos identificar las características y síntomas de la neurosis obsesiva, que como vimos aloja una gran diversidad en este sentido.

Pese a ello, quedan aún abiertas líneas de trabajo para futuras investigaciones y se espera que esta breve investigación teórica pueda dar pie a muchas de ellas, siendo una en lo particular, aquella que trate el abordaje terapéutico, puesto que en lo personal resultaría ser fundamental para comprender íntegramente la neurosis obsesiva y el modelo psicoanalítico en su totalidad. En este caso debido a la magnitud de la obra en ambos autores, nos fue imposible hacer un análisis más profundo sobre cada uno de los momentos o aspectos teóricos que ensanchan la teoría. Sin embargo, el contenido de este trabajo bien puede ser acorde para introducirse al basto mundo de la neurosis obsesiva, una estructura

perturbadora que hoy en día puede estar siendo mal abordada y tratada solo con medicamentos, ampliando con ello el sufrimiento de quien conlleva sus secuelas.

BIBLIOGRAFÍA

- Arteaga, G.** (2012). *Ética y epistemología en el psicoanálisis*. Tesina de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, México.
- Bacchetta, C.** (2011). “Neurosis Obsesiva y clínica psicoanalítica”. En: *Revista Institución Clínica y Psicoanálisis* (fundación AEPA) (7). Disponible en: <http://www.societadipsicoanalisiscritica.it/wp-content/uploads/2013/04/14-Bacchetta-Problemi-clinici.pdf>.
- Baravalle, G.** (1997). “Una cadena de miedos”. En: *Manías, dudas y rituales; teoría y clínica psicoanalítica de la neurosis obsesiva*. Ed. Paidós, Barcelona, España.
- Barrionuevo, J. y Sánchez, M.** (2013). “Deseo, deseo del Otro y Fantasma”. En: *Revista de la facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires*, s.n. Disponible en: http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/055_adolescencia1/material/archivo/deseo_fantasma.pdf.
- Bernal, H.** (2009). “Las estructuras clínicas en el psicoanálisis lacaniano”. En: *Revista Electrónica de Psicología Social Poiesis*, (18). Disponible en: <http://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/poiesis/article/view/141/128>
- Bleichmar, H.** (1984). *Introducción al estudio de las perversiones*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.
- Braunstein, N.A.** (2002). “Clasificar en psiquiatría”. En: *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)*. Siglo XXI editores, 11ª reimpresión, México.
- Bruno M. y Pacchioni, M.** (2013). “Revisión sobre la concepción Freudiana de la neurosis obsesiva: del trauma infantil al infantilismo de la sexualidad anal (1894-1926)”. En: *Revista Filosofía y Psicoanálisis*, 3, (3). Disponible en: <https://www.uces.edu.ar/journalsopenaccess/index.php/FiliyPsi/article/download/48/65>
- Campalans, L.** (2006). “Notas sobre el sujeto en psicoanálisis”. En: *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, (103). Disponible en: http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup103/rup103-campalans.pdf.

- Capellá, A.** (1996). “Análisis de la neurosis obsesiva I y II”. En: *La histeria y lo obsesivo*. Ed. Herder, Barcelona, España.
- Capra, F.** (1992). *El punto crucial: ciencia, sociedad y cultura naciente*. Ed. Troquel, 2ª edición, Buenos Aires, Argentina.
- Chemama, R. y Vandermersch, B.** (2004). *Diccionario del psicoanálisis*. Ed. Amorrortu, 2ª edición, Buenos Aires, Argentina.
- Cohen de Lara, A.** (2003). *Neurosis obsesiva compulsiones y límites*. Ed. Síntesis, Madrid, España.
- Conti, N. y Stagnaro, J.** (2007). *Historia de la ansiedad. Textos escogidos*. Ed. Polemos, Buenos Aires, Argentina.
- Cotabarren, L. y Esteva, S.** (2012). “La neurosis obsesiva en la obra de Freud”. En: *Informe final de trabajo de investigación. Catedra: introducción a la teoría psicoanalítica*. Facultad de Psicología, Universidad Nacional del Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina.
- Domb, B.** (2000). “Psicoanálisis y pasiones”. En: *Revista electrónica Topia: un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura*, s.n. Disponible en:
<http://www.topia.com.ar/articulos/psicoan%C3%A1lisis-y-pasiones>
- Dor, J.** (2000). *Introducción a la lectura de Lacan*. Ed. Gedisa, Barcelona.
——— (1989). *El padre y su función en el psicoanálisis*. Ed. Nueva visión, Buenos Aires, Argentina.
- Drut, F. y Mineo, G.** (2011). “Trastorno obsesivo compulsivo/ neurosis obsesiva: consecuencias clínicas”. En: *Revista Memoria Academia, Universidad Nacional de la Plata. Tercer congreso internacional de Investigación* [en línea]. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1395/ev.1395.pdf
- Estrach, N.** (2004). “El sujeto escindido de Jaques Lacan”. En: *Revista Pluralismo filosófico y pluralismo político. Orsori*, s.n. España. Disponible en:
<http://www.ub.edu/demoment/Lacan.pdf>.
- Ferrer, N.** (1997). “El neurótico obsesivo y su relación con los otros”. En: *Manías, dudas y rituales; Teoría y clínica psicoanalítica de la neurosis obsesiva*. Ed. Paidós, Barcelona, España.

- Fink, B.** (2007). *Introducción clínica al psicoanálisis lacaniano: teoría y técnica*. Ed. Gedisa, Barcelona, España.
- Freitas, B.** (2012). “Sobre la concepción de sujeto en Freud y Lacan”. En: *Revista alternativas en psicología*, (27). Disponible en: <http://www.alternativas.me/attachments/article/13/10.%20Sobre%20la%20Concepci%C3%B3n%20de%20Sujeto%20en%20Freud%20-%20Alternativas%20en%20Psicolog%C3%ADa%20-%202027.pdf>
- Freud, S.** (1991). “Las Neuropsicosis de defensa (ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas y de ciertas psicosis alucinatorias)”. En: *Obras Completas, t. III*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1991). “Obsesiones y Fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología”. En: *Obras Completas, t. III*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1991). “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”. En: *Obras Completas, t. III*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1991). “La sexualidad en la etiología de las neurosis”. En: *Obras Completas, t. III*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “Tres ensayos sobre teoría sexual”. En: *Obras Completas, t. VII*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “Acciones obsesivas y prácticas religiosas”. En: *Obras Completas, t. IX*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “Carácter y erotismo anal”. En: *Obras Completas, t. IX*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”. En: *Obras Completas, t. X*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis”. En: *Obras Completas, t. XII*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “Tótem y tabú. Algunas consideraciones en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos”. En: *Obras Completas, t. XIII*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.

- (1992). “La represión”. En: *Obras Completas, t. XIV*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “Psicología de las masas y análisis del yo”. En: *Obras Completas, t. XVIII*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “La organización sexual infantil”. En: *Obras Completas, t. XIX*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “Inhibición, síntoma y angustia”. En: *Obras Completas, t. XX*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1992). “Sobre la sexualidad femenina”. En: *Obras Completas, t. XXI*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- Godoy, C. y Schejtman, F.** (2010). “La neurosis obsesiva en el último período de la enseñanza de J. Lacan”. En: *Anuario de Investigaciones*. Secretaría de investigaciones, facultad de psicología, Universidad de Buenos Aires (XVI). Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/anuinv/v16/v16a46.pdf>.
- Green, A.** (2010). *El pensamiento clínico*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- Hikal, W.** (2005). “Mecanismos de defensa” En: *Criminología psicoanalítica, conductual y del desarrollo*. Ed. de la Facultad de derecho y criminología de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México. Disponible en: <http://funvic.org/CriminologiaPsicoanaitica.pdf>
- Lacan, J.** (s.f.). “Lo real, simbólico e imaginario”. *Conferencia pronunciada en el anfiteatro del hospital Psiquiátrico de Sainte-Anne, Paris, el 8 de julio de 1953, en ocasión de la primera reunión científica de la recientemente fundada Société Française de Psychanalyse y posterior discusión*. Disponible en: <http://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.4%20%20%20LO%20SIMB,%20LO%20IMAG%20Y%20LO%20REAL,%201953..pdf>
- (1987). “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis”. En: *Escritos I*. Siglo XXI editores, 14ª reimpresión, México.
- (1987). “El estadio del espejo como formador de la función del yo (*je*) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”. En: *Escritos I*. Siglo XXI editores, 14 reimpresión, México.

- (1988). “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente”. En: *Escritos II*. Siglo XXI editores, 14ª reimpresión, México.
- (2007). “El concepto del análisis”. En: *El seminario de Jaques Lacan, libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Ed. Paidós, 15ª reimpresión, Buenos Aires, Argentina.
- (2007). “La Tópica de lo imaginario”. En: *El seminario de Jaques Lacan, libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Ed. Paidós, 15ª reimpresión, Buenos Aires, Argentina.
- (2010). “El obsesivo y su deseo”. En: *El seminario de Jacques Lacan, libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Ed. Paidós, 9ª reimpresión, Buenos Aires, Argentina.
- (2010). *El mito individual del neurótico*. Ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina.
- (2010). “El universo simbólico”. En: *El seminario de Jacques Lacan, libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Ed. Paidós, 12ª reimpresión, Buenos Aires, Argentina.
- (2012). “El fenómeno psicótico y su mecanismo”. En: *El seminario de Jacques Lacan, libro 3. Las psicosis*. Ed. Paidós, 21ª reimpresión, Buenos Aires, Argentina.
- (2012). “Las tres formas de la falta de objeto”. En: *El seminario de Jacques Lacan, libro 4. La relación de objeto*. Ed. Paidós, 11ª reimpresión, Buenos Aires, Argentina.
- Lávaque, F.** (s.f.). “Paradigmas en psiquiatría: los aportes de la psiquiatría clínica en la construcción del saber psicopatológico freudiano”. En: *Revista Psico Logos*. Revista electrónica de la Universidad de Tucumán, Buenos Aires, Argentina. Disponible en: www.psicologia.unt.edu.ar/index.php.
- Lieberman, C. y Bleichmar, M.** (2001). “El movimiento psicoanalítico”. En: *Las perspectivas del psicoanálisis*. Ed. Paidós, Barcelona, España.
- Manrique C. y Londoño S.** (2012). “De la diferencia en los mecanismos estructurales de la neurosis, la psicosis y la perversión”. En: *Revista de Psicología de la Universidad Javeriana de Cali, 3 (1)*. Disponible en: <http://revistadepsicologiagepu.es.tl/De-la-Diferencia-en-los-Mecanismos-Estructurales-de-la-Neurosis,-la-Psicosis-y-la-Perversi%F3n.htm>.

- Marinov, V.** (2003). *Neurosis Obsesiva Compulsiones y Límites*. Ed. Síntesis, Madrid, España.
- Masotta, O.** (2000). “La función del corte”. En: *Lecciones de introducción al psicoanálisis*. Ed. Gedisa, 5ª edición, Barcelona, España.
- Naranjo, L.** (2005). “La noción de sujeto en psicoanálisis: una relectura de la obra freudiana, a propósito de la represión”. En: *Revista limite, I (12)*. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83601205>
- Nasio, J. D.** (2004). *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*. Ed. Gedisa, 3ª edición, México.
- Navarro, J.** (2004). *Neurosis obsesiva: teoría y clínica*. Ed. Lugar, Buenos Aires, Argentina.
- Ovejas, P.** (2012). “Psicoanálisis y Logoterapia en el tratamiento de la Neurosis Obsesiva”. En: *Revista Unife 20 (1)*. Disponible en: <http://www.unife.edu.pe/pub/revpsicologia/avances2012/patriciaovejas.pdf>.
- Palacios, B.** (2008). *El complejo de Edipo en la Teoría psicoanalítica: Puntualizaciones*. Tesis para obtener el grado de maestro en psicología. Universidad Autónoma de Querétaro, Facultad de Psicología. Disponible en: <http://ri.uaq.mx/bitstream/123456789/1460/1/RI001009.pdf>
- Paredes, J.** (2010). *La neurosis y su demanda de Amor*. Tesis de grado de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología.
- Laurent-Assoun, P.** (2003). *El freudismo*. Ed. Siglo XXI, México.
 ——— (2004). *Lacan*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, México.
- Perrés, J.** (1988). *El nacimiento del psicoanálisis, apuntes para una delimitación epistemológica*. Ed. Plaza y Valdés, México.
- Piazz, G.; Moreno, M. y Campodónico, N.** (2013). “Las neurosis antes de Freud”. En: *El campo de la neurosis en la obra de Freud*. Graziela Napolitano coord. Ed. Universidad Nacional de la Plata, Buenos Aires.
- Porter, R.** (2004). *Breve historia de la locura*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

- Rebollo, I.** (2011). “Algunas consideraciones sobre la Neurosis Obsesiva. De Freud a Lacan”. En: *Revista Internacional Aperturas Psicoanalíticas* (38). Disponible en: <http://www.xtec.cat/~irebollo/temas/neurosisobsesiva.pdf>.
- Salamanca, M.** (2009). “Neurosis Obsesiva: Síntomas”. En: *Revista Extensión de Psicoanálisis* (103). Disponible en: <http://www.extensionuniversitaria.com/num105/art01.htm>
- Safouan, M.** (1981). “La significación de la deuda en la Neurosis Obsesiva”. En: *Estudios sobre el Edipo*. Siglo XXI editores, 2ª edición, México.
- Torres, M.** (2004). *Clínica de las Neurosis*. Ed. Instituto clínico de Buenos Aires, Argentina.
- Unterberger, M.** (2004). “Neurosis Obsesiva: Descripción y Estructura”. En: *Revista del Nuevo Centro de Estudios de Psicoanálisis*, 33 (12). Disponible en: <http://nucep.com/publicaciones/neurosis-obsesiva-descripcion-y-estructura/>
- Vacarreza, L.E.** (1997). “La sexualidad en la neurosis obsesiva”. En: *Manías, dudas y rituales; Teoría y clínica psicoanalítica de la neurosis obsesiva*. Ed. Paidós, Barcelona, España.
- Valenciana, G.** (2013). *Mi culpa, mi culpa, mi grandísima culpa. Un superyó que persigue*. Estudio de caso. Tesis de maestría. Universidad Autónoma de Nuevo León, México. Disponible en: <http://cdigital.dgb.uanl.mx/te/1080256721.pdf>
- Visbal, C. y Ayala, B.** (2006). *El quehacer clínico y la operación del superyó en la Neurosis Obsesiva*. Tesis de licenciatura. Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín Colombia.
- Volta, L.; Erbetta, A.; Zanassi, S. y Lozano, D.** (2013). “La neurosis obsesiva en la obra de Freud”. En: *El campo de la neurosis en la obra de Freud*. Graziela Napolitano coord. Ed. Universidad Nacional de la Plata, Buenos Aires, Argentina.
- Žižek, S.** (2008). *Como leer a Lacan*. Ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina.